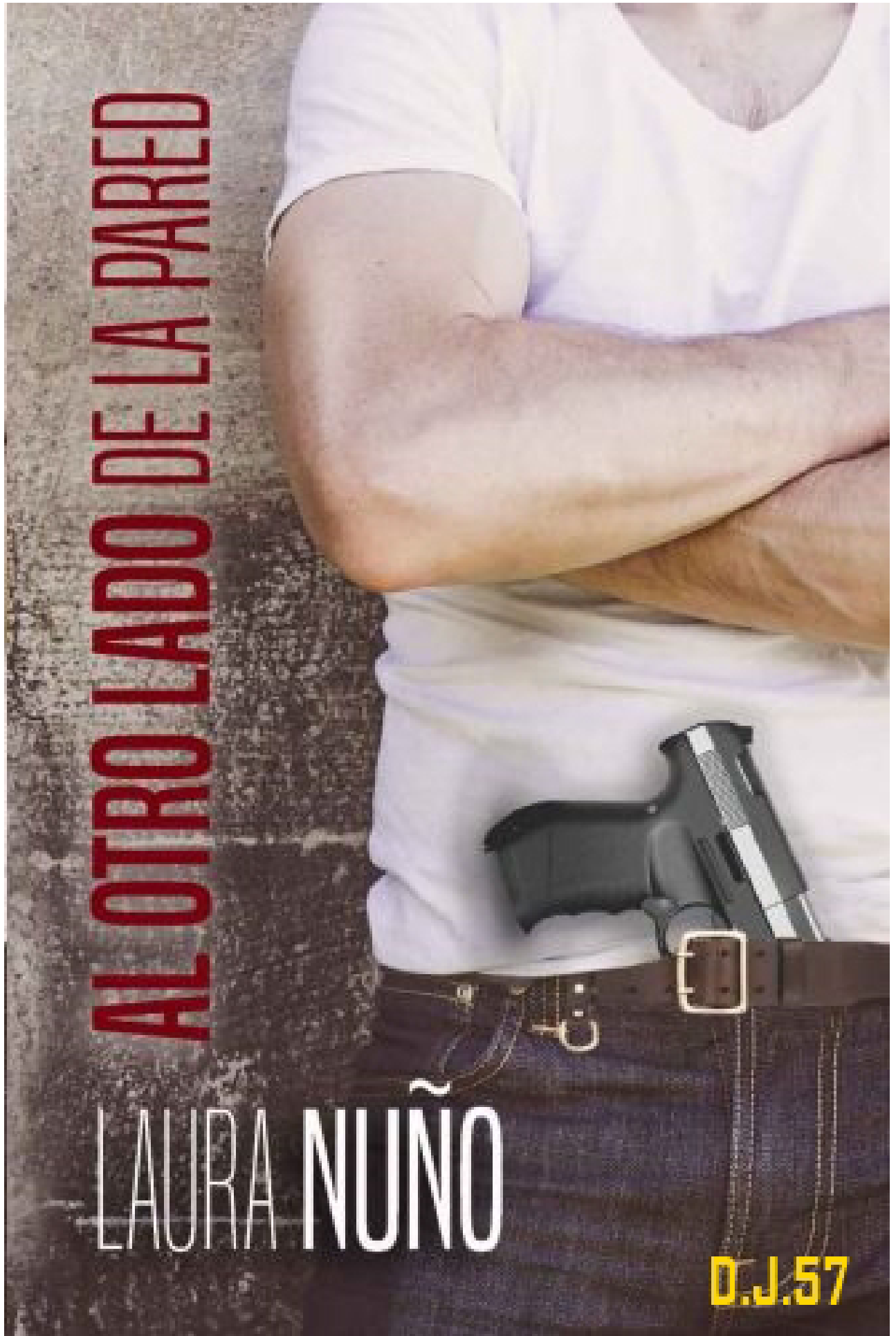


AL OTRO LADO DE LA PARED

LAURA NUÑO

D.J.57



Al otro lado de la pared

Laura Nuño

labanuno

ÍNDICE

CRÉDITOS

DEDICATORIA

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

BIOGRAFÍA Y BIBLIOGRAFÍA

CRÉDITOS

Título Original: Al otro lado de la pared

©2015 Roca Editorial (eTerciopelo)

©2020 Laura Nuño

Depósito Legal: M-000600/2012

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

DEDICATORIA

A mi vieji, mi abuela manchega particular.

1

De todos los trabajos que había llevado a cabo en su corta pero fructífera carrera como asesino a sueldo, matar a Callaghan había sido, con diferencia, el más gratificante. No solo fue por la sensación de alivio que le embargó al hacerlo, ni por la satisfacción de saber que, a partir de ese momento, podría llevar la vida que nunca se había atrevido a aspirar; fue, sobre todo, por el regustillo a libertad que empezó a saborear tan pronto como aquella pesadilla en la que llevaba inmerso durante los últimos diez años por fin finalizó.

Tal fue su alegría, se sintió tan plétórico de felicidad, que no pudo evitar carcajearse mientras leía el certificado de fallecimiento que garantizaba que Callaghan estaba muerto, y él, libre.

Ah, pero a los *Jinetes* no les hizo ni pizca de gracia. No podía ser así, pues al liquidar al *Escocés* habían perdido a uno de sus mejores hombres: a él.

Robert no tenía ningún problema con eso, desde luego. Era algo que, sin saberlo siquiera, había esperado durante demasiado tiempo.

El día de su despedida, la mañana que él bautizó como *El día del Juicio Final*, fue consciente de la mirada lastimera de Colton, del rostro enfurecido pero impotente de Ferguson, del brillo de complicidad en los ojos de M.K. y del fingido semblante de frialdad de Ivanna. Ahí estaban los cuatro, sus compañeros, su equipo, cuestionando en silencio su cordura, tachándole con sus miradas de traidor, expresando sin palabras lo mucho que les disgustaba que él ya no deseara formar parte de aquella no-vida.

Pero bueno, ¿qué esperaban? ¿Acaso pensaban que aquello duraría eternamente? ¿Que alguna vez, en un futuro muy lejano, se reunirían una vez al año para recordar viejos tiempos? Por favor... Ni siquiera podía catalogarlos de amigos. No se podía ser amigo de un muerto, pues, mientras estuvieran encadenados a aquel grupo de *Jinetes* muertos eran, al fin y al cabo.

No entendía muy bien sus reacciones, si debía ser sincero.

De haber sido cualquier otro el que hubiera soltado aquella bomba, su reacción habría sido la de un indiferente encogimiento de hombros. Unos iban, otros venían, así de simple. Después de todo, por algo decían de él que

era un capullo sin corazón. Pero la verdad era que así debía ser si se quería mantener la cordura. Llevaba a sus espaldas demasiadas pérdidas, tantas, que ya ni siquiera se inmutaba cuando un compañero caía muerto a sus pies.

La única que mostró algo de temple fue, a su criterio, y al menos al principio, Ivanna. Pero en el fondo sabía que, pese a su fría fachada, pese a aquella aparente indiferencia, Ivanna sufría lo indecible.

Estúpida. ¿Cómo había podido enamorarse de él? Ella, tan déspota, tan calculadora, tan despiadada, y se tuvo que enamorar. Amor, qué tontería. Qué pérdida de tiempo. ¿Acaso no había aprendido nada durante los entrenamientos? ¿Acaso se saltó la clase en la que les enseñaron a desdeñar cualquier tipo de sentimientos, a aborrecer la compasión, la ternura y todas aquellas cursiladas que hacían vulnerables a los hombres?

¿No había visto suficiente sangre, sufrimiento y dolor como para hacer que su corazón se endureciera? Joder, ella había estado con él en Irak, mirando los cuerpos sin vida de sus compañeros y ni siquiera soltó una triste lágrima.

Prefería aquella imagen de perra fría y calculadora, y no el recuerdo que se llevaba de despedida, cuando aquella mañana se presentó en su dormitorio con el rostro bañado en lágrimas, desmadejada, implorante, suplicándole que no la abandonara y diciendo un montón de chorradas sobre un futuro juntos.

Robert nunca había sido un hombre de palabra fácil. Ni siquiera sabía cómo expresar sus no-sentimientos hacia Ivanna, entre otras muchas cosas porque sabía que la esperanza se encargaría de disfrazar su declaración de (des)intereses. Por ese motivo dejó que los hechos hablaran por sí mismos. Y así, mientras la tomaba entre sus brazos, permitió que vislumbrara lo vacía que podía sentirse entre ellos. Mientras hundía la lengua en su boca y la provocaba, dejó que sintiera su desapasionamiento. No se molestó en ser cruel. Ni siquiera en fingir que aquel encuentro sexual, en realidad, carecía de importancia para él. Simplemente, mientras le levantaba la pierna y le echaba el tanga a un lado, se preocupó de que viera que ni su corazón ni su respiración sufrían alteración alguna, que si estaba tan duro como una piedra era por una reacción puramente física, que bien podía haber sido ella la causante, como cualquier otra. Que para él acariciar su sexo húmedo solo era una forma de asegurarse una entrada fácil y segura.

Ivanna lloraba, suplicaba, gemía, arañaba, rugía... porque aunque él le estaba dando aquello que más ansiaba, aunque sus embestidas eran cada vez más profundas y algo en su respiración por fin se alteró, tuvo la sensación de

que incluso el dildo que guardaba en su mesilla de noche tenía más sentimientos que el hombre que ahora le agarraba con fuerza las caderas, un hombre mecánico, impasible, sin corazón y sin sentimientos que lo único que buscaba al agarrarle el pecho con fuerza era un punto de anclaje. Que no había una intención real de dominación cuando agarró su coleta y le echó la cabeza hacia atrás, que con ese gesto lo único que pretendía era obligarla a ver lo que ella siempre había negado: que en sus ojos no había ni rastro de deseo, ni un ligero atisbo de pasión.

Se había enamorado de un hombre que ni siquiera se molestó en echar la cabeza hacia atrás ni en cerrar los ojos cuando finalmente alcanzó el orgasmo, porque fue tan frugal que no valía la pena perderse ni recrearse en él. Y, por fin, con una leve sacudida y un ronco gruñido, declaró que aquello era lo único que conseguiría de él. Nada más.

Ni un beso, ni una caricia, ni una palabra de agradecimiento. Solo un hombre que la miró con indiferencia cuando se retiró y empezó a recomponer la ropa que ni siquiera se había molestado en quitarse.

Y allí se quedó ella, con las piernas temblorosas, la falda subida, a las puertas de un orgasmo y con la sensación de haber obtenido un pequeño indulto a una vida abocada a la soledad.

Cuando minutos más tarde volvieron a verse, Robert la miró sin mirarla. Como si ya no estuviera allí. Como si quizá nunca hubiera estado.

—Nunca te olvidaré —le prometió aquella fría mañana de primeros de noviembre, la voz rasgada por el dolor y los ojos velados por lágrimas que nunca serían vertidas.

Robert la miró sin pestañear. Ilusa. Ingenua. Insensata. Parecía una niña asustada, muy lejos de aquella mujer letal que solía ser.

—Yo ya he empezado a hacerlo —fue su seca respuesta.

Sí, sabía que le estaba rompiendo el corazón. ¿Y qué? Una lección más aprendida.

Y así desapareció de sus no-vidas, con el paso decidido, la mirada al frente y sin volver la vista atrás ni una sola vez, a pesar de saber que cuatro pares de ojos estaban clavados en su espalda.

No sintió pena alguna. No sintió siquiera una pizca de nostalgia. Solo era consciente de aquella desconocida y extraña sensación de calma.

¿Y ahora, qué? ¿Qué hacer con su recién estrenada libertad? ¿Qué hace un hombre con su vida cuando son sus manos las que llevan las riendas?

Descansar.

Sí. De primeras, lo único que le apetecía era tomarse unas largas, largas vacaciones. Después ya decidiría qué le gustaría hacer. No tenía prisa alguna, pues a lo largo de los años, y gracias a aquella no-vida que había llevado, había conseguido amasar una pequeña fortuna, nada despreciable, tan cuantiosa como para perderse una temporada en alguna isla paradisíaca. Pero su sentido común, y una malsana tacañería, le impulsaban a guardar mucho y gastar poco. Qué le iba a hacer. Era algo que había heredado de una infancia cargada de necesidades.

Tras una larga ducha, unos minutos de perderse en aquella paz y dos copas de vino, decidió que lo primero que tenía que hacer era buscar donde asentarse. No volvería a su tierra natal, por descontado. Llevaba el suficiente tiempo en España como para sentir en su propia piel el embrujo de su cultura. Era una verdad como un templo aquello de que *Spain is different*. Pero, más que diferente, adictiva. Tenía algo, no sabía si eran sus gentes, su clima o aquella forma estrambótica de ver la vida, que hacía que te sintieras como en tu propia casa. Era, sin lugar a dudas, la mejor opción para un hombre necesitado de luz, calor y, por qué no decirlo, aquella magia que, quizá, daría sentido a su vida.

Grandes poblaciones no, desde luego. No era tan obtuso como para decantarse por grandes núcleos urbanos, no, pues pese a que aparentemente todo había acabado, sabía que la muerte de Callaghan traería cola. No debía olvidarse que la muerte del *Escocés* no había sido más que la huida de un mal mayor: el caso 3-14. Y pese a que, en teoría, el citado caso estaba resuelto, Robert no se fiaba ni un pelo. Y la clave estaba en aquella palabra: *teoría*. Su instinto, el mismo que le había salvado el culo en más de una ocasión, le decía que no todo había acabado; de ahí la necesidad de borrar del mapa a Callaghan.

Para un hombre que pretende dejar atrás su pasado, la mejor opción que se le presentaba era aquella que le ofreciera refugio sin que, a la vez, llamara la atención en exceso. Y para eso debía buscar un pueblo pequeño, sí, pero en auge. Uno que hubiera tenido tal boom demográfico que un vecino más pasaría desapercibido.

Debía buscar un sitio apartado, tranquilo, un sitio que comenzara a repoblarse con gente joven que de lo único que se preocupaba era de tener trabajo, de pagar la hipoteca, de darse alguna que otra fiesta y de aumentar la familia ya sea con un perro, un gato o uno de esos retoños que tanto berrean.

Sí, un lugar en el que la burbuja inmobiliaria se hubiera cebado con él.

Así mismo, el emplazamiento elegido debía estar a medio camino entre Madrid y Toledo, localidades donde su antiguo equipo operaba, equipo al que esperaba no volver a ver, pero uno nunca debía cerrar puertas, más aún cuando se ha llevado la no-vida que él había llevado.

El lugar debía tener estación de tren, y una buena comunicación. Un pueblo cercano a la Radial 4, decidió.

Buscando y rebuscando, solo encontró uno que reuniera los requisitos. Solo había una pequeña ciudad a la que considerar como tal y que en menos de diez años había cuadruplicado su población. Una ciudad con tintes antiguos, apartada pero accesible, y muy lejos del punto de mira de sus posibles perseguidores; aquellos bastardos que él, y solo él, sabía que habían salido inmunes del caso 3-14.

2

Había dos cosas que dejaban clavada a Julia en el suelo. Una, las cucarachas. Otra, la mirada inquisitiva de su abuela.

En ese mismo instante sus peores enemigos se habían confabulado contra su movilidad, pues mientras su pequeña y humilde persona era sometida a examen por esos ojos pequeños, hundidos y astutos que habían visto ya demasiado como para que algo se le escapara, una gorda, negra y asquerosa cucaracha caminaba a sus anchas por la cocina.

Para ser sincera, prefería la visión de aquel repugnante bicho a enfrentarse a la mirada de doña Amalia. Se consoló al saber que más de uno aplaudiría esa decisión, pues de todos era sabido que la anciana tenía el genio de mil demonios.

—Estás más delgada.

Ea, ya había dictado su sentencia. Era falso, por supuesto, como así reflejaba la báscula cuando, todas y cada una de las mañanas, le pasaba la factura del festín a patatas fritas, pizza y a Haagen dazs que se había dado la noche anterior.

Por descontado, no contradijo a su abuela. Al contrario. Casi sin pensarlo, respondiendo a una costumbre arraigada, calló y asintió con la cabeza.

—Si ya sabía yo que no te alimentas como Dios quiere y manda. —La anciana se reclinó en su mecedora, se balanceó enérgicamente y comenzó con aquel juego de pulgares que tan nerviosa le ponía. Y todo ello, sin dejar de clavar sus ojos en los de Julia—. A saber qué porquerías estás comiendo.

—Ya sabes que almuerzo en la cafetería del Instituto—se vio obliga a informar por millonésima vez, aun sabiendo que, de nuevo, su comentario sería totalmente ignorado.

—Porquerías —repitió doña Amalia, con tanto ímpetu, tan categóricamente, que no dejaba opción a réplicas.

Oh, no. No sería Julia quien se tomara aquella licencia. ¡Ni loca!

—La comida es estupenda... Claro, que nada comparado con tus guisos, abuelita —se apresuró a añadir al ver que la anciana entrecerraba los ojos. Acompañó sus palabras con un aleteo ingenuo de pestañas y una sonrisa

radiante.

—Por supuesto que esa bazofia a la que llaman comida no se puede comparar con mis guisos. Y no me vengas con zalamerías, jovencita, que te conozco. ¿Qué te traes entre manos?

—¿Yo? —preguntó todo lo inocentemente que los nervios le permitieron—. Nada. Solo he pasado a saludarte.

—¡Ja! —se mofó la anciana—. Por eso tienes esa cara.

—¿Qué cara?

—Esa —dijo la anciana señalando su rostro con un dedo huesudo y alargado—. Esa de niña buena que no ha roto un plato. Y bien sabe Dios que tú has roto unos cuantos.

Julia puso los ojos en blanco.

—Vamos, que tampoco ha sido para tanto, abuela.

—La de disgustos que nos has dado, criatura —siguió la anciana, haciendo caso omiso a su observación y sacudiendo la cabeza con desaprobación—. Todavía recuerdo el susto que se llevó tu abuelo, Dios lo tenga en su Santa Gloria, cuando te perdiste en la feria.

—Como si aquello hubiera sido culpa mía —masculló ella.

—Por supuesto que fue por tu culpa —escupió la anciana, demostrando así que su sistema auditivo estaba en perfecto estado—. Si te hubieras quedado donde se te dijo...

Julia no quiso añadir nada más al respecto. No, no quiso desvelar que había sido su abuelo el que se había perdido por seguir las caderas de *la Ramona* y que luego se había olvidado de dónde la había dejado plantada. Ese era un pequeño secreto que se llevaría a la tumba. Casi sonrió al recordarlo.

—No te rías, criatura —apuntó la anciana al ver la risa bailar en sus ojos—. Pobrecico mío, qué soponcio traía. Y luego, cuando te caíste y te rompiste el brazo.

—Todos los niños se caen, abuela.

—Pero tú lo hacías demasiado a menudo. ¡Virgen de los Desamparados, qué patosa eras!

Vale, sí, eso sí que era cierto. Aún a día de hoy, se tropezaba con sus propios pies.

—Pero lo peor de todo, fue cuando nos anunciaste que te ibas a casar con ese desgraciado.

—Abuela... —advirtió, seria de pronto.

Por respeto, afecto o vete tú a saber por qué, Julia pasaba por alto todas y cada una de las críticas de su abuela, pero cuando se trataba del tema *desgraciado...* No Señor. Entonces sacaba las uñas. Y no porque quisiera defender al desgraciado en cuestión, al contrario. Era porque para ella ese tema estaba totalmente zanjado.

—De abuela nada. Reconoce que te equivocaste con él —exigió la anciana.

Sí, se había equivocado. Se había dejado engatusar por su piel de cordero, por su rubio cabello y por sus ojos azules, por aquella sonrisa cálida y afectuosa que disfrazaba la maldad, la codicia y la oscuridad que anidaban en su corazón.

Paul había llegado al pueblo dispuesto a comerse el mundo, con ese aire de emprendedor, de empresario joven y prometedor, de extranjero aventurero, presumiendo de su traje de Armani, de su Rolex de oro y de su despampanante Mercedes biplaza. Tiempo después, ya demasiado tarde, se enteró que su traje en realidad era de Cortefiel, que su Rolex era de imitación y que su Mercedes era prestado. Pero no fue la superficialidad de los lujos de los que Paul hacía gala lo que la deslumbró; fue su personalidad arrolladora, su belleza a lo Brad Pitt, sus risas y, sobre todo, el interés que mostró hacia ella.

No es que antes no la hubieran cortejado, muy lejos de eso, pues era una de las muchachas más bonitas de la localidad, con su exótica belleza agitanada, su larga melena castaña y ondulada y aquellos ojos grandes y oscuros como el carbón. Pero al contrario que aquellos muchachos a los que veía más como antiguos compañeros de juegos que como posibles candidatos a *Príncipe Azul*, Paul era la masculinidad, el placer y la promesa de liberar a la mujer fuerte y decidida que había dentro de ella, de arrancarla de un hogar desecho por la muerte de sus padres y de darle la familia con la que siempre había soñado.

Al final, fue la bestia de Paul la que se desató. Sucedió cuando se enteró que Julia no era tan rica como había sospechado. Ciertamente el seguro le pagó una enorme suma de dinero por el accidente de sus padres, un dineral para ella, pero una miseria para un hombre tan ambicioso como Paul. Ese día despertó de aquella falsa ilusión en la que vivía desde que le conoció, más aún cuando cayó sobre ella la primera bofetada. La segunda hizo que le odiase. Sabía que Paul tenía un temperamento muy fuerte, pero hasta el momento no había dado señales de ser un maltratador en potencia. Así que la

tercera fue la que sentenció que tomara la decisión de dejarle tan pronto se viera libre de sus golpes, previo paso por comisaría para denunciarle no solo por maltrato de género, sino por los muchos trapicheos que se traía entre manos, negocios turbios e ilegales que se fraguaban entre las paredes de la inmobiliaria que regentaba. Porque de pronto lo vio todo claro; las llamadas a altas horas de la madrugada, las amenazas de aquel tipo que se presentó en su casa, las habladurías de la gente...

—¡Dilo!

El grito de su abuela la trajo al presente, tan bruscamente, que pegó un respingo.

—Me equivoqué —obedeció.

La anciana asintió y reanudó el balanceo de la mecedora y el juego de pulgares, ahora más rápidos, síntoma de lo mucho que le disgustaba ese tema.

—Menos mal que te diste cuenta a tiempo, hija. Yo te advertí. ¿Verdad que lo hice?

Por primera vez aquella tarde, en los ojos de la anciana se vieron reflejados el dolor y la tristeza, la pena que la consumía cada vez que recordaba el sufrimiento por el que había pasado su adorada nieta.

Julia, lejos de sentirse agradecida por la solidaridad de sentimientos de su abuela, luchó contra la rabia, la humillación y la vergüenza que la sacudían de arriba abajo cada vez que captaba aquella mirada compasiva. ¡Cómo odiaba cuando la miraban así! ¡Cómo deseaba gritar a pleno pulmón cada vez que escuchaba aquello de *pobrecilla*! Casi prefería los ácidos comentarios de personas malintencionadas que la acusaban de arribista y que señalaban que se lo tenía merecido por haber pretendido ser más de lo que era en realidad, por haberse dejado seducir por la posibilidad de hacerse un hueco en la alta sociedad. Para ser sinceros, esos comentarios le daban la vida, conseguían que levantara la barbilla y mirara desafiante al frente.

Los otros, aquellos que pretendían consolarla, eran otro cantar. Le dejaban un regustillo amargo, una sensación de debilidad y un deseo enorme de esconderse de todo y de todos.

Ya habían pasado tres años desde entonces, pero, aun así, en el barrio seguía siendo la *pobre-maestra-que-se-dejó-engañar-como-una-pardilla*.

—¿Lo hice? —repitió la anciana, medio suplicando. Medio llorando.

Ay, no, lo que le faltaba, que su abuela se pusiera sentimental. No sabía qué llevaba peor; su mala leche, o sus llanteras.

—Lo hiciste. —Julia se acercó a su abuela, sabiendo perfectamente a lo

que se refería. Se medio inclinó y la abrazó con suavidad, mientras le plantaba un beso en una mejilla ya carente de carne—. Lo hiciste todo muy bien.

Doña Amalia soltó un par de suspiros entrecortados, pero luego, tratando de fingir que todo estaba bien y para ocultar la desazón que la infelicidad de su nieta le provocaba, comenzó a toser. Dio un manotazo a las manos de Julia y se apartó de ella.

—¡Quita ya, que me ahogas!

Julia rompió a reír. Así era su abuela: genio y dulzura, hasta la sepultura.

—Bueno, ya me voy, que quiero hacer un bizcocho.

—¿Pero tú sabes hacer esas cosas? —preguntó la abuela con incredulidad.

—Por supuesto, abuelita.

—Pues anda que te dignas a hacer uno para mí.

—Ah, abuela —se rio la joven—. ¿Y privarme del placer de comer los tuyos? No, señora mía.

La anciana trató de ocultar una naciente sonrisa por el cumplido de la nieta y movió la mano en el aire.

—Zalamera, más que zalamera... ¡Quieta ahí! —ordenó cuando Julia se disponía a irse, quien se quedó clavada en el sitio—. No me has dicho para qué has venido.

Julia suspiró con cansancio. A última hora había decidido posponer su propuesta, pero ahora... De aquello ya no se libraba ni con alas.

—Es solo que... Bueno, ya sabes que yo tengo mucho trabajo, y que no puedo venir tanto como desearía y... —Como Doña Amalia entrecerró los ojos, desplegó las pestañas y sonrió—. Te quiero mucho, abuelita.

—Suéltalo.

—Bueno, es que me he estado informando y... —El *clin clan* de la mecedora fue sustituido por el *plas plas* del pie de la anciana golpeando el suelo. Julia tomó aire para infundirse valor y soltó—: He contratado a una asistente para que venga todos los días a tu casa.

—¡Ja! —no tardó en hacerse esperar la negativa respuesta de la abuela—. ¿Qué necesidad tengo yo de que una extraña venga a mi casa?

—Tienes ochenta y tres años ya, abuela.

—¿Y qué? Puedo valerme por mí misma. ¿Acaso no lo he demostrado?

—Entiéndelo—rogó la nieta—. Ya no es solo para darte compañía en invierno, sino por si te pasa algo. ¿Acaso quieres que esté muerta de

preocupación todo el día?

—Siempre puedes venirte a vivir aquí —aventuró la anciana.

No era la primera vez que habían sostenido aquella conversación. Y Julia se vanagloriaba que en aquella batalla, al menos, siempre salía victoriosa.

—No. Y no cambies de tema, abuela. ¡*Porfi!*

Doña Amalia comenzó a gruñir por lo bajo, hasta que finalmente, para sorpresa de Julia, contestó:

—Ya veremos.

Aquello era un sí. Julia no añadió nada más, temiendo que su abuela cambiara de opinión, sino que tal y como solía hacer, calló y asintió antes de abandonar la casa.

Veinte minutos después estaba con las manos en la masa, canturreando y con la nariz manchada de harina.

Al contrario de lo que su abuela sostenía, era una mujer de recursos, aquella capaz de dejar su casa arreglada antes de irse a trabajar, de llevar las lavadoras al día y de cocinar a las mil maravillas. Lejos quedaba de ella la imagen que su abuela se había hecho de mujer moderna y desentendida. Lo cierto era que dentro de ella había una mujer chapada a la antigua, tal vez como consecuencia de haberse criado con personas de avanzada edad, y había ciertas costumbres de pueblo que ella ni podía ni debía ignorar. Y una de esas costumbres, la que la había hecho famosa entre los vecinos de la urbanización donde se trasladó cuando se separó del *desgraciado*, era la de dar la bienvenida a los recientes miembros de aquella comunidad que ella se empeñaba en mantener unida y siguiendo la tradición de su barrio.

Así que ahí estaba ella, preparando un bizcocho para el vecino del 1º B.

3

La venta del inmueble elegido se cerró con asombrosa facilidad. Dos semanas después de haber realizado la llamada, ya tenía en sus manos las escrituras del apartamento. Daba igual que el nombre que figuraba como propietario no fuera el suyo verdadero, pero puesto que sus padres no tuvieron la decencia de hacerse cargo de él, tampoco le importaba gran cosa despojarse de un nombre que en realidad le había sido prestado por los servicios sociales.

Esta vez, había sido él quien había elegido cómo llamarse, del mismo modo que elegiría cada paso que diera en su recién estrenada vida. Y así renació como Robert Smith. Sí, era un nombre bastante corriente, pero precisamente por eso lo eligió. Aunque era extranjero, no era nada extraordinario, nada que pudiera delatar su pasado, nada que pudiera relacionarle con el frío y despiadado asesino que había sido en realidad.

Se preguntó si era normal que se sintiera tan maravillosamente bien. Trató de imaginarse lo que un hombre de a pie sentiría ante la compra de su primer apartamento, ante la adquisición de los muebles y los detalles que harían de aquellas cuatro paredes su hogar.

Hogar... ¡Qué extraña le resultaba esa palabra! Siempre había vivido de prestado, como dirían los españoles, primero en el orfanato, después en el ejército y finalmente en todos y en ningún sitio a la vez.

Sí, decidió que era normal que se sintiera tan condenadamente bien, que tuviera la misma emoción que un niño la mañana de Navidad.

Por enésima vez aquel día, se dio una vuelta por su hogar para cuidar que no faltara ni un solo detalle. El apartamento era más grande y luminoso de lo que había pensado en un principio, y estaba ubicado en una pequeña urbanización de nueva construcción.

Tenía piscina, algo que le agradó sobremanera. No era muy grande, todo sea dicho, pero lo suficiente como para refrescarse durante los meses de verano. Había también muchas zonas ajardinadas, un pequeño parque infantil y varios locales pequeños. Hasta donde vio, descubrió una panadería, un *chino*, un bar de copas y una pequeña tienda de ropa. También observó que había varios locales en venta. Aquello le hizo acariciarse la barbilla

sopesando en las posibilidades que se le presentaban. Debía pensar en ello detenidamente en el futuro, sí, Señor.

Descubrir que dentro de la compra del apartamento estaba incluido un pequeño trastero no le llenó de entusiasmo, pues no tenía muchas cosas que guardar, pero la plaza de garaje fue una delicia para él. No era muy grande, y un tanto estrecha, pero para su Audi A3 era perfecta. Además, estaba localizada justo frente a la puerta de salida del garaje, algo que le venía de perlas por si en un momento dado tenía que poner pies en polvorosa.

Se obligó a apartar sus paranoias a un lado, así que dedicó su atención al dormitorio. Le había quedado muy bonito, teniendo en cuenta que tenía el sentido de la decoración en el mismísimo culo. Tal vez demasiado masculino, pero claro, era el apartamento de un hombre soltero. Como se había decantado por el color wengue para los muebles, había decidido —más que él la chica que le atendió— comprar la ropa de cama en tonos cremas para darle más luz. No tenía muchos adornos, salvo un cuadro tipo Zen, un par de figurillas, que según la dependienta le iban como un guante al mobiliario, y poco más.

Tenía dos baños, uno de ellos dentro del dormitorio. Aquello era todo un lujo para él, después de años y años de compartir las duchas con su equipo. Gracias a Dios, los baños estaban ya amueblados, como la cocina. Eran muebles muy sencillos, cierto, pero para él eran los más bonitos del mundo precisamente por lo que suponían: un quebradero de cabeza menos.

En la que debía ser la habitación de invitados montó su despacho, pues no contaba con recibir visitas; al fin y al cabo el grupo de *Jinetes* había sido el único contacto permanente que había tenido durante los últimos años con la sociedad, y a esos ni loco se le ocurriría llamarles para que le hicieran una visita social. Solo puso unas estanterías, que ya llenaría con todos los libros que la falta de tiempo y los continuos viajes le habían impedido leer; un escritorio, vacío hasta que se comprara un portátil y algunos útiles-inútiles de escritura, y, finalmente, un sillón de dirección que le costó un pastón pero que pensaba amortizar al máximo.

El salón era la estancia más grande del apartamento. Los planos y las escasas fotos que su anterior propietario le había facilitado no le hacían justicia. Todavía le quedaba por comprar la mesa de comedor con sus correspondientes seis sillas, quizá por eso se le veía enorme y un tanto solitario. Ese problema lo solucionaría en breve, se prometió. No iba a pasarse toda la vida comiendo medio inclinado en la mesilla auxiliar, ni en

esas banquetas tan incómodas de la cocina.

Pero lo que más le gustaba de todo era la enorme terraza. Se pasaba horas allí, observando a sus nuevos vecinos en su ir y venir, a los niños jugando en el pequeño parque, o simplemente perdiéndose en el balanceo de las ramas de los árboles ante el azote del frío viento de diciembre.

Y ese era el único tipo de contacto que mantenía con el resto del mundo. De momento no le apetecía entablar conversaciones banales con nadie, aunque tenía que reconocer que sentía cierto vacío, y envidia de la mala, cada vez que observaba la estrecha relación que había entre los habitantes de esa pequeña urbanización de vecinos, sobre todo las veces que ahí, medio oculto en la terraza, se sentía como un chiquillo marginado y excluido de un juego en el que solo se le permitía ser un espectador. Él era un antisocial, y desde luego no sabía cómo hacer para dejar de serlo, cómo romper el hielo. De momento dejaba ese tema aparcado, pero comprendía que en algún momento debería cambiar su actitud de solitario gruñón.

Con las mujeres era distinto. Era lo suficientemente atractivo como para no tener que mover un solo dedo. Y no, no era engreimiento; era un hecho. No hacía ni tres días que se había mudado definitivamente y ya había tenido que soportar el acoso y derribo de varias vecinas, algunas solteras, otras no. Había una especialmente insistente, la de las piernas largas y el cinturón ancho a modo de falda, que vale, cierto, estaba como un tren, pero a él nunca le habían gustado las pijas. En realidad, no tenía un tipo ideal de belleza femenina, pero si tenía que elegir a alguna, elegía a la muchacha del anorak cuatro tallas más grande que siempre iba corriendo a todas partes. Solo la había visto de lejos un par de ocasiones, y siempre desde la terraza, pero había algo en su manera de caminar que le fascinaba. O eso, o las largas trenzas que asomaban bajo el gorro. Siempre había sido un tanto fetichista con respecto al pelo largo, pero lo de las trenzas era toda una novedad para él.

Ya empezaba a caer la tarde, así que con un suspiro decidió poner fin a sus *actividades sociales* y se refugió en su serena y cómoda soledad.

Con paso decidido y ufano, Robert se dirigió a la cocina y abrió todos los armarios y cajones. Tenía el ceño fruncido, pues, aunque había hecho una pequeña compra, no sabía si había olvidado algo. Estaba muy poco acostumbrado a esas cosas.

Apuntó en una libreta comprar un libro de cocina. Estaba seguro de que M.K. se mofaría de él hasta el fin de los días si se enterara. Sonrió al pensarlo. Pero bueno, qué le iba a hacer. Tendría que aprender a hacer todas

las cosas por sí mismo, pues tampoco era plan de destrozarse el cuerpo con comida basura o precocinada. Al menos, él pensaba que era lo que haría un hombre normal y corriente, algo a lo que le estaba resultando bastante difícil amoldarse.

Había ciertas costumbres que eran difíciles de desarraigar, como la de mirar a todas partes, la de memorizar cada detalle del entorno, la de estudiar concienzudamente el semblante de las personas. No, un hombre normal no habría llenado su hogar con sensores de movimiento, ni tendría un arma escondida estratégicamente en todas y cada una de las habitaciones de su hogar.

«¿Hasta cuándo duraría aquello?», se preguntó. ¿Cuándo dejaría de sentir esa tensión, esa alarma constante, ese recelo? ¿Cuándo podría mirar a los ojos de una persona sin preguntarse si era un asesino en potencia?

Ferguson le había dicho que nunca.

Robert esperaba que estuviera equivocado.

De momento, debía darle la razón, pues cuando sonó el timbre le faltó tiempo para coger la pistola que tenía guardada en el fondo del último cajón de la cocina y esconderla a su espalda entre la presilla del pantalón antes de ir a averiguar de quién se trataba.

Había una cosa que odiaba con todo su ser: las mirillas de las puertas. Debería cambiarla a la orden de ya por una de esas electrónicas, una que no le ofreciera una imagen distorsionada.

No vio más que una cabeza oscura y un cuerpo menudo que llevaba algo en las manos. ¿Un arma? ¿Un paquete que escondía un arma? ¿Un paquete que escondía un paquete que escondía un arma?

Su alarma interior se disparó de inmediato. A punto estuvo de preguntar a la visitante —era una mujer, eso sí pudo apreciarlo— qué quería a través de la puerta. Pero esa no era la actitud que tendría un hombre de la calle. Tal vez una mujer que viviera sola, o los ancianos, o los paranoicos. Y él no era ni lo primero ni lo segundo, ni quería dejar entrever que era lo tercero, pues solo una persona —hombre en este caso— que tuviera algo que esconder, actuaría con tanto recelo. Así que decidió hacer frente a aquella posible amenaza que aguardaba pacientemente a que él se dignara a abrir la puerta, pese a que su instinto le instaba a hacer justo lo contrario.

Cuando finalmente abrió la puerta, comprendió que debía haber hecho caso a aquella corazonada, porque no supo cómo hacer para defenderse de las armas que la muchacha esgrimía: unos ojos enormes y un par de trenzas.

Mientras esperaba a que su vecino abriera la puerta, Julia canturreaba. Tenía una expresión complaciente y satisfecha, una sonrisa de bienvenida que había ensayado durante varios minutos en el espejo y una mirada de cálida acogida.

Suspiró con algo de nervios cuando escuchó los pasos tras la puerta principal y aguardó pacientemente. Aunque vivían puerta con puerta, esta sería la primera vez que se verían, y no sabía si le pillaría en un buen momento o si el hombre, directamente, no quería ser molestado.

Bueno, valor y al toro.

Cuando finalmente se vio cara a pecho con su nuevo vecino, la mandíbula se le aflojó y los ojos se le agrandaron hasta lo imposible.

El discursito que tantas veces había pronunciado quedó olvidado como por arte de magia en su mente y fue sustituido por un *Ooooooooooh* que ni siquiera fue consciente de haber pronunciado.

Cierto que Susana, la azafata de congresos del 3º C y con la que más trato tenía—y la cotilla *number one* de la urbanización—, ya la había prevenido, pero esta vez se había quedado corta. ¡Jesús, qué grande era! ¡Y qué fuerte! Ni siquiera intentó luchar contra la inmovilidad que aquella presencia masculina provocó en ella, pues aquellos pectorales la tenían hipnotizada. Sus ojos, por cuenta propia y riesgo, comenzaron a vagar perezosamente por el resto del cuerpo, brillando de admiración ante cada descubrimiento; bíceps demoledores, cintura estrecha, piernas largas y musculosas, y el cuello... Mmmmm. Qué ancho. Y qué largo. ¿Sería tan suave como parecía? Ya pensaría en eso después. Ahora quería averiguar si en verdad era tan guapo como le había dicho su amiga, así que echó la cabeza hacia atrás para poder mirarle y...

—¡Ostras!

El hombre reaccionó alzando una ceja perfecta y oscura.

Sí que era guapo, el condenado. Tenía una boca bonita, de labios ¿sensuales? ¿*Besables*? Sí, *besables* era la palabra perfecta. Estaban relajados, semi-abiertos, dejando entrever una blanca dentadura. La mandíbula era cuadrada, imponente, masculina hasta decir basta. Julia frunció los labios cuando miró, con total descaro, la nariz del hombre. La tenía

torcida, como si se la hubiera fracturado en el pasado. Aquello, en vez de restarle atractivo, lo acentuaba.

Julia tenía debilidad por los tipos duros y peligrosos, sobre todo después de haber caído en las redes de la belleza suave y pueril de Paul, pues al menos estos, al contrario que su ex, no ocultaban lo que eran en realidad: el lobo feroz. No, con esta clase de tipo no te encontrarías sorpresitas de última hora, pues su sola presencia ya advertía del tenebroso camino en el que te estabas metiendo.

Finalmente miró sus ojos. Eran azules, pero no el azul eléctrico y frío de su ex marido. Eran de una extraña tonalidad, como la del mar embravecido en una noche de tormenta, más violeta que azul. Inquietantes. Inquisidores. Hipnóticos y subyugantes.

Robert se preguntaba cuánto tiempo más tendría que soportar el descarado examen al que aquella gitanilla le estaba sometiendo. Aunque él la miraba a su vez, su atención estaba centrada en el taper que llevaba en las manos. A ese ni loco le iba a quitar el ojo de encima. Solo uno, por supuesto. El otro estaba demasiado ocupado mirando las trencitas primero, su pecho inmediatamente después.

Vaya, iba bien servida. O eso, o usaba wonderbra.

A punto estuvo de soltar un exabrupto cuando sintió un tirón en los ijares, confirmando así que a su *mini yo* también le gustaba la imagen que estaba evocando su mente sobre sujetadores. O su inexistencia.

Cuando ya no pudo soportarlo más, cuando comprendió que alargar esa incómoda situación solo conseguiría ponerle de mal humor a él y en ridículo a la muchacha, quien parecía incapaz de reaccionar, carraspeó para llamar su atención.

Ella finalmente clavó sus ojos casi negros en los suyos. El respingo que dio le indicó que había vuelto en sí, y más que eso, el acusado sonrojo que cubrió todo su rostro.

—Bu-bu-buenos día —balbuceó finalmente.

Robert ladeó imperceptiblemente la cabeza. A pesar de su tartamudeo, le gustó mucho su voz. Era aguda sin llegar a ser estridente, un tanto vibrante y sugerente, como un dulce y sensual ronroneo.

¡Mierda, otro tirón!

—Buenos días —farfulló incómodo y cada vez más enojado. Y perplejo.

Julia salió finalmente de su aturdimiento cuando él habló. Entrecerró los ojos y dio un par de pasos hacia atrás.

Iba a matar a Susana. Oh, ya creía que lo haría.

¿Cómo había olvidado decirle que era extranjero? ¿Tan necesitada creía esa estúpida que estaba de protección que no había querido informarla de ese importante detalle? No sabía muy bien de dónde podía ser, pues no tenía un acento muy acusado, pero vamos, aquel tipo de Tomelloso no era, sin lugar a dudas. De algún país del Este, tampoco, decidió, pues sus rasgos eran más occidentales, más...

—Inglés —escupió sin darse cuenta.

Robert juntó las cejas y comenzó a gruñir por lo bajo. Aquello podía considerarlo casi como un insulto, pero como no quería delatar su procedencia, lo dejó pasar y decidió acabar con aquella situación que más que incómoda, le resultaba absurda.

—¿Qué quieres?

La rudeza de su pregunta hizo que Julia pegara otro respingo. Pero bueno, ¿qué le estaba pasando? Su abuela cogería una escoba y se la estamparía en los riñones si se enteraba de lo maleducada que estaba siendo. A ella no debía importarle nada de dónde fuera aquel tipo, pues solo era un vecino más al que había ido a dar la bienvenida. Y en vez de eso ¿qué había hecho? Comportarse como una descarada primero, y mostrar sus prejuicios hacia los extranjeros después. Se obligó a carraspear para serenarse, se cuadró como pudo y le miró a los ojos. Como estaban clavados en ella, y como su semblante parecía esculpido en granito de tan rígido que estaba, no pudo sostener aquella mirada glacial y la fijó de nuevo en sus pectorales.

Craso error. Se volvió a quedar prendada de sus músculos. Fue apenas un instante, pero el suficiente para que el hombre comenzara a impacientarse. Su largo y exasperado gruñido así lo reflejaba.

—Hola, soy Julia, la vecina de al lado —comenzó a decir atropelladamente y sin levantar la vista—. En representación de la asociación de vecinos de la urbanización, te damos la bienvenida a nuestra pequeña comunidad. Es nuestro deseo que desees formar parte de ella, que más que vecinos, nos consideres tu familia.

Ea, ya lo había soltado. Ya podía darse la vuelta y echar pestes de allí y de la amenaza que representaba ese ceño fruncido, ese atractivo enloquecedor y ese aroma a peligro y placeres ocultos.

Robert alzó las cejas cuando ella prácticamente echó a correr hacia su apartamento. Vaya criatura tan extraña. Parecía tan ingenua, tan inocente, tan

desvalida.

«Puras patrañas», pensó después que se recuperó de la primera impresión. Él había conocido a demasiadas como esta para fiarse de ellas. Eran las más peligrosas, precisamente porque su cándida y angelical belleza ocultaba en realidad un corazón podrido. Eran las más reclutadas por sus enemigos, dada la capacidad de engaño que llegaban a tener. Ah, pero él se las sabía todas, y no se dejaría engatusar por esos labios pecaminosamente sensuales ni por esos ojos enormes de niña buena.

La vio quedarse parada frente a la puerta de su apartamento, pero en ese instante debió percatarse de que llevaba el taper en las manos, pues lo miró como si no supiera qué hacía allí. Después giró en su dirección, y al verle allí plantado con los ojos clavados en ella, pareció dudar, pero luego frunció los labios, se echó las largas trenzas hacia atrás con un golpe de cabeza y hombros—un gesto muy femenino, por cierto—, y caminó hacia él con paso firme y decidido.

Mmmmm, qué curvitas tenía...

—Toma —dijo cuando llegó a su lado—. Te he preparado un bizcocho.

Robert se quedó de piedra. Vaya, sí que había conseguido impresionarle.

—¿Casero? —preguntó asombrado.

—Claro. Lo he hecho yo misma.

Malo. Aquello no podía traer nada bueno. No, no se fiaba ni un pelo. Pero como tampoco quería poner en evidencia sus sospechas, hizo lo que cualquier hombre corriente haría ante el regalo de un exquisito bizcocho preparado por una vecinita más exquisita aún; sonreír.

Era una sonrisa falsa, desde luego, pero tan estudiada, tan efectiva, que sabía que ella nunca lo apreciaría. Casi sonrió de verdad al ver que ella caía en sus redes, al ver cómo se ablandaba y se rendía ante su encanto.

—Gracias.

Hacer que su voz sonara en verdad agradecida no fue trabajo difícil. Que sonara a flirteo, tampoco.

Lo que le extrañó fue descubrir que, efectivamente, estaba agradecido y flirteando con aquella gitanilla.

—De nada —contestó ella, sonrojada como una colegiala enamorada y con un parpadeo de esas pestañas espesas y largas. ¡Qué gran actriz era!—. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde está mi cama... ¡Mi casa!

Y echó a correr, pero trastabilló con sus propios pies y poco le faltó para caer de bruces. Finalmente, la muchacha alcanzó su objetivo y desapareció de

su vista con un portazo.

Robert se quedó allí unos segundos más, mirando la puerta del apartamento de al lado como si pudiera atravesarla, como si así pudiera descubrir el enigma que representaba la mujer que habitaba en él.

Cuando finalmente volvió dentro, Robert se dejó caer en el sofá y depositó el taper en la mesilla auxiliar. Se sacó el arma de la presilla del pantalón y la dejó junto al bizcocho. Luego, se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en sus muslos y miró el regalo ofrecido con sumo interés.

Interés por averiguar los ingredientes que lo componían. Por saber si entre ellos, si entre todas las cosas que hacían que tuviera ese aspecto tan sabroso, había oculto un veneno mortal. O, cual caballo de Troya, una legión de asesinos dispuestos a liquidarle.

Lo mismo se preguntó sobre la cocinera.

Después de mucho pensar, de mucho cavilar, llegó a la conclusión de que solo había una forma de resolver ambas incógnitas: a bocados.

—¡Julita!

El grito de la anciana hizo que la aludida pegara un salto en el asiento y que la mirara sobresaltada.

—¡Ay, abuela! ¿Qué pasa?

—Que te termines la sopa de una vez. Ya se te ha debido de quedar fría. Trae, que la caliento —protestó doña Amalia poniéndose a desgana en pie, pero con una agilidad que incluso la propia Julia envidió.

—No hace falta, abuela —replicó ella, a la vez que tironeaba del borde del plato para que su abuela no se lo llevara.

—Que traigas de una vez, criatura.

Refunfuñando, Julia se obligó a ceder ante la voluntad de hierro de su abuela y dejó que se llevara la sopa, aunque en su fuero interno deseaba levantarse y hacerlo por sí misma. Sabía que no debía permitir que su abuela moviera ni un solo dedo, pero comprendía que en el fondo, si le quitaba esos pequeños quehaceres a la buena mujer, si no seguía tolerando que la tratase como si fuera una niña, su abuela caería en depresión. Si gracias a esas pequeñas cosas doña Amalia sentía que todavía era útil, no sería ella quien se las robara. Además, en el fondo le encantaba la sobredosis de mimos y cuidados de aquella formidable mujer a la que, más que abuela, consideraba como una madre.

—Ea, aquí tienes —anunció sin necesidad cuando puso el plato en la mesa, esta vez humeante—. ¿Qué hiciste ayer?

Julia sabía que a su abuela le importaba un bledo de qué forma había pasado la tarde-noche del sábado. No, lo que quería saber era por qué estaba en ese estado de inusual mutismo, pues siempre era ella la que aburría a la anciana con sus andaduras.

—Bah, lo de siempre —contestó en cambio, solo para pinchar a su abuela y obligarla a preguntar abiertamente—. Estuve planchando por la tarde y luego bajamos la panda al Irlandés a tomar algo.

La panda eran ella, Susana, y tres matrimonios; Rocío y Domingo, sus amigos desde la infancia, Marisa y Pablo, que les conocía de antes pero hasta que no se trasladó a la Urbanización no empezó a tener trato con ellos, y

Noelia y David, una pareja de recién casados originarios de Madrid. Como ellos, había muchas parejas de jóvenes matrimonios que se habían decantado por vivir en Seseña Nuevo, dado lo asequible del precio de los pisos y la cercanía con Madrid. Y aunque prácticamente conocía al resto de sus vecinos y mantenía con ellos una relación cordial, solo Noelia y David habían congeniado con el resto de la panda a la perfección.

El Irlandés era el único bar de copas de su Urbanización, del cual se sentían sumamente orgullosos porque era el más popular de la localidad. Los jueves y los viernes era cuando más se llenaba, tanto, que a veces resultaba incluso agobiante. Los sábados, sin embargo, estaba algo más tranquilo. Servían raciones sencillas, y ponían buena música. Una vez al mes, dependiendo del estado de humor del dueño, daban espectáculos: un concierto de rock de un grupo local, un concurso de monólogos, un bingo o cualquier juego de charadas. La imaginación de Mike no tenía límites.

El dueño, al contrario de lo que muchos pensaban, y gracias a esa manía suya de no desvelar el misterio, no tenía nada de irlandés. En realidad, lo único que tenía de irlandés aquel bar de copas era el nombre, una estampita de San Patricio, la decoración, y una bandera de Irlanda. El propietario era de Griñón, un pueblo cercano a Seseña, y en realidad se llamaba Miguel Ángel. Era un buen tipo, guapete hasta cierto punto, dicharachero y con una labia que no tenía precio. Sí, el desparpajo de aquel hombre lograba que se las llevara de calle. Porque a ligón y a mujeriego no le ganaba nadie. Incluso trató de enrollarse con Julia. Gracias a aquel *lo-llevas-clarito-guapito* que ella le soltó tan categórico, se convirtieron en los amigos que eran hoy en día.

—Anoche —siguió contándole Julia a su abuela—, Mike nos deleitó con un concurso de Karaoke.

—¿Y tú participaste? —preguntó sin interés doña Amalia.

—Pues claro. Ahí me iba a quedar yo sentada, con lo que me gustan los karaokes.

—Así cayó anoche la tromba de agua que cayó.

—¡Pero qué poca fe tienes en mí! —exclamó indignada.

—No, si fe tengo mucha. Pero también tengo oído, y en perfecto estado, pero querida, déjame que te diga esto: cantas fatal.

—Pues que sepas —alardeó la joven, silabeando—, que gané el concurso.

—Ya, seguro.

—¡Te lo juro!

—No hace falta. Digo que seguro, con las ganas que te tiene ese mindundi.

—El mindundi no tuvo nada que ver con la elección del ganador, listilla. Fue por votación popular.

—Claro —dijo la abuela de malas maneras y rezumando ironía por los cuatro costados—, cómo no te van a votar, si les tienes comprados con tus famosos bizcochos, los cuales aquí, la menda lerenda, no ha probado todavía.

Y por fin llegaba al quid de la cuestión: los bizcochos.

—Te prometo que mañana hago uno sin falta para ti. ¿Contenta?

La anciana sorbió una última cucharada de sopa y se levantó para servir el segundo plato: garbanzos con repollo.

—¿Y el que hiciste ayer? ¿Ya te lo has comido? —preguntó mientras servía.

—No —contestó Julia con timidez—. No era para mí.

Doña Amalia dejó caer el cucharón y se volvió a mirarla. Daba miedo, en verdad. Parecía la abuelita asesina de Psicosis, con los ojos fuera de sus órbitas y los labios fruncidos.

—¿Y para quién era?

Llegados a este punto, Julia se puso nerviosa. Mucho. Muchísimo. Jesús, qué calores le estaban subiendo. Y no, nada tenía que ver con el guiso que estaba comiendo. Ni con el vino. Ni con el calorcillo de la estufa de leña.

Con el recuerdo de unos pectorales descomunales, en cambio... ¡Re-ufff!

—Pues para un vecino que se acaba de instalar.

—Un vecino —repitió suspicaz la mujer.

—Sí, un vecino.

—Masculino y singular. —¡Ay, cómo odiaba que su abuela dejara salir a la maestra de escuela que había sido antaño!

—Sí, creo que sí.

—¿Crees, o es?

—Bueno, al menos masculino, sí que es.

—Es decir, que no sabes si tiene parienta o no.

Vaya, la cosa se ponía interesante.

—Creo que no, abuela.

—Pues yo creo que sí lo sabes.

—Quiero decir que creo que no tiene parienta, no que no crea saberlo —refunfuñó la joven, sabiendo que era absurdo jugar a las palabras con su abuela: siempre acaba perdiendo, revelando más de la cuenta y con un humor

de mil demonios por dejarse liar.

—Averígualo —fue su seca orden.

—¿Qué quieres que averigüe?

La colleja no se hizo esperar. Julia soltó un taco que hizo que se ganara una segunda, esta vez más fuerte y más sonora que su predecesora.

—¡A ver si voy a tener que lavarte esa boquita con jabón, criatura! ¿Esa es la educación que yo te he dado?

En esta ocasión, Julia negó y calló, como la niña buena y obediente que su abuela esperaba que fuera.

—Háblame de él —exigió la anciana sentándose a la mesa y metiéndole mano a los garbanzos.

—Es joven, de unos treinta y pico años. Tiene aspecto saludable.

—En dos palabras: está bueno.

—¡Abuela! —exclamó Julia entre risas.

—Contesta y sigue.

—Sí, está bueno. Pero vamos, tampoco para tirar cohetes. Alto, bien parecido, cuerpo musculoso. Jo, y tan fuerte. No veas qué pectorales tiene.— Julia se detuvo cuando vio que su abuela interrumpía el movimiento de llevarse la cuchara a la boca y la miraba con sumo interés—.¿Qué he dicho ahora?

—No es lo que has dicho, criatura. Es el brillo de tus ojos al decirlo.

—¿Y qué? —protestó malhumorada—. Que esté divorciada no quiere decir que no me fije en esas cosas. Y si un hombre está bueno, pues está bueno.

—El hijo de *la Paca* también está bueno y no te chisporrotean los ojos cuando hablas de él.

—¿Y tú qué sabrás de esas cosas? —preguntó maliciosamente Julia, casi muerta de risa.

—¡Pues pronto! —exclamó la anciana, ofendida—. A ver si te crees que bajo el refajo no tengo lo mismo que tú. —Se irguió en su asiento y añadió, muy solemnemente—: Soy una mujer, y todavía tengo mis necesidades. Y regalarme la vista es una de ellas.

—Habrás visto —se rio Julia.

Era una de las cosas que más le gustaba de su abuela; la libertad con la que siempre había hablado de sexo.

—La cuestión —siguió la anciana—, es que hay una gran diferencia entre que te hagan chiribitas los ojos cuando ves a un buen mozo, a que te

chisporroteen cuando hablas de él. Lo primero significa que te gusta. Lo segundo, que estás perdida.

—¡Yo que voy a estar perdida por el inglés!

Julia se tapó rápidamente la boca con las manos tan pronto soltó aquella bomba. Pero ya era demasiado tarde. El tic en el ojo derecho de su abuela era una clara señal de que había escuchado perfectamente la palabra prohibida.

—¿Inglés?

El que hubiera preguntado en un susurro, casi suavemente, no presagiaba nada bueno. Nada, nada bueno.

Julia se limitó a asentir, y a callar.

Doña Amalia dejó caer la cuchara casi con desprecio en el plato y comenzó a mover la cabeza con resignación.

—Señor, dame paciencia —susurró a la vez que miraba al cielo y juntaba las manos en señal de rezo, toda ella devota y servicial, pero luego, cuando miró a Julia, la asesinó con la mirada—. ¿Cuándo aprenderás, criatura?

—¡Esto no tiene nada que ver con aquello!

—¿Ah, no? ¿Y entonces por qué tienes esa cara de pardilla enamorada?

—¡Qué voy a tener yo cara de enamorada! ¿No he dicho ya que es inglés? ¿Me crees tan estúpida de cometer dos veces el mismo error?

—Pues sí.

Julia se pellizcó el puente de la nariz y suspiró para calmarse.

—Estás sacando las cosas de quicio, abuela.

—¿Tú crees? —Doña Amalia se levantó de la silla y comenzó a caminar por la cocina—. Un hombre joven, guapo, soltero, e *inglés*, se muda al apartamento de al lado de mi nieta, una niña vulnerable y más tontorrón que Abundio.

—Abuela.

—Cuando los mayores hablan, los niños callan, ¿está claro?

—Sí, Señora.

¡Cualquiera la contradecía cuando sacaba a relucir la diferencia de edades!

—Llevas toda la comida ensimismada, suspirando y *alelá* perdida. ¿Y dices que estoy sacando las cosas de quicio? Y para colmo, le haces un bizcocho. ¿Qué será lo siguiente? ¿Ofrecerle tu cama?

Julia no contestó que eso ya lo había hecho. Al recordarlo, se ruborizó hasta las orejas. ¿Cómo había tenido semejante desliz? Maldito subconsciente... Se inclinó sobre el plato para ocultar su rostro, pues sabía

que las chapetas de sus mejillas la delatarían.

Por fin la anciana pareció aplacarse y se sentó a la mesa. Julia ni siquiera se atrevió a mirarla. Agradeció el silencio que siguió, un interludio que sirvió para templar los ánimos y para que disfrutaran de la comida.

—¿Y qué más sabes de él?

Ya decía Julia que mucho estaba durando la paz.

—Nada más. Hace una semana que se ha mudado y no ha hablado con nadie.

—Salvo contigo.

—Salvo conmigo —dijo entre dientes—. Y porque fui en representación de la Asociación.

—Y le llevaste un bizcocho —le recordó doña Amalia.

—Y le llevé un bizcocho. ¡Por Dios, qué cantinela te traes con el bizcocho! Te prometo que mañana te traigo uno.

—No te apures, hija. Ya me lo traerás el domingo que viene, cuando vengáis a comer.

—Vale. —Julia iba a beber agua, pero, extrañada, preguntó—: ¿Vengamos? ¿En plural?

—Pues claro. Uno: singular. Dos o más: plural.

La joven entrecerró los ojos.

—¿Y quiénes son, en este caso concreto, esas dos o más personas?

—Una tú, por supuesto.

Uy, qué dulce se mostrando su abuela. Malo. Muy malo.

—Ya, claro, por supuesto. ¿Y la otra u otras?

—¿Pues quién va a ser, tonta? —preguntó la abuela, como si fuera obvio.

—A ver, sorpréndeme.

La abuela se limpió con parsimonia la comisura de los labios y luego la miró. Sus labios esbozaban una tímida sonrisa. Sus ojos brillaban con malicia.

—El *inglés*.

Ahí fue cuando Julia perdió los papeles, cuando se levantó y comenzó a gritar y a gesticular como una posesa, cuando se puso en su sitio y se enfrentó a la chalada de su abuela. Esta vez no se dejaría enrollar por esa lianta, ¡Ah, no! Esa batalla no la iba a perder. ¡Ya lo creía que no!

Media hora después salió de casa de su abuela, enrabetada, cabreada y con una migraña de Padre y muy Señor mío.

Migraña que sabía le duraría hasta que diera con la forma de convencer

al inglés de ir a comer a casa de su abuela el domingo siguiente.

—Tampoco tiene que ser tan difícil —dijo Robert rascándose la cabeza.

Ahí estaba él, una persona capaz de montar y desmontar un arma en tiempo record, que había desactivado —y en ocasiones fabricado— las más complejas y sofisticadas bombas, que había descifrado códigos con asombrosa facilidad... y no tenía ni puñetera idea de cómo preparar un café.

Como las instrucciones le parecieron absurdas —sobre todo en cuanto a las proporciones de agua y café—, decidió hacerlo como le viniera en gana. Y que fuera lo que Dios quisiera.

En ello estaba cuando escuchó el sonido de la puerta de la vecina cerrarse bruscamente. Como todo estaba en absoluto silencio, y puesto que las paredes más que de ladrillo parecían de papel, hasta él llegó el sonido de su voz. Canturreaba, como era su costumbre, muy alto, y muy mal. Movi6 la cabeza de un lado a otro. Qué estúpida. Siempre conseguía delatar su presencia. ¿O acaso ese era el plan?

Frunció el ceño. No sabía por qué aquella muchacha le intrigaba tanto, ni por qué se pasaba las horas muertas pensando en ella y pegado a las paredes para captar el sonido de su voz. Esa actitud tenía que acabar a la orden de ya. Se juró que, al día siguiente, cuando ella se fuera a trabajar, se colaría en su apartamento y lo llenaría de micros. Tal vez incluso alguna cámara. Sonrió de malicia mientras sopesaba la idea de ponerla en el dormitorio. No, ahí no, a no ser que pusiera una con visor nocturno. Bah, no, mejor en el baño. Pero no en cualquier sitio, no... En la misma ducha.

Mmmmm.

Enojado por el giro que estaban tomando sus pensamientos, y por la erección que los mismos le habían provocado, se apartó de la pared con un brusco movimiento y se dirigió al aseo. Cuando llegó a él abrió el botiquín y sacó el falso frontal. Miró los muchos frasquitos que aparecieron ante sus ojos, preguntándose sobre cuál sería la mejor droga para hacerla *cantar*. Ahí se planteaba realmente el problema porque:

A: Si era inocente, una droga letal la destrozaría. Solo los más veteranos eran capaces de asimilar aquel tipo de droga. Recordó que él pasó la prueba a duras penas, y que fue un infierno de doloroso.

Pero...

B: Si era tan asesina como él, una droga más light no haría ningún efecto en ella y nunca sabría si estaría diciendo o no la verdad.

Finalmente, se decantó por una intermedia; algo que no dañara a la inocente y que hiciera sucumbir a la asesina.

Vale, sí, esa era la mejor, salvo por un pequeño detalle: los efectos secundarios. Los lascivos efectos secundarios. Después de mucho sopesarlo, decidió, no sin una sonrisa ladina, que podría perfectamente soportar el ataque lujurioso al que seguramente la mujer le sometería.

Guardándose el frasco en el bolsillo del pantalón vaquero, volvió a la cocina. El café parecía estar listo, así que lo apagó y tomó la cafetera en una mano, y el taper en la otra. Por si acaso, antes de salir, olisqueó el contenido del recipiente. Genial. Olía a café que daba gusto.

Haciendo malabarismos consiguió echar la llave de la puerta y anduvo los escasos tres metros que le separaban de la tranquilidad o de la preocupación.

—¡Voooooooooooooy! —avisó la muchacha. A él, y al resto de vecinos, porque aquel grito entusiasmado era digno de la más afamada y aplaudida soprano.

Cuando abrió la puerta tenía pintada una sonrisa radiante, pero al verle agrandó los ojos y retrocedió un paso.

Estúpida. O eso, o una actriz de primera.

—¡Ostras!

Sí, decidió que era una actriz de primera. Parecía realmente sorprendida, como si antes de abrir la puerta no hubiera mirado por la mirilla.

No. No lo había hecho. No le había dado tiempo.

—¿Siempre abres la puerta así?

Julia retrocedió otro paso cuando el hombre la increpó.

—¿Así, cómo? —quiso saber.

—Sin preguntar antes ni echar un vistazo por la mirilla.

Realmente parecía disgustado con ella. Esa actitud de macho protector, o de adulto responsable regañando a un niño, le gustó y cabreó a partes iguales.

—Pues no —se excusó, alzando la barbilla orgullosamente—. Es que pensaba que era otra persona.

El hombre pareció confundido, como si no hubiera contado con aquella posibilidad, pero se recobró con facilidad y escondió bajo su eterna fachada de inmutabilidad cualquier resquicio de humanidad.

—Lo siento, no sabía que esperabas una visita. Volveré en otro

momento.

—¡Aguarda! —gritó Julia cuando Robert echó a andar. Se detuvo y la miró sobre el hombro. No mostraba expresión alguna. ¡Qué tipejo más serio, por Dios!—. No espero a nadie, pero creía que era Susana. —Se forzó a sonreír, aunque sabía que lo único que conseguiría en su estado de nervios sería mostrarle todos y cada uno de sus dientes. Por ese motivo, trató de poner la voz que ponía su amiga Susana cuando quería conquistar a un hombre al preguntar—: ¿Te puedo ayudar en algo?

Robert trató de disimular una sonrisa. Una cosa estaba clara; el Oscar a la mejor actriz por el papel de mujer fatal y camaleónica no se lo darían a ella. ¿A eso llamaba sonrisa sensual? ¿De verdad pensaba que su voz había sonado seductora?

No.

Entonces, ¿por qué él sí lo había sentido así? ¿Por qué su *mini yo* se puso más contento que unas Pascuas al percibir cierta reciprocidad de estímulos?

Qué contradicción.

Suspiró larga y contenidamente y se giró de nuevo hacia ella.

—Como fuiste tan amable de hacerme un bizcocho, he pensado que qué mejor que tomármelo contigo. He hecho café —dijo mostrándole la cafetera como si fuera el mayor de los tesoros y con una sonrisa casi tímida que, por primera vez, Julia consideró sincera.

—Ah, gracias.

Y se quedó allí plantada, en el umbral de la puerta y mirándole sin saber por qué el hombre parecía esperar algo de ella.

Un momento, ¿no creería que le dejaría pasar? ¿Tan ingenua la consideraba para pensar que le invitaría a su piso, a él, un extraño, un desconocido, e inglés por añadidura?

Vamos, por favor. Ni que estuviera loca.

Robert vio la duda en los ojos de Julia, y casi se compadeció de ella. Realmente parecía inocente, tan vulnerable, con esos ojos enormes cargados de recelo e indecisión. Estuvo tentado a retirar su oferta para no ponerla en ningún compromiso, pero la idea fue desechada tan pronto llegó. Había ido allí con un propósito y no se iría hasta averiguar algo, lo que fuese.

—¿Puedo pasar? —dijo con suavidad, pero con tanta firmeza, con tanta decisión, que sabía que su pregunta más que tal, era orden. Y tuvo el efecto deseado, porque ella contestó con un dubitativo:

—Claro, pasa.

Sí, estaba loca. Pero era por culpa de esos ojos azules, del cuerpazo que marcaba esa camiseta negra de manga corta, que vete tú a saber cómo soportaba el frío, y de esos vaqueros lavados a la piedra y tan ajustados y que tan bien-requetebién le sentaban.

De modo que ahí estaba ella, preparando en una bandeja el servicio de café. Gruñía y refunfuñaba al hacerlo, llamándose estúpida y prometiéndose que, de ahora en adelante, sería más fuerte en sus decisiones. Si ya se lo decía la directora del Instituto: «Julita, tienes que ser más firme. No debes dejarte avasallar». Cierto que era muy blanda y permisiva con sus alumnos, pero la verdad es que se llevaba bastante bien con ellos y que en sus clases no había conflictos.

Claro, que una cosa era lidiar con un grupo de adolescentes en plena ebullición hormonal, y otra cosa hacer frente a un hombre hecho y derecho que conseguía, con una sola elevación de esas cejas perfectas, que fueran sus hormonas las que se revolucionasen.

Cuando volvió al salón le vio repanchingado en el sofá y mirándolo todo con curiosidad. Estaba tan relajadamente acomodado, parecía tan satisfecho de sí mismo y tan contento de estar allí, que ni siquiera hizo amago de ayudar a servir el café. No es que ella se lo hubiera permitido, pues era un invitado. Forzoso, eso sí, pero invitado al fin y al cabo.

Como las manos le temblaron cuando cogió la cafetera, el hombre se echó hacia adelante y se la quitó de las manos.

—Ya sirvo yo —dijo arrastrando la erre, pronunciándola en toda su plenitud y provocando una sacudida en ella—. Si quieres, mientras, puedes traer las cucharas.

Solo cuándo él se lo advirtió tan *sutilmente*, Julia se percató de su olvido. Maldita fuera. Ahora pensaría que era tonta.

De camino a la cocina, se dio cuenta de que también había olvidado las servilletas, así que las cogió y volvió al salón. Carraspeó, incómoda por el silencio y el examen visual que le estaba haciendo el hombre, y se dispuso a trocear el bizcocho; una gran porción para él, una casi ridícula para ella. Aquello pareció molestar al hombre. No supo por qué. De todos es sabido que las mujeres, por lo menos delante de los hombres, cuidan mucho lo que comen, aunque en el fondo les apetecieran comerse el bizcocho entero de un solo mordisco.

—¡Uuuuy! —dijo de pronto, cuando cayó en la cuenta de un pequeño, pero importante, detalle—. No me has dicho tu nombre.

—Robert.

Robert. Qué bonito nombre. Le gustaba, sobre todo cómo lo había pronunciado: *Rrrrrrrroberrrrrrt*. Qué musical.

—Yo soy...

—Julia. Ya lo dijiste ayer.

¡*Uuuuuu!* Eso sí que había sonido bien. No Julia, con jota, categórico, escueto, sino *Yuuuulia*, suave, dulce, casi erótico.

—Ah, ya recuerdo. —Vale, y ahora, ¿qué? ¿Qué clase de conversación se tiene con un hombre del que no sabes absolutamente nada y que, para colmo, su sola presencia hace que te tiemblen hasta las pestañas? ¿Y por qué hacía tanto calor de pronto? ¡El tiempo! Sí, ese era un buen tema de conversación—. ¿No hace mucho calor aquí?

—Se está bien —contestó él, tan tranquilo, tan a sus anchas.

—Porque tengo la calefacción a tope. Yo es que soy muy friolera —se contradijo a sí misma. Eso era cierto en condiciones normales. No sabía qué le pasaba hoy para que tuviera ese sofoco. Decidió que era por su culpa, pues al fin y al cabo sus mulos se rozaban —muy ligeramente, cierto, pero roce era, después de todo—, y el calor que despedía el hombre era abrasador.

—Al contrario que yo—estaba diciendo Robert, aunque vete a saber tú a qué se refería. Mmmm, qué cuello tan *mordisqueable* tenía...—. Tolero muy bien el frío.

Ah, era eso.

—De eso me he dado cuenta —apuntó ella, señalando con la barbilla su camiseta de manga corta. El hombre se miró a su vez y después sonrió.

Incómoda tanto por el silencio como por la mirada penetrante del hombre, Julia desvió la mirada y buscó algo, lo que fuese, que rompiera aquella tensión palpable que había entre ellos. La naturaleza de dicha tensión era algo sobre lo que tendría que pensar más tarde. Ahora no. Su capacidad de raciocinio no estaba muy por la labor de ponerse a echar horas extras.

Su mirada fue a dar con la mesa. Hasta el momento, ninguno había tocado ni el café, ni el bizcocho.

Julia pensó que quizás, en su país, cualquiera que este fuese, era costumbre que fuera el anfitrión quien diera el primer paso, así que troceó un poco de bizcocho y comenzó a comer. Luego dio un sorbo al café.

Le faltó poco para llorar.

¡Qué malo estaba, la Virgen! Pero tampoco era plan de ofender al hombre, así que le sonrió y levantó un pulgar. Con disimulo, echó tres

cucharadas más de azúcar.

—¿Y qué te ha traído a Seseña? —preguntó mientras lo hacía.

El hombre se encogió de hombros y se acercó un poco a la mesa para coger su plato. Al hacerlo, sus hombros se rozaron.

—Supongo que un conjunto de circunstancias.

—¿Cuáles? —preguntó, pero al ver que el hombre alzaba las cejas, se apresuró a añadir con humildad—: Si pueden saberse.

—Pueden. He venido buscando la paz —contestó, con una sonrisa de medio lado.

Uauuu, eso era una sonrisa y lo demás cuentos... Vaya, ¿cuándo se habían acercado tanto el uno al otro? ¿Y por qué el roce de su brazo la estaba poniendo atacada de los nervios?

¿Y por qué el parecía esperar algo de ella? ¡Ah, la paz!

—Uy, pues de esa aquí hay a montones. No encontrarás pueblo más tranquilo que este. ¿Sabes cuál es el índice de criminalidad? Cero. Nulo. Nada. No hay criminalidad.

—Eso me gusta. Rompe un poco los moldes a los que estoy acostumbrado.

—Sí. Supongo que vivir en una gran ciudad tiene ese inconveniente, sobre todo después de que la crisis haya convertido a padres de familia en delincuentes forzosos. Es una locura, ¿verdad?

—¿Qué te hace pensar que provengo de una gran ciudad? —preguntó él, muy interesado en la respuesta.

—No sé. Tu aire mundano, de chico de la gran ciudad. ¿A qué te dedicabas antes?

Sí, estaba siendo una total y absoluta cotilla. No le importaba en absoluto. Cualquier cosa menos caer en el embrujo de su mirada y en la silenciosa seducción que estaba ejerciendo sobre ella.

—Finanzas —respondió sin parpadear. No era del todo falso, pues en los escasos momentos libres que había podido disfrutar, se había encargado de engordar su cuenta bancaria jugando a la Bolsa. Y oyes, aquello no se le había dado nada mal.

—Claro, ahora lo entiendo.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Que desearas salir corriendo. Ese mundillo puede llegar a ser muy estresante.

—Cierto —acordó él.

—Yo soy profesora de Historia en el Instituto de aquí al lado —informó de pronto, no supo por qué, pues él ni había preguntado, ni parecía interesado en saberlo.

—¿Ah, sí? ¿Y sigues viva?

Julia echó la cabeza y comenzó a reír. ¡Dios, qué fantásticamente bien se sentía de pronto!

Robert se quedó un poco sorprendido consigo mismo. ¿Acababa de hacer un chiste?

—Sí, aunque no sé cómo, la verdad. En realidad, son unos chicos estupendos, al contrario de lo que cabe esperar de un grupo de jóvenes en plena edad del pavo.

—¿De qué pavo? —quiso saber, extrañado. Sabía que no era más que una expresión, y aunque llevaba el tiempo suficiente en España como para conocer la jerga, había ciertas frases hechas que le dejaban fuera de combate.

—Ay, perdona, se me olvidaba que eres inglés. Como apenas tienes acento—confesó acercándose un poco más a él, casi por inercia, sin pensarlo siquiera.

—No soy inglés —corrigió él de mal humor. ¡Cómo odiaba que le llamaran así!

—Lo siento, pero me temo que, a partir de ahora, lo seas o no, eres inglés —anunció Julia con pesar, mientras se giraba hacia él y subía una pierna al sofá.

—¿Y eso?—preguntó él, aprovechando la situación y acercándose un poco más a ella.

Julia contuvo apenas la respiración. Qué bien olía. Pero no era por el perfume, que seguro ni usaba. Era algo más. Algo inherente al hombre.

—Pues porque ya te han puesto el mote. Y de eso sí que es difícil librarse.

Válgame Dios, ¿cómo le había confesado eso? La panda iba a desollarla viva. Como Robert en verdad parecía disgustado con el apelativo impuesto, y como no quería soltar más la lengua al respecto —las mujeres, en secreto, le llamaban el macizorro del primero—, decidió tener la boca llena para no meter más la pata. Fue cuando se percató de que el hombre todavía no había empezado a comer.

—¿No te gusta el bizcocho?

—Depende —fue su escueta respuesta e inclinándose un poco hacia ella.

No, no era un gran conversador. ¡Uy, qué cerca estaba de sus labios!

¡Apenas un suspiro!

—¿De qué depende?—preguntó en un susurro sin apartar la vista de su boca.

—De con qué ingredientes esté hecho.

Y se quedó tan fresco. Entonces, Julia aventuró:

—¿Eres celíaco?

—No —contestó con aquella sonrisa misteriosa y algo engreída de medio lado—. Pero soy alérgico a según qué ingredientes.

—¿Cómo cuáles? —quiso saber ella.

¿Al veneno, por ejemplo?

—Tantos, que ya he perdido la cuenta. Tú dime con qué está hecho, y yo te diré si puedo o no comerlo.

Lo dijo en un susurro, muy cerca de ella, tanto que Julia pudo sentir el aliento del hombre en su rostro. En un acto reflejo, ella se humedeció los labios. Dejó que sus ojos vagaran por el cuerpo de Robert. Ahí se dio cuenta que tanto él como ella misma se habían colocado frente a frente, cuando se percató que ella, además, aunque no sabía cuándo, había estirado la pierna que previamente había subido al sofá, acogiendo casi al hombre. Invitándole a que se colocara entre sus muslos, a que se inclinara sobre ella y a que tomara lo que le viniera en gana.

«¡Dios, Julia! ¿Qué te está pasando?».

—¿De verdad quieres saber de qué está hecho el bizcocho? —se escuchó a sí misma preguntar.

Robert se inclinó sobre ella y jugó con su cabello.

—Quiero.

Ay, madre. Le iba a comer la boca de un momento a otro.

—Pues, en primer lugar, debes hacer la mezcla. Necesitarás huevos, harina, maicena y...

Bien, aquello estaba funcionando. Robert sabía que la droga estaba haciendo su efecto. Lo sabía por la subida de temperatura que estaba sufriendo la muchacha, por las rosetas de sus mejillas y por sus ojos vidriosos. Tuvo que acercarse un poco más a ella para averiguar si tenía las pupilas dilatadas, pues de tan oscuro que era su iris, no podía distinguirlo bien.

Ella malinterpretó el gesto, estaba convencido, porque abrió un poco más los ojos y suspiró entrecortadamente, antes de seguir hablando atropelladamente sobre no sé qué de no abrir el horno.

¿Y si la besaba? Ella parecía estar dispuesta a ello, pero temía que luego

no iba a poder parar, porque ya llevaba un tiempo sin sexo. Pero tampoco era plan de asustarla, así que le dio tregua y se apartó de ella.

De momento la tenía dónde quería, y aquello era más que suficiente. Durante los diez minutos siguientes, en los que Julia se iba despojando de las muchas capas de ropa que llevaba encima sin darse cuenta, de una forma que cada vez le resultaba más excitante, le contó hasta el más mínimo detalle de la elaboración del bizcocho.

—Y así, es la mejor forma de hacerlo —concluyó finalmente, mientras se recogía el pelo en lo alto y soplabá—. ¡Jesús, qué calor hace! ¿Tú no tienes calor?

—No mucho. ¿Más café? —preguntó a la vez que hacía amago de servirle otra taza.

—Quita, quita. No podría dar ni un sorbo más de esa bazofia.

—¿Bazofia? —preguntó asombrado. A él le había parecido aceptable. No era el mejor café del mundo, pero ¿bazofia?

—De la peor. Qué malo te ha salido. —Estaba claro que la droga había hecho su efecto, de lo contrario, Robert sabía que jamás, en condiciones normales, confesaría aquello—. ¿Cuánto café le has echado? ¿Todo el paquete?

—Prácticamente.

Julia comenzó a reírse y luego bostezó.

—Disculpa, pero este calor me está dando modorra.

—Será mejor que me vaya.

—No, espera, no te vayas todavía. No todos los días tengo a Mister Universo merendando en mi casa.

Robert decidió que era el momento de irse. La droga estaría en todo su apogeo, y o bien la había detectado y pese a controlarla se estaba haciendo la inocente, o bien estaba hasta la médula bajo sus efectos. Cada vez más convencido, aunque no del todo, de la segunda posibilidad, no quiso alargar más la situación, pues sabía que la joven soltaría todo lo que se le pasara por la cabeza y no quería ponerla en una situación comprometida. Al menos, de momento.

No, Robert Smith no era tan capullo como para aprovecharse de la lascivia que sabía se estaba apoderando de ella, por muy tentadora que fuera la idea. Tal vez en otro momento, cuando fueran sus manos, su boca y su propio cuerpo el que despertara aquella mirada de deseo que poseía en esos momentos la muchacha.

¡Pero mira que estaba bonita, medio tumbada en el sofá, toda sonrosada por el calor, con los labios brillantes tras habérselos humedecido con la punta de la lengua, con aquellos ojos que le invitaban a perderse en sus profundidades!

Casi suspiró de alivio cuando, de pronto y sin previo aviso, la joven cerró los ojos y cayó presa de un profundo sueño.

Robert se acercó a ella y la miró larga y detenidamente. No entendía muy bien aquella necesidad que nació de pronto en él de protegerla, de cuidarla y ¿de quererla? Qué absurdo...

Sin embargo, siguió varios minutos allí, solo mirándola, solo viéndola dormir, solo contando el transcurso de tiempo entre inspiración y expiración. Solo dejándose sucumbir por aquella mágica calma que le provocaba el simple hecho de sentir en la palma de su mano los latidos de su corazón.

«Peligrosa».

Sí, aquella mujer era peligrosa. No sabía todavía en qué sentido, pero tenía la certeza de que iba a descabalarle por completo. No le extrañó descubrir que, dado el caso, no le importaría lo más mínimo.

Siguiendo un impulso, la besó en la mejilla antes de arroparla con una manta, pues sabía que tan pronto su organismo eliminara la droga sentiría un frío atroz. Luego, llevó a la cocina los restos de la merienda y lavó la vajilla. Cuando se iba a marchar, justo antes de salir por la puerta, volvió al salón para mirarla una última vez. En ese instante ella se movía inquieta, así que Robert buscó el feo peluche con el que la había visto jugar mientras merendaban y se lo puso al lado. Sonrió cuando ella lo apretó contra sí y se quedó relajada.

Sí, aquella dulce inocencia podía ser letal para un hombre como él.

5

—Y para mañana, los ejercicios 15 a 20 de la página cincuenta y cinco. ¡De “Jooo” nada! —terminó gritando cuando los jóvenes se pusieron a protestar —. Dad gracias a Dios que no os ponga un examen sorpresa, por bulliciosos y desobedientes.

Aquello pareció calmar a sus alumnos, pero aun así algunos la miraron con evidente encono. No le gustaba cargarlos con tantos deberes, sobre todo teniendo en cuenta que Ramón, el profesor de Matemáticas, ya se habría encargado de saturarlos, pero de vez en cuando tenía que mostrarse dura. Porque mira que hoy habían estado insoportables. O eso, o no les aguantaba por la horrible migraña que todavía padecía desde que despertara de su inoportuna siesta la tarde anterior.

Se sonrojó al recordarlo. A cualquiera que se lo contara, no se lo creía. ¿Qué mujer con dos dedos de frente y con un poquitín de amor propio se quedaba dormida con semejante espécimen de macho al lado? Ninguna en su sano juicio. Al principio lo achacó a un virus, pues tras haber padecido el infierno en su propia piel, cuando despertó de la siesta estaba congelada. Y gracias a que el buen hombre tuvo el acierto de arroparla.

Esta vez, su sonrojo fue más fuerte, porque no recordaba casi nada de lo sucedido. Solo que ahí estaba ella, hablando sobre bizcochos, mientras se desnudaba sin tapujos y con unas ganas tremendas de que el hombre le metiera mano. Y hasta ahí. Luego, cayó frita.

¿Cómo se enfrentaría a él después de aquello? Pero era algo que debía hacer. Había dejado una cuestión pendiente, así que se veía obligada a devolverle la visita. Lo haría esa misma tarde, pues aunque le daba pánico, como buena luchadora sabía que la mejor manera de combatir sus miedos era haciéndoles frente. Y cuanto antes, mejor.

Tras haber tomado la decisión, se encaminó a la sala de profesores para despedirse de sus compañeros. Hoy no comería con ellos, pues como cada lunes se tomaría las sobras de la comida del domingo, esas que su abuela se empeñaba en meter en un taper para que comiera, al menos un par de veces en semana, como estaba escrito.

Cuando llegó a la sala, todos la saludaron con una sonrisa. Era un efecto

que creaba en la gente, nunca sabría por qué. Su abuelo siempre había dicho que iba despertando sonrisas a su paso porque la gente sabía que ella, en realidad, era un ángel. Era una chorrada como un piano, pero lo más bonito que le habían dicho nunca, por eso atesoraba aquellas palabras en el fondo de su corazón.

—¿Ya te vas? —preguntó Menchu, la profesora de Lengua y Literatura, una mujer que había asumido el papel de Madre de Todos.

—Sí, tengo montones de cosas que hacer.

—¿Como cuáles? —preguntó Narciso, el profesor de Educación Física. Acompañaron a sus palabras una sonrisa seductora y una mirada más que lasciva.

Julia le detestaba. Y no solo porque no cesara en su empeño de llevársela a la cama... Eso lo habría visto incluso normal si el cabronazo no estuviera casado. Porque mira que odiaba a los *Picaflor*. Ocupaban el segundo lugar en su larga lista de *Indeseables*. Sobra decir que el primer puesto lo ocupaban los *Inglés*". Se preguntó si tendría que cambiar de opinión al respecto, si un *inglés* en particular conseguiría desechar la nefasta opinión que tenía de ellos.

No. No lo haría.

Si ella pensaba tanto en él era por culpa de su abuela, que la estaba liando de la peor de las maneras. Ya se vengaría, ya.

Mientras se dirigía al aparcamiento, sonreía con picardía al planear la venganza. Una cita a ciegas con el viejo Rufino no estaría mal, para empezar. ¡Ay, sí! En esta ocasión, reiría ella la última.

Todavía reía cuando llegó a su piso. Se despojó del chaquetón y, de un par de puntapiés, de los zapatos. Se calzó sus pantuflas, se recogió el pelo en lo alto y se metió en la cocina. Sacó de la nevera el taper con los restos del cocido y buscó un plato para servirse. Era maravilloso eso de poder contar todos los lunes con un exquisito guiso express y sin apenas manchar la cocina.

Comió en el salón, como era costumbre, mientras veía la tele. Ese día desdeñó tomarse un vasito de vino, por dos importantes motivos: uno, el vino le daba sueño, y sus siestas, cuando podía disfrutarlas, no eran de las de media horita. Por normal general, de dos horas no bajaban. El otro motivo, y el más importante en este caso, era que, aunque con un vaso de vino no alcanzaba el grado de embriaguez, sí que alcanzaba el de la idiotez. Y dado el comportamiento —humillante comportamiento— que había tenido la tarde anterior, no le apetecía nada que el macizorro del primero pensara que era

tonta perdida.

Comió en tiempo record, pues ya eran las cuatro y media de la tarde, así que se dispuso a recoger el escaso desorden que había provocado y a preparar el café. Café de verdad, y no aquel brebaje imposible de digerir que había hecho Robert. Usó la cafetera de él, que pese a haberla lavado —todavía no se imaginaba a un tiarrón como ese lavando la vajilla—, se había dejado olvidada.

Como no se había cambiado de ropa, solo tuvo que soltarse el *marimño* que se había hecho de cualquier forma, cepillarse el largo cabello, lavarse los dientes y lista.

A última hora, y justo antes de salir, decidió ponerse un poco de brillo labial. Ya puestos, pensó que no tendría nada de malo aplicarse un poco de máscara en las pestañas para acentuar su oscura mirada. Le gustó el resultado, y lo habría dejado ahí, de verdad, pero descubrió que estaba un poco pálida, así que se dio un poco de colorete. Todo muy sencillo y discreto, eso sí, pues ella no tenía por costumbre maquillarse. Al salir por la puerta se dijo que el que hubiera puesto tanto esmero en su apariencia no tenía nada que ver con Robert. De haber sido cualquier otra persona, habría hecho lo mismo.

«*Mentirosilla*», le dijo esa vocecilla que tanto odiaba, esa de quinceañera traviesa y hasta las cejas de hormonas descontroladas, la misma que gritaba como una posesa *vamos-vamos-que nos vamoos* con cada paso que daba hacia el apartamento del vecino.

Se dio cuenta de que la mano le sudaba ligeramente, así que se la secó en el pantalón antes de llamar al timbre. Suspiró, se dijo aquello de *puedo hacerlo-puedo hacerlo* y sonrió. Esta vez no tenía nada que temer, pues ya sabía con lo que se encontraría. No, esta vez no se quedaría como una tontica mirándole embelesada y no se olvidaría de su discurso, de su propósito ni de su propio nombre.

La puerta no tardó en abrirse. Iba a decir hola cuando...

—¡Ostras!

Robert se reprimió de echarse a reír. No sabía si por la forma de reaccionar de la muchacha cada vez le veía, o por la alegría que sentía de tenerla allí de nuevo. Al pensarlo, frunció el ceño cuando descubrió que tenía que ver más con la segunda posibilidad que con la primera.

—¿Qué quieres?—Sí, de verdad que tendría que dejar de ser tan brusco con ella.

Julia, ante tan seca pregunta, salió de su aturdimiento. Para no caer en él

de nuevo, se obligó a mirarse los pies. Deseó que se la tragara la tierra cuando descubrió que llevaba las pantuflas, esas enormes de perrito. Claro, que por mucha vergüenza que esto le causara, decidió seguir con la vista fija en ellas. Podía hacer frente a la ridícula visión que estas ofrecían. Al pecho desnudo y sudoroso del hombre, no.

Casi le picaban las palmas de la necesidad que tuvo de acariciarle, de jugar con el suave vello pectoral del hombre, de acurrucarse y no soltarse nunca más...

—¿Julia?

—¿Qué? —preguntó sin mirarle.

—¿Querías algo?

—Ah, sí. —Por fin reaccionó y lo miró a los ojos. Lo hizo rápidamente, obviando aquel maravilloso espectáculo de carne que gratuitamente se le ofrecía—. Te he traído café. Buen café —rectificó con una sonrisa.

Robert intentó controlar a sus músculos faciales cuando, sin permiso, comenzaron a contraerse para corresponder a la dulzura de aquella sonrisa de gitanilla. No lo logró.

—Muchas gracias —dijo alargando la mano para coger la cafetera. Tan pronto como ella se marchara, sabía adónde iba a parar el contenido: directo al desagüe.

—¿No piensas invitarme? —preguntó ella rápidamente cuando él se disponía a cerrar la puerta y metiendo un pie para impedirselo.

Robert alzó una ceja. Menudo atrevimiento.

—Claro —consintió, pues ya había sido lo suficientemente grosero y no creía que esa sería la actitud de un hombre normal y corriente ante la visita de la vecinita sexy.

Más bien al contrario. Pero era precisamente ese *contrario* lo que le ponía tan en tensión, tan en guardia, lo que hacía que todas las alarmas se disparasen. Porque si ella iba buscando algo de él, lo iba a encontrar. Y eso sería la Madre de la Estupideces.

—Pasa, por favor —dijo todo lo educadamente que su rudeza habitual le permitió, haciéndose a un lado y evitando mirar los pies de la muchacha. Si supiera lo condenadamente sexy que se la veía con esas pantuflas, no se las habría puesto. ¿O esa era precisamente la idea? ¿Era esa su estrategia?

—Ya que insistes... —contestó ella, pasando como un torpedo ante él.

—No lo he hecho —no pudo evitar replicar.

Ella se detuvo en la puerta del salón y se giró para encararle.

—¿Qué no has hecho?

—Insistir.

Julia zanjó el asunto con un encogimiento de hombros que a él le resultó encantador. Se adentró en el salón y, tras mirarlo todo con una curiosidad que rozaba la grosería, se sentó en el sofá de cuero color crema.

—Qué bonito. Y qué cómodo —dijo a la vez que acariciaba la tapicería.

—¿En serio?

Odió cuando su voz delató lo importante que era para él su opinión, lo mucho que deseaba obtener la aprobación de ella.

—Sí. Tienes muy buen gusto. Un poco masculino, pero claro, es de esperar del apartamento de un hombre soltero, ¿no?

Lo último lo pronunció sin convicción alguna, aguardando que él se pronunciara a favor o en contra de esa tesis. Robert decidió no decir nada al respecto. Que sacara las conclusiones que quisiera. Mientras, a él le apetecía jugar al hombre misterioso. Al menos, con ella.

—Voy a por un par de tazas —contestó en cambio. Se miró a sí mismo y sonrió—. Y a adecentarme un poco.

Le gustó el suspiro de resignación que lanzó la muchacha. Y más que eso, la mirada ávida que lanzó a su cuerpo, en concreto, a sus pectorales. En un alarde de puro orgullo viril, tensó los músculos. Esta vez el suspiro de ella fue entrecortado.

Se lavó rápidamente y se puso una camiseta cualquiera. No vio ninguna necesidad de cambiarse el pantalón de nylon, pues, aunque había estado haciendo ejercicio, no había sudado gran cosa.

A continuación, fue a la cocina, cogió un par de tazas, dos cucharillas y el azucarero. Ya había descubierto que ella, al igual que él, tomaba el café solo. Mientras lo ponía todo en una bandeja, también cayó en la cuenta de que, nuevamente al igual que él, le gustaba templado y muy azucarado. Eso le desagradó. No creía en las coincidencias.

—¿Te ayudo en algo? —la escuchó gritar.

Bramó un «¡no!» rotundo y se encaminó al salón, pues sabía que su ofrecimiento no era más que una excusa para cotillear el apartamento. Era tan entrometida, que la creía capaz de abrir armarios y cajones, y eso podía ser fatal. No, mejor ir corriendo al salón antes de que a ella se le ocurriera plantarse en la cocina.

Le contrarió que le agradara tantísimo verla allí sentada esperándole, con esa sonrisa de ángel y esos ojazos inocentes. Sin querer, soltó un taco de los

gordos.

—Oye, si he venido en mal momento, me voy —dijo ella, mitad contrita, mitad enojada, al escucharle despotricar—. Ya veo que no estás para visitas.

—No, no —se apresuró a disculparse. Sí, tenía la delicadeza en el mismo sitio donde tenía el sentido de la decoración—. Es solo que me acabo de acordar de algo.

—¿De qué? —quiso saber ella, mientras servía el café y solo para darle conversación, esa que él no parecía dispuesto a mantener.

—De una cosa.

—Ah, ya. Perdona, no quise ser entrometida.

—Pues lo estás siendo.

Ella detuvo el movimiento de dar un sorbo y le miró sobre el borde de la taza.

—¿A que sí? —se guaseó. Dio un pequeño sorbo y dejó la taza sobre la mesa—. Perdona, pero cuando estoy nerviosa, suelo meter la pata.

—¿Y por qué estás nerviosa?

Como ella no cayó fulminada tras el primer sorbo, Robert decidió beber a su vez. Estaba bueno. Muy bueno. Joder, en verdad que estaba rico. Algo fuera de lo normal...

—¡¿Qué cojones le has echado al café?!

Julia se apartó de él cuando prácticamente se abalanzó sobre ella tras gritar como un condenado. Jo, asustaba de verdad. Había hecho la pregunta entre dientes, y su rostro era letal.

—¿P-por qué? —atinó a pronunciar.

—Las preguntas las hago yo —susurró él, amenazante, exigente, implacable.

—Ca-canela —balbuceó.

Robert siguió sobre ella unos segundos más, mirándola fijamente a los ojos, como si quisiera llegar hasta su alma, la respiración apenas contenida y los labios fruncidos en una fea mueca que, asombrosamente, le hacía más atractivo todavía.

—Canela —repitió él. Aquella calma con la que había pronunciado la palabra no podía traer nada bueno.

Y, sin embargo, ese timbre ronco de voz hizo que algo se moviera dentro de ella, que le diera un vuelco el estómago y que respirara sin orden ni concierto.

Por su traumático pasado, lo más normal es que hubiera sentido pánico y

un deseo irrefrenable de echar a correr y alejarse lo más rápidamente posible del hombre. El que no lo hiciera, el hecho de que tuviera la seguridad de que él no iba a hacerle daño, era algo que tendría que analizar más tarde.

Ahora, por el momento, solo podía quedarse ahí, quieta, expectante. Y responder:

—Sí, canela.

Como no se apartara de ella, se le iba a echar al cuello. ¡Qué bien olía, el muy desgraciado!

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

Robert resopló, tan fuerte, que le revolvió el corto flequillo.

—¿Porqué le has echado canela?—preguntó de nuevo, marcando cada sílaba y la paciencia ya perdida del todo.

Julia no entendía aquella actitud. No sabía por qué aquel detalle parecía enfurecer tanto al hombre. A no ser que...

—¡Ups! —exclamó—. Yo... lo siento, no sabía que eras de ese tipo.

Robert alzó ambas cejas y se apartó de ella. ¡Gracias a Dios!

—¿Qué clase de tipo?

—Bueno, ya sabes. —Julia carraspeó y se echó el pelo en la cara para ocultar el rubor de su rostro—. De los de enfrente.

—¿Enfrente?

—Sí, enfrente. —Realmente el hombre no sabía de lo que estaba hablando, como así reflejaba su rostro perplejo. Exasperada, dijo—: Vamos, que no sabía que fueras gay.

Si le hubiera dado una patada en los innombrables, no le habría dolido tanto. El que ella dudara de su hombría, le irritó hasta límites sorprendentes.

—¿Cómo has llegado a pensar tamaña barbaridad?—gritó indignado.

—Bueno, lo he pensado después de... He creído que...

—Habla.

—No me explico que te hayas enfadado tanto por haberle echado canela al café —replicó molesta—. Es una costumbre que tengo, y como comprobarás, está muy bueno. Pero claro, de todos es sabido que la canela es afrodisíaca, y te entiendo, porque de estar en tu caso, de haber sido yo lesbiana, no me gustaría ni un pelito que tú trataras de llevarme al huerto con algo tan bajo y ruin. Pero tranquilo —dijo muy dignamente, barriendo la habitación con la mano—, que no era mi intención seducirte.

—¿Ah, no?

Realmente Robert no entendía nada de nada. Pero ahora se estaba divirtiendo. Le encantaba cuando ella se sonrojaba así, cuando evadía su mirada y cuando, tras meter la pata, intentaba arreglarlo con la primera charada que se le ocurriera.

—No. Vamos, ni por asomo.

—Lástima.

Julia arrugó la frente y le miró sin comprender.

—¿Lástima por qué?

Robert le retiró el pelo de la cara y la cogió por la barbilla para obligarla a mirarle. ¡Por Dios que iba a convencerla de que no era gay!

—Porque me hubiera dejado seducir.

—Pe-pero si eres gay.

Robert la soltó como si le quemara.

—¡Yo qué voy a ser gay!—Luego sonrió con maldad y preguntó—: ¿Quieres que te lo demuestre?

—Sí... ¡No! —¡Maldito subconsciente!

Robert echó la cabeza hacia atrás y rompió a reír. Julia, le miró maravillada, más aún cuando él, después de aquella explosión de hilaridad, pareció perplejo por el simple hecho de haberla tenido. ¿Tan extrañas eran las risas en la vida de aquel hombre que se sorprendía de ellas? ¿Tan dura había sido la vida que había llevado? Casi estuvo tentada a abrazarle, a consolarle y a susurrarle que todo estaba bien.

El hombre debió percibir su mirada cargada de ternura, porque arrugó el entrecejo y comenzó a emitir esos sonidos guturales que tanto le habían asustado al principio y que tanto le gustaban ahora.

—No es malo, ¿sabes?

Robert aparcó su actitud gruñona y la miró con desconcierto.

—¿Qué no es malo? —¡Dios! ¿Comprendería alguna vez a esa mujer? Y, lo más importante, ¿quería comprenderla?

—Reír. Es incluso bueno. Sí, sí, no me mires con esa cara. ¿Nunca has oído hablar de la risoterapia? Hace poco leí en un artículo que crea un estado de felicidad y bienestar gracias a las endorfinas que se liberan. ¿Lo sabías?

—Sí.

—Además, es bueno para liberarte de todo el estrés que llevas acumulado. ¿Y sabes cuál es la mejor manera? Con una guerra de cosquillas —terminó diciendo con una sonrisa maliciosa, los dedos como garfios y dispuesta a saltar sobre él.

—Yo no tengo cosquillas —se rio él. Jesús, sí que se lo estaba pasando en grande. ¿De verdad iban a jugar a las cosquillas?

«A otra cosa iba a jugar yo».

—Jo, pues me las he debido llevar yo todas, porque no las soporto. Mi abuela siempre dice que... ¡Ay, Dios!

—¿Qué pasa?

Algo importante debía ser, porque la muchacha se puso pálida y comenzó a morderse el labio. Luego le miró de reojo. Sí, algo debía de ocurrir, porque captó cierta vergüenza en sus ojazos negros.

—Pues verás, sé que te estarás preguntando a qué he venido, pero también que eres lo suficientemente educado para no preguntarlo abiertamente.

Sí, claro. Él tenía de educado lo que ella de discreta. O sea, nada.

—A seducirme no, como has dejado bien claro. A insultarme, sí. Y a cabrearme. A declararme una guerra de cosquillas, también. Ah, y a hacerme reír. Pero, además de todo eso, ¿a qué has venido, Julia?

—Pues verás, yo tengo una abuela, ¿sabes? —comenzó a explicarse.

—¿Y eso es malo? —A saber dónde quería ir ella a parar. Estaba deseando descubrirlo.

—No, no. Yo la adoro, y en condiciones normales es fabulosa. —Julia sonrió con afecto—. Vaya si lo es. Tendrías que verla. Tiene ya ochenta y tres años, pero está como una rosa. Me mimaba mucho, ¿sabes?

—Pero...

Julia miró al cielo y soltó el aire de golpe.

—Pero es una lianta de mucho cuidado. Sí, sí —confirmó asintiendo enérgicamente—, de las peores. No sé cómo se las apaña, pero siempre acaba enredándose en sus locuras.

—¿Y una de esas locuras es la que te ha traído aquí?

Julia se maravilló de la rapidez que tenía él de atar cabos.

—Oh, ya lo creo. ¿Puedes creértelo? ¿Pues no se le ha metido en la cabeza que vayas a comer a su casa el domingo que viene?

Robert se quedó de piedra. Receloso por naturaleza, la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y yo qué pinto allí?

Julia suspiró con resignación y comenzó a jugar con la cucharilla del café. No se atrevía a mirarle, sobre todo porque sabía que en esos momentos vería la burla reflejada en su rostro.

—Supongo que quiere hacerte un chequeo.

Qué cosas más raras decía.

—¿Qué tipo de chequeo?

—Oh, pues ya sabes. Quiere averiguar el tipo de persona que se ha trasladado a vivir al lado de su débil y vulnerable niñita —dijo con retintín—. Pero no tienes de qué preocuparte. Le diré que tienes cosas que hacer y Santas Pascuas.

Robert se lo pensó solo un segundo. En verdad no le apetecía nada ir a visitar a una anciana, pero si la anciana en cuestión era la abuela de la mujer que le había quitado el sueño, era otra cuestión. Cuanto más supiera sobre el enemigo, mejor. Y para ello utilizaría a su abuela, una mujer seguramente aburrida y dispuesta a soltar prenda sobre su adorada nietecita.

—Iré —declaró.

Julia pegó un respingo en el asiento y se llevó una mano al corazón a la vez que soltaba una exclamación ahogada. Sus ojos estaban imposiblemente abiertos.

—¿Cómo que irás? —Comenzó a negar con la cabeza, muy seria—. No, no puedes ir.

—¿Y por qué no?

La muchacha se echó el pelo hacia atrás y comenzó a soplar.

—Porque te va a liar, seguro. Y luego me echarás las culpas a mí. No, no irás.

—Si ya lo tenías decidido, ¿por qué has venido?

—Bueno, porque de no haberlo hecho, ella me lo hubiera notado. No voy a mentirla sin necesidad, ¿comprendes?

Robert se acercó a ella en el sofá. Julia reaccionó apartándose a su vez.

—Pero en realidad sí que estarías mintiendo, Julia.

—¡De eso nada! —Volvió a apartarse cuando él salvó la distancia que les separaba—. ¿Acaso no te he consultado primero?

—Ya, pero tú estás dispuesta a decirle que no quiero ir, cuando en realidad me muero de ganas de hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó. ¡Mierda! Ya había llegado al final del sofá y el hombre seguía avanzando.

—Quién sabe —contestó él, cogiendo uno de sus rizos y jugando con él—. Curiosidad, necesidad de comer algo caliente por una vez, de averiguar más sobre ti...

—¿So-sobre mí? —«*Que no se acerque más, que no se acerque más*».

—Pues sí. —Robert apoyó el codo en el respaldo y se la quedó mirando. Tenía medio cuerpo inclinado sobre ella, solo para atormentarla un poco por haber dudado de su hombría. Y para darse el capricho de disfrutar del calor que emanaba la mujer—. Tú me intrigas, Julia.

Ay, madre. La iba a besar. Ya lo veía venir.

Y aunque ella quería ser besada, sería un gran error. Y ella ya había cometido muchos.

—¿Sabes? Se me hace tarde —anunció poniéndose bruscamente en pie y apartándose del sofá como si de fuego se tratase, justo en el momento en el que los labios del hombre estuvieron a solo unos pocos centímetros de distancia de los suyos.

Robert siguió en la misma postura, mirándola traviesamente y con una sonrisa de suficiencia que hizo que Julia apretara los dientes de rabia. Ella estaba a punto de arder, y él estaba tan sereno, tan tranquilo, como si su cuerpo no sufriera ninguna reacción con su cercanía, al contrario que el suyo.

Maldito fuera.

—¿A qué hora te recojo el domingo? —Nada, ni una ligera nota de alteración. Quizá las erres algo más pronunciadas, pero salvo eso, ni un simple estremecimiento.

—¿A la una y media te parece bien?

—Perfecto.

—Bueno, yo ya me voy. Adiós.

—Adiós, *July*.

La aludida rechinó los dientes, se echó la melena hacia atrás y alzó la barbilla. Se marchó de allí todo lo dignamente que el temblor de sus piernas le permitieron, pero lo cierto era que estaba alteradísima.

Además de excitadísima.

Jesús, si con solo una insinuación y un par de miraditas seductoras conseguía ponerla en ese grado de excitación, no sabía lo que haría si se le ocurriese tocarla. Una locura. Y una estupidez. Pero ella no cometería dos veces el mismo error. Ni por asomo. Por otro lado, como él parecía inmune a sus encantos, tampoco tenía de qué preocuparse. Caminó muy erguida, y cerró la puerta con suavidad. Sí, realmente su marcha había sido digna de una reina, y solo cuando llegó a su apartamento, se permitió el lujo de ponerse a chillar de pura frustración.

Robert soltó una carcajada tan pronto escuchó el portazo que dio la muchacha en su descabellada carrera por marcharse y por poner tierra de por

medio. Se levantó, recogió la figura que había arrollado a su paso y fue a por un paño de cocina para recoger el café que había volcado al levantarse precipitadamente. Mira que se lo había pasado bien a su costa. Sabía que estaría riéndose toda la semana. Oye, no estaba mal eso de ser un hombre corriente. Nada, nada mal.

Claro, que se lo habría pasado mejor si no hubiera sido por ese calentón que le estaba matando. De momento, debía conformarse con dejarlo estar o con buscar una vía rápida y solitaria. Podría buscar otras formas de buscar consuelo. Recordó que la de las piernas largas parecía estar más que dispuesta a ofrecerse para tal fin, como así reflejaba las señales que le había lanzado.

No, no era a la Barby pija a la que quería en su cama.
Quería a la gitanilla. Y pronto.

6

El timbre la sacó bruscamente de la lectura en la que estaba inmersa. Gruñó por lo bajo, pues esa forma de llamar insistente, casi caótica, solo podía corresponder a una persona, aquella que, dado el concierto que estaba montando con su timbre, parecía estar alterada. Julia dejó el libro a un lado a desgana y fue a abrir.

Un cuerpo de escándalo coronado por una preciosa medio-melena rubia pasó como un torbellino a su lado y se fue directamente al salón. Hablaba deprisa, atropelladamente, entre hipo e hipo. Eso, y su exagerada gesticulación indicaron a Julia que no estaba alterada.

Estaba totalmente fuera de sí.

Pero lo que la alarmó, lo que hizo que corriera al lado de su desesperada visita y la abrazara sin pensar, fueron las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Susa, Susa, cálmate, por Dios —pidió, impotente ante el dolor de aquella loca que se había convertido en su mejor amiga—. Voy a por un vaso de agua.

—No —contradijo Susana—, olvida el agua y saca ese whisky que tienes guardado. Del vaso también puedo prescindir—y volvió a echarse a llorar.

—Ya, ya. Aquí estoy, ¿eh? Venga, venga.

No era la primera vez que Susana se presentaba en su piso en ese estado. Y supuso que esta vez, al igual que las otras, sus lágrimas eran justificadas.

Susana era una de las mujeres más fuertes que Julia había conocido en su vida. También la más cabal y sensata, pese a aquella apariencia frívola y superficial y aquella fama que la propia Susana se había encargado de fomentar de mujer camaleónica y fatal mezclada con la de rubia tonta, algo totalmente alejado de la realidad.

Solo Julia sabía que esa mujer padecía noche tras noche el infierno de enfrentarse a la soledad, que no había mañana que no se despertara llorando por no hacerlo con el ser amado, que luchaba días tras día contra el impulso de tomarse un frasco de pastillas y acabar con todo de una vez.

El que no lo hubiera hecho, el que hubiera decidido seguir con aquella especie de muerte en vida, llenaba a Julia de asombro y orgullo por su valor, su valentía y su fortaleza.

Esperaba, ansiaba de todo corazón, que no tuviera nuevamente una de esas crisis tan destructivas. Aunque, si así fuera, ahí estaba ella para tenderle una mano y obligarla a abrir los ojos una vez más.

De momento, lo único que podía hacer era agarrar sus manos y esperar que Susana se serenase y se abriera a ella. No necesitó palabras. Solo le bastaba con tocarla para que ella supiera que estaba ahí.

Finalmente Susana pareció calmarse, así que Julia le tomó el rostro entre las manos, le limpió los churretones de las mejillas con los pulgares y trató de sonreír para infundirle ánimos.

Como siempre, Susana no pudo evitar sonreír a su vez.

—¿Mejor?

Susana asintió, lanzó un par de suspiros entrecortados y la miró a los ojos.

—Ay, Julita. Esto va a ser mi ruina.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con preocupación.

—Me he quedado sin trabajo—anunció.

—¡Ay, Dios! Espera, voy a por el whisky.

Julia sabía que lo iban a necesitar. Aquella noticia realmente era mala. Durante los últimos tres años, y por culpa de la crisis económica en la que estaba inmerso todo el país, la amenaza del despido había persistido. Pero hasta el momento, solo había sido una mera especulación.

Ahora era un hecho. Uno que dejaba a su mejor amiga en una situación más que crítica.

—¿Qué voy a hacer, Julia? —preguntó con nuevas lágrimas en los ojos—
— Sabes que la compra del piso me ha dejado prácticamente en la bancarrota.

Julia trató de calmar la avalancha de sollozos con sus ya típicos *Ea, ea, ea*, acompañados de unas palmaditas en el hombro.

—Tampoco lo tienes tan mal —trató de animarla—. Piensa que, al menos, no tienes una hipoteca que pagar.

Susana se apartó de ella con hostilidad. Julia supo que la misma no tenía que ver con ella, sino con su nada favorable situación.

—¿Y de qué voy a comer? ¿Del aire?

—Para lo poco que te sueles meter en el cuerpo —trató de bromear sin éxito. Al ver que Susana la miraba enfurruñada, dejó las chanzas a un lado—
¿No tienes prestación por desempleo?

Susana negó con la cabeza.

—Al tener un régimen especial es como si fuera autónoma y no tengo derecho a paro.

Julia soltó un improperio, pero luego, sabiendo que si se ponía negativa hacía un flaco favor a su amiga, decidió quitarle hierro al asunto.

—Mira, haremos esto. Tú por la comida no te preocupes, que mientras yo esté aquí, en tu mesa no te faltará un plato. En cuanto a los demás pagos, ya veremos cómo lo solucionaremos, ¿trato hecho?

—¡No puedo aceptar tu caridad! —protestó Susana—. Bastante tienes tú encima.

—¿Qué tonterías son esas? Sabes que tengo reservados unos ahorrillos, así que no tienes nada de qué preocuparte.

—Pero... —insistió Susana.

—De pero, nada. ¿Acaso tú no harías lo mismo por mí? —Susana asintió efusivamente. Julia sabía que decía la verdad—. Pues hale, fuera llanteras.

Las mujeres se dieron un fuerte achuchón. Cuando se apartaron, se miraron con afecto a los ojos.

—¿Cómo lo consigues, Julia? ¿Cómo haces para ser tan fuerte?

—¿Yo, fuerte? —Resopló y puso los ojos en blanco.

—En serio. Pocas personas han padecido lo que tú y todavía conservan el optimismo.

—Yo no he padecido ni la mitad de lo que tú lo has hecho. —Bajó la mirada para que no viera la pena que sentía—. Yo no he perdido al amor de mi vida por culpa de unos desgraciados que se preocupan más de llenarse los bolsillos que de la seguridad de sus trabajadores.

Susana tragó saliva y cerró los ojos con fuerza para no recordar el momento en que la llamaron para informarle que su esposo había fallecido en un accidente de trabajo. Con un cabeceo impotente, apartó el pasado a un lado para hacer frente al presente, poco prometedor, sí, pero mucho más soportable que los recuerdos.

—Estoy perdida —susurró.

—No. No voy a dejar que te derrumbas ahora, ¿entendido? Seguro que hay más compañías que precisan tus servicios. Ven —decidió poniéndose en pie bruscamente cuando tomó una decisión—. Vamos a ver si encontramos alguna oferta de trabajo por Internet.

—¿Crees que no lo he intentado? —Susana se levantó y comenzó a pasearse—. Pero por lo visto ya soy demasiado mayor.

—Si estás estupenda, mujer.

Julia miró el cuerpo de su amiga. Realmente era preciosa. Muy alta y estilizada, con unos pechos exuberantes y unas caderas minúsculas, siguiendo los cánones de belleza actuales. Era la sofisticación en persona, y siempre iba a la última. Aparentaba veintitantos, frente a los casi cuarenta que tenía en realidad.

—Ya, claro. Tú no sabes lo que tengo que aguantar en los Congresos y en las ferias. Que si qué me creo, que si tengo más arrugas que la Esteban, que si soy una pasa caduca jugando a las jovencitas... ¡Estoy harta!

—¡Eres preciosa! —gritó enojada Julia cuando Susana volvió a perder los papeles—. Más quisiera más de una, yo incluida, tener tu cuerpo y tu rostro.

Susana parpadeó antes de mirarla de arriba abajo. Luego habló en un susurro, casi con tristeza.

—Mírate. Desde que te conozco, jamás has usado cremas para combatir la edad. ¿Pero qué vas a combatir tú? Tienes treinta y dos años y todavía tienes la misma piel tersa y suave de una adolescente. No tienes que embadurnarte la cara todas las mañanas para ser estar hermosa; ya cuentas con tu belleza natural. Tienes un cuerpazo. Menudita, eso sí —dijo con una sonrisa cuando Julia iba a protestar—, pero muy bien proporcionada. Y todo eso, sin privarte de comer lo que te apetezca y sin pasar por quirófano. ¿O acaso creías que estas son naturales? —preguntó señalándose los pechos.

—Claro, claro —ironizó Julia—. Por eso los hombres hacen cola en mi puerta y no en la tuya.

—Eso no tiene nada que ver con la belleza. Es por tu actitud.

—¿Qué actitud?

—Esa de *cuidadín con acercarte a mí a menos de cincuenta metros o te suelto una hostia...*

Las mujeres pegaron un respingo cuando, sin previo aviso, escucharon una carcajada que más que tal, era un trueno. Al unísono miraron hacia la pared, pero Julia estaba demasiado cabreada por el último comentario de Susana para preocuparse por las carcajadas de su vecino.

—Yo no voy así por la vida.

—Sí que lo haces. En cuanto ves que un hombre muestra interés por ti, sales corriendo.

—¡Ja! —se rio sin humor alguno—. Y eso me lo dices tú, que tan pronto te das cuenta de que los hombres quieren algo más de ti que pasar un buen rato en la cama, les echas de tu vida sin contemplaciones.

—¡Lo mío es distinto!

—¿Por qué, eh? —quiso saber Julia. Habían ido elevando la voz y se habían puesto de jarras, una frente a otra.

—¡Porque yo todavía amo a mi marido!

A Susana se le desgarró la voz cuando confesó aquello. Después se derrumbó del todo y se dejó caer en el sofá.

Julia corrió a su lado y la abrazó. Cualquiera que viera ahora a Susana, no la reconocería. No, nadie vería ahora a la femme fatale que solía ser. Verían a la viuda desconsolada que era en realidad, aquella mujer vulnerable y rota por el dolor, la que se empeñaba en buscar consuelo en amores efímeros de sábado noche y que a la mañana siguiente se despreciaba por haber traicionado la memoria de su esposo muerto.

—Lo siento. ¡Lo siento mucho, Susa! —susurró Julia, besándola en la frente—. De verdad.

—Lo sé. Yo no tengo remedio. Estoy rota, vacía, y lo cierto es que me da absolutamente igual, que poco se puede hacer ya por mí. Conmigo todo está perdido. Contigo no. Y me fastidia ver que estás destrozando tu vida por culpa del desgraciado.

—Eso no es verdad —dijo rápidamente a la defensiva—. Sabes que ya cerré ese capítulo de mi vida.

—No te mientas, Julia. Puede que hayas olvidado a Paul, pero no lo que te hizo. Algún día tendrás que empezar a confiar de nuevo en los hombres.

—Y tú dejar ir a tu esposo, Susa. Sabes que llegará un momento en que tengas que tirar su cepillo de dientes.

No, Susana no iba adentrarse en ese terreno. Todavía no estaba preparada.

—Y tú darte una alegría al cuerpo —contraatacó, solo para desviar el tema—. ¿Cuánto tiempo llevas sin acostarte con un hombre?

Julia enrojeció hasta las orejas.

—Ya sabes desde cuándo.

—Jesús, no sé ni cómo aguantas —se rio Susana. Julia agradeció que la viuda desconsolada reculara, al menos momentáneamente, para dejar salir a la loca pervertida—. Eso no puede ser bueno para la salud, sin contar con las alegrías que te estás perdiendo.

—Yo no sé por qué le das tanta importancia al sexo. Total, tampoco es para tanto.

Susana no se echó a reír por respeto a su amiga. Conocía suficiente su

vida sexual para saber que eso sería cruel.

—Opinas eso porque no sabes lo que es tener sexo. Del bueno —susurró sensualmente—. Del tórrido, de ese que te hace sudar como una cerda y gritar como una posesa.

—Eso solo sucede en las novelas que lee mi abuela. No es que piense que sea desagradable —se apresuró a decir al ver los ojos agrandados de su amiga cuando descubrió la verdad en sus palabras—, pero vamos, eso de que ves luces y todo...

—¡Ay, madre! —gritó Susana con desconcierto—. Sabía que ese desgraciado nunca te ha satisfecho en la cama, ni fuera de ella, pero... ¡Ay, madre! ¡No vayas a decirme que nunca has tenido un orgasmo!

Julia, avergonzada, se encogió de hombros.

—Ya te conté que Paul era un inútil que iba a su bola.

—Pero ¿y en tu intimidad?

Julia pareció horrorizada con aquella idea.

—¿Qué cochinas estás preguntando? ¿Y cuándo hemos pasado de hablar de tu vida laboral a mi vida sexual?

—De la escasez de ambas, Julia. Hablamos de la escasez de ambas —corrigió Susana entre risas—. Y ahora, contesta. ¿Qué hiciste con lo que te regalé para tu cumpleaños?

—Te advertí que te lo quedaras tú. ¿En qué cabeza cabe que me voy a meter esa cosa en el chirri?

La carcajada de Susana quedó sepultada por la del vecino. De nuevo, las mujeres miraron hacia la pared.

—¿Y este qué estará haciendo? —preguntó la azafata de congresos.

Julia se encogió de hombros, pero siguió mirando hacia la pared.

—Estará viendo una película.

—Anda, ve a por un vaso —susurró Susana.

—¿Ya quieres emborracharte?

—No. Es para espiar al macizorro.

—¡Que te has creído tú eso! Anda, ven para acá —exigió en voz baja pero firme cuando su amiga pegó la oreja a la pared.

Susana se tapó la boca con las manos para amortiguar una risa maliciosa. Se apartó de la pared y se sentó en el sofá.

—¿Le has vuelto a ver desde que le llevaste el bizcocho?

Julia sonrió traviesamente y se sentó a su lado. Ambas tenían el típico semblante de dos niñas que compartían confidencias.

—Agárrate. Al día siguiente, se presentó en mi casa con el bizcocho y con café.

—¡No me jodas! —no pudo evitar gritar de sorpresa y alegría.

—¡Calla, que te puede oír! —advirtió Julia, un tanto preocupada por esa posibilidad. No le apetecía nada que Robert supiera que estaban hablando de él. Miró con recelo la pared y se acercó un poco más a Susana—. Te lo juro. Dijo que quería agradecerme que hubiera sido tan amable con él.

—¿Y?

—Y nada. Nos tomamos el café, que por cierto estaba asqueroso, charlamos un poco, o al menos yo lo hice porque es imposible sacarle más de dos palabras seguidas, y luego me quedé dormida.

—Venga ya —dijo Susana con incredulidad.

Julia asintió.

—Como que me llamo Julia. ¿Te lo puedes creer? Ahora dime si no es para darme palos hasta el día del Juicio Final.

—Es para darte palos hasta el día del Juicio Final.

Julia lanzó un largo suspiro.

—Creo que cogí algún virus o algo. No sé. De lo único que me acuerdo es de tener mucho calor, como si me hubiera subido la fiebre y luego... Nada. Desperté dos horas después, abrazada a Fifi, con un frío de muerte pese a estar arropada hasta las orejas—. Al recordar ese detalle, Julia puso cara de cordero degollado—. Creo que esto último lo hizo él.

—¡Qué mono!

—Ay, sí. —Como Susana tenía una sonrisa de oreja a oreja, y un brillo travieso en los ojos, se puso en guardia— ¿Por qué me miras así?

—Te gusta.

No era una pregunta. Era una afirmación.

—¡Ni de lejos! —se defendió—. Cierto que está buenísimo, pero es escueto, grosero, maleducado. ¡Y, además, inglés!

—A mí no me engañas —canturreó su amiga—. Te chisporrotean los ojos cuando hablas de él.

—Otra igual que mi abuela. Y hablando de esa lianta, ¿sabes qué ha hecho ahora?

Susana no pudo evitar reírse. Conocía las locuras de doña Amalia. Algunas las había vivido en carne propia.

—¿Qué ha hecho ahora la abuelita de Psicosis?

—Pues como soy así de bocazas, le solté que el vecino es inglés. Así que

se le metió en la cabeza que le invitara a comer con nosotras el próximo domingo para someterle al tercer grado.

—Pobre —se compadeció.

—Y tanto. No sabe la que le espera.

Susana pegó un respingo y miró a su amiga con los ojos fuera de sus órbitas.

—No me digas que te estás planteando invitarle en serio.

—No. De plantearme nada. Ya lo he hecho.

De no haber sido la cuestión tan crítica, Julia se hubiera echado a reír al escuchar el grito horrorizado de su mejor amiga.

—¡No me lo puedo creer!

—Sí. El lunes, después de comer. Pero no sabes lo peor.

—Cuenta.

—Que aceptó.

—¡No!

Julia asintió.

—Vaya si lo hizo. Dijo que yo le intrigaba.

Los labios de Susana se desplegaron para dibujar una enorme sonrisa.

—Le gustas —dijo con júbilo.

—No creo. —Julia se mordió el labio—. Aunque...

—¿Qué? —quiso saber Susana no sin cierta insistencia. Realmente parecían quinceañeras.

—Bueno, tal vez sean imaginaciones mías, pero por un segundo pensé que me iba a besar, sobre todo cuando se acercó tanto.

—¿Cuánto?

—Así. —Julia reprodujo la escena vivida dos días atrás en el apartamento de Robert.

Susana empezó a aplaudir y a dar saltitos mientras reía de pura camaradería femenina. Realmente se sentía feliz por su amiga.

—¡Le gustas, le gustas!

—¡Calla, loca, que te va a oír! —avisó—. No creo que sea para tanto.

—Pues yo creo que sí. Me he cruzado un par de veces con él y ni siquiera se ha dignado a mirarme de reojo, y eso que uno de los días llevaba la *supermini*.

Julia agrandó los ojos. Cuando Susana se ponía la *supermini*, no había ojo masculino que se resistiera.

—A lo mejor lo hizo discretamente, cuando le diste la espalda.

—Es que no se la di. Ya me encargué yo de no perderle de vista. —Hizo un mohín de desilusión, pero luego se encogió de hombros—. Una pena. Tiene toda la pinta de ser una fiera en la cama.

Aquella idea no le gustó nada a Julia. Solo pensar en esos dos besándose, abrazándose y vete tú a saber qué más, hacía que se le retorcieran las tripas. En realidad, y ya puesta a ser sincera consigo misma, le desagradaba la idea de ver a Robert con cualquier mujer que no fuera ella.

Aquello, más que absurdo, era alarmante.

Se dio cuenta, demasiado tarde, que Susana la miraba muy fijamente, muy seria, pero con una sonrisa enigmática. Carraspeó cuando captó el significado de la misma y se movió inquieta en el sofá.

—A lo mejor lo descubres—continuó Julia—. Sabes que los hombres, tarde o temprano y si te lo propones, caen rendidos a tus pies —terminó diciendo. Intentó que su voz sonara despreocupada, pero no lo consiguió. Al contrario.

—Ya. Y, por supuesto, a ti no te importa.

¡Pues claro que le importaba!

—Para nada. Todo tuyo. Disfrútalo cuanto quieras.

Susana se rio por lo bajo.

—Dudo que eso suceda, por dos razones importantes; primera, no creo, ni por asomo, que el inglés tenga el mínimo interés por mí, ni que pueda llegar a tenerlo, sobre todo, y dadas las señales, si ya te ha echado el ojo a ti. Segunda —añadió rápidamente cuando Julia se disponía a interrumpirla—, nunca, jamás, miraría al chico por el que mi mejor amiga ha perdido la cabeza.

—Yo no he perdido la cabeza por él —negó con contundencia—. Y fin de la conversación.

—¡Aja! —exclamó triunfal Susana—. Solo cuando sabes que no llevas razón, dices eso de *y fin de la conversación*.

Al saberse delatada —porque su amiga acaba de decir una verdad como un templo—, Julia cogió el portátil y lo abrió con brusquedad y teatralidad.

—Venga, dejémonos de tonterías y busquemos un trabajo para ti. ¿Algo en especial?

—No. Dada la situación, me conformo con cualquier cosa.

—Pues venga, al lío.

Susana negó con la cabeza con resignación cuando vio el rictus severo de su amiga. El brillo de sus ojos, y sus mejillas sonrosadas, delataban que, para

lío, en el que se estaba metiendo ella. Porque lo quisiera o no reconocer, a Julia le gustaba mucho el vecino macizorro del primero.

No supo si alegrarse por ella, o preocuparse.

Mientras Julia iba descartando ofertas de trabajo, Susana pensaba que le gustaría estar presente cuando esos dos volvieran a verse de nuevo. De esa forma, averiguaría hasta dónde llegaba la atracción de su amiga hacia Robert.

Pero, sobre todo, lo que más le interesaba era saber qué tipo de pretensiones tenía aquel tipo tan raro hacia su mejor amiga.

Si eran buenas, ella alentaría esa relación. Pero si no, ¡que Dios le pillara confesado!

Durante años de escuchas, Robert había aprendido a leer entrelíneas. Escuchaba atentamente, sin perderse ni una sola palabra, pero filtrando solo aquellas que, a su profesional criterio, revelaban algo de importancia.

No necesitaba tomar notas de las escuchas en el momento. Solo se cruzaba de brazos, cerraba los ojos y dejaba que las palabras tomaran cuerpo en su mente. Durante el proceso, no emitía el más mínimo sonido, ni siquiera se inmutaba ante la información obtenida. No era más que una máquina tratando de captar mensajes encubiertos.

Esta vez fue completamente distinta, y no solo porque se lo había pasado en grande con la conversación de esas dos locas, sino porque había descubierto muchas cosas de la vecinita sexy.

Si aquella conversación era sincera —y rogaba que fuera así—, si no era una calculada y estudiada estrategia para despistarle, estaba metido en un lío tremendo.

Su mente ahora era un torbellino de sentimientos por todo lo que acaba de escuchar. No sabía qué hacer con el sentimiento de ternura —¿ternura? ¡Qué tontería!— que parecía haberse apoderado de él. Fue por culpa de la solidaridad de sentimientos de su vecina, por su sincera preocupación por el futuro de su amiga, por su ayuda altruista y desinteresada. Tampoco sabía qué hacer con el orgullo que sintió al descubrir su fortaleza, su tesón y su optimismo.

Pero lo que realmente le desconcertó fue cuando le atizó aquel ramalazo

de celos.

Paul. Aquel nombre se le quedó grabado en la memoria, y sabía que sería de por vida. Era un nombre que hasta el momento había pasado desapercibido para él, pero sabía que a partir de ahora relacionaría esas cuatro letras con el miserable que se atrevió a tocar a la gitanilla.

No supo por qué le disgustó la idea de que otro hombre la hubiera tocado, que un desgraciado, como lo había llamado la Barby pija, le hubiera arrebatado algo que, incomprensiblemente, debía de haberle pertenecido: la primera vez de Julia.

«Ni que fuera un jodido señor feudal», se reprendió.

Para colmo, por lo visto ese indeseable, además, había hecho sufrir a su vecinita sexy. Se juró averiguar todo lo posible sobre él. Y cuando le encontrara, que se fuera preparando ese cabrón. Sí, tenía un par de cuentas pendientes con el tal Paul.

Se compadeció un poco de ella cuando la escuchó hablar de sexo. ¡Qué pésima opinión tenía del mismo! Mira, pensándolo fríamente, ese gilipollas no le había arrebatado la virginidad a la gitanilla del todo, aunque era muy triste saber que ella nunca había alcanzado un orgasmo. Realmente, el imbécil ese había dejado el listón muy bajo. Se frotó las manos de anticipación. Estaba deseando ser él quien le demostrara a Julia lo equivocada que estaba con respecto al sexo.

Ignoró la voz que gritaba: «¡Peligro, peligro!». Sí, él sabía que aquello podía ser una estrategia bien calculada, que era raro que en pleno siglo veintiuno hubiera mujeres tan *pavas*, usando la expresión que ella había usado para sus alumnos. No pudo evitar echarse a reír de nuevo al recordar la conversación, pero luego, al imaginarse la escena de Julia *metiéndose eso en el chirri*, se acaloró hasta límites preocupantes. ¿Cómo podía esa dulce ingenuidad excitarle tantísimo? ¿Qué tenía esa mujer para que con tan solo pensar en ella se pusiera tan duro como una piedra, sin poder evitarlo? Joder... Él había sido el rey del control, y ahora parecía un joven imberbe, desbocado y encabritado como un potro. Si Coltton le viera ahora, se preguntaría dónde estaría ese hombre frío e inflexible que había guiado todos sus pasos bajo la estricta vigilancia de la disciplina y el control. Él se preguntaba lo mismo.

Cierto que en algún momento se había dejado llevar por algo parecido a la pasión con alguna que otra mujer de bandera, y cierto que su comportamiento sexual había sido intachable y sumamente satisfactorio,

como así le habían dicho en más de una ocasión, pero jamás había perdido la cabeza, pues siempre había tenido el máximo control sobre su cuerpo y, por encima de todo, sobre sus emociones.

Pero ahora era totalmente distinto. Se preguntó si se estaba tomando demasiado a pecho eso de ser un hombre normal y corriente, si estos, al contrario que él, verían absolutamente natural que tuviera esa enorme sonrisa de gilipollas por el simple hecho de descubrir que le gustaba a la vecina de al lado, una mujer sencilla, nada llamativa, nada exuberante, muy distinta al tipo de mujeres que él solía tomar como amantes.

Es más, la tal Susa tenía razón: a él le gustaba Julia. No sabía si era por su belleza fresca o por sus ojos inocentes, o por esa apariencia de dulce y arrebatadora ingenuidad. Pero, sobre todas las cosas, se sentía atraído por la persona que había dentro de ese envoltorio simplón.

Si en verdad era la integrante de algún grupo del crimen organizado, lo habían hecho increíblemente bien al elegirla. Porque a cada segundo que pasaba, a cada nueva revelación, Julia iba haciéndose un huequito en aquello que él siempre había considerado un mero músculo.

Sí, su corazón ahora ya no era solo el órgano encargado de impulsar la sangre al resto de su cuerpo. Era algo más. Y sabía que como no estuviera alerta, como se relajara aunque solo fuera un segundo, esa mujer se iba a hacer con el control absoluto.

Y no solo con el corazón, pensó disgustado, cuando después de escuchar la grabación, no sabía cuántas veces ya, se vio a sí mismo acariciándose sobre el pantalón.

Con un gruñido, y más excitado de lo que quería admitir, se acomodó mejor en el sillón y empezó a tomarse más en serio las caricias que se prodigaba. Tan en serio como para cerrar los ojos, reconocer su derrota con un suspiro y liberar de una vez por todas su miembro. Y ahora sí, dispuesto a la labor, imaginó que era una mano pequeñita con las uñas mordisqueadas la que suavemente, lentamente, subía y bajaba a lo largo de su erección.

La vio arrodillada frente a él, implorándole con esos ojos de corderilla que le permitiera profundizar la caricia. Gimió cuando simuló que era la lengua de Julia la que extendía la gota pre seminal por todo el glande, la que jugueteó con el frenillo y la que descendió por la vena hinchada, hasta llegar a los testículos, que besó con cuidado, con reverencia, con suavidad. Robert ya estaba lo suficientemente metido en su fantasía como para no tener en cuenta que, en realidad, era su mano izquierda la que le arrancaba jadeos de

placer.

Y así, mientras aumentaba el ritmo, se recreó con la imagen de ella poseyéndole con la boca. Él jugaba con su cabello trenzado, y se lo apartaba para poder ver cómo su pene se perdía entre esos labios que tanto le gustaban. Labios que quiso probar, morder con saña, con furia, con suavidad, daba igual. Los quería, así que la visión se subió a horcajadas de él y se los ofreció. Y así, soñando con que entraba en ella al tiempo que la besaba con desesperación, sintió el primer indicio del orgasmo. Quiso retraerlo y disfrutar de aquella locura, pero ya estaba demasiado cerca y ella, además, balanceaba sus pechos sobre su cara, y gemía con tanto erotismo, que se dejó llevar hacia un orgasmo que le arrancó un grito de asombro por su intensidad.

Atónito, perplejo y con el corazón martilleándole en el pecho, todavía preso de espasmos de placer, abrió los ojos con cuidado, como si en realidad esperase ver sobre él a Julia, tan real le había parecido la fantasía.

—*Shit*—masculló mucho tiempo después.

Sí, como no tuviera cuidado, esa muchacha iba a apoderarse de su control.

Quizá ya había empezado a hacerlo.

Como cada sábado noche, la panda se reunió en el Irlandés. Para la ocasión Julia se había decantado por un sencillo vestido de punto color negro de manga larga con un escote sugerente en uve. No se había maquillado demasiado, como era su costumbre, y el pelo se lo había dejado suelto. Unos sencillos y cómodos botines habían sido el calzado elegido. Eran sus favoritos, pues pese a tener ocho centímetros de tacón, los controlaba sin problemas. El resultado final la hizo sentirse muy sexy.

Sobre el enorme barril de madera que usaban a modo de mesa había varios platos con restos de comida y ocho cervezas. La música tenía el volumen adecuado para mantener una distendida conversación, pero ese sábado parecía brillar por su ausencia. Todos tenían el rostro un tanto sombrío, y parecían estar perdidos en sus pensamientos. Julia pensó que aquello era normal, después que Susana soltará la noticia de su pérdida de empleo. A partir de ese momento cada cual comenzó con su particular serie de lamentaciones. Marisa estaba pensando seriamente cerrar la tienda de ropa que tenía en la urbanización, y si no lo había hecho hasta el momento había sido gracias a la insistencia de Pablo, quien trabajaba como transportista para una importante cadena de Hipermercados y que la apoyaba hasta el final. Rocío lo llevaba algo mejor en la gestoría, pero su esposo Domingo se las veía y se las deseaba para mantener a flote su pequeña empresa de reformas. Noelia y David no tenían de qué quejarse, porque ganaban un pastón, él como director de sucursal de un importante Banco y ella como publicista, pero aun así sabían que sus puestos de trabajo no estaban asegurados. La única que podía respirar tranquila al respecto era Julia, pues al ser funcionaria tenía el puesto medianamente garantizado, al menos por el momento y siempre que no sacaran una ley que dijera lo contrario.

—Pues sí que lo tenemos jodido —dijo Domingo, cuando aquel silencio tétrico comenzó a inquietarle—. Esperemos que el año que viene sea mejor. A ver si los que entran lo hacen mejor que los otros.

Pablo, al escuchar el último comentario, se puso rígido. Al verlo, todos soltaron un quejido. Ya eran famosos los debates políticos entre Domingo y Pablo, y la verdad, no les apetecía nada que sus discusiones les amargara una fiesta que ya de por sí estaba apagada.

—Oye, Susana, ¿sabes algo de contabilidad? —preguntó rápidamente Rocío para cambiar de tema—. Mi compañera está a punto de dar a luz, y podría hablar con mi jefe para que hagas la suplencia.

Susana comenzó a negar con la cabeza.

—No tengo ni idea. Pero te lo agradezco de todas formas.

—Yo, si me entero de algo en Madrid, te aviso, ¿vale? —continuó Noelia, para no ser menos.

Marisa soltó un suspiro de pesar.

—Y si la tienda fuera mejor, te metería de dependienta. Ya sé que no es gran cosa, pero hasta que encuentres algo mejor...

Susana sonrió a sus amigas con afecto.

—Gracias, chicas, pero sé cómo están las cosas. Ya encontraré algo. Espero.

Julia le apretó la mano para infundirle ánimos. Realmente se sentía desolada por su amiga, sobre todo porque no sabía de qué forma ayudarla. Bueno, sí, nada mejor que una dosis de optimismo.

—Lo harás —dijo resueltamente—. Pero no os pongáis así. ¡Es sábado noche! ¿Qué nos tendrá preparado hoy Mike?

Por sus suspiros de alivio, Julia advirtió que sus amigos agradecían que hubiera cambiado de tema.

—Vete tú a saber. Espero que no sea un Karaoke —se rio Domingo.

—¿Por qué? —quiso saber Julia—. El de la semana pasada estuvo genial.

Los amigos se miraron entre ellos y luego a sus cervezas. Por sus rostros de disimulo, era evidente que trataban de esquivar sus ojos. Julia miró a Susana, que era la única que no parecía tener problemas en sostener su mirada.

—¿A que sí, Susa?

—Bueno, Julita, genial, lo que se dice genial...

—Tú te lo pasaste bien, ¿no? —preguntó Domingo—. Pues es lo importante.

A Julia no le gustó aquello. No, no le gustaban las connotaciones que tenían las últimas palabras del que, hasta hoy, consideraba su mejor amigo.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, las manos en jarras y golpeando el suelo con el pie.

—Cariño, sabes que te queremos y esas cosas, pero... —Rocío carraspeó y se movió inquieta en su taburete. Luego, cuando ya no pudo aguantar más, soltó—: Lo hiciste de pena.

Julia soltó un grito y se llevó la mano al pecho.

—Pero, pero, ¡si gané!

—Claro. Todos votamos por ti.

Julia comprendió la treta.

—¿Así que lo hicisteis por lástima?

—No, no —se apresuró a corregir Noelia—. Fue por tu entrega y por tu saber estar en el escenario, ¿verdad, chicos? —terminó preguntando, casi amenazante.

—Claro, claro —dijeron todos a coro.

Julia entrecerró los ojos. No estaba dispuesta a dejarlo así.

—O sea, que canté mal.

—Mal, lo que se dice mal, no lo hiciste —dijo David.

—Lo hiciste peor —agregó Domingo, el más sincero de todos y ya harto de seguir engañándola—. ¡Menuda manera de destrozar el *Vivo por ella!*

Todos comenzaron a reír, incluida Julia. Qué le iba a hacer. Quería a esa panda precisamente por esas cosas; no tenían pelos en la lengua ni reparos a la hora de decir la verdad, aunque siempre con respeto y cariño, suavizándola en la medida de lo posible.

—Para ser sincera, esa sí que la canté mal.

—Esa, y las cinco que la siguieron —comentó Pablo entre risas—. Pero estabas tan contenta, tan feliz, que solo por eso valió la pena acabar con los oídos destrozados.

—Yo también os quiero, cretinos.

—Eso sí —siguió Domingo después de unas risas—, en tu favor debo decir que la de *Nothing else matters* de Metallica la cantaste relativamente bien, salvo por los trescientos cuarenta gallitos que te salieron. Pero tu inglés, oye, chica, perfecto, de sobresaliente.

—Muchas gracias. —Julia, a la vez que reía, le hizo una reverencia por el elogio.

—Y hablando del rey de Roma... —empezó a decir Susana.

—... por la puerta asoma —terminó la frase Marisa.

Julia se puso rígida de golpe. Aunque en el fondo se moría de ganas de mirar hacia la puerta, se contuvo como pudo y agarró la cerveza para tener las manos ocupadas. Dios, qué nerviosa se acababa de poner. Esperaba que sus amigos no se dieran cuenta.

—Mira, Julia, qué bueno está con esa cazadora de cuero y esos vaqueros tan ajustados.

La aludida quiso agarrar por el cuello a Marisa cuando le susurró aquello, porque si antes se moría de ganas de girar la cabeza para mirarle, ahora estaba desesperada por hacerlo.

—Bah, supongo que como siempre —dijo en cambio, bailando la mano en el aire.

—No, como siempre no —contradijo Noelia—. ¿Qué se ha hecho en el pelo?

—Querrás decir qué no se ha hecho —corrigió a desgana David al oír el comentario de su esposa—. Mírale, si parece que ni se ha peinado.

—Pues precisamente por eso está tan sexy —apuntó Susana mientras se relamía. La mirada pícara que dirigió a Julia le indicó cuál era su intención con ese comentario: provocarla. Más aún cuando añadió—: Parece que se acaba de levantar de la cama.

—Ay, sí —suspiró Rocío. Al ver cómo la miraba Domingo, le echó los brazos al cuello y le dio un beso en los labios—. Pero nada comparado contigo, cariño. Ya sabes que solo tengo ojos para ti.

—Y para el culo del inglés —refunfuñó su marido.

—Joder, Domingo, como para no tenerlos. ¡Madre mía, eso es un culo y lo demás, cuentos!

Todas las mujeres rieron con el comentario de Susana. Los hombres, no.

—¿Qué tendrá ese que no tengamos nosotros? —quiso saber Pablo, absurdamente al parecer de las mujeres—. Mira la pobre Rosa. Le va a dar algo. A ese tipo solo le ha bastado un par de miraditas y ya la tiene babeando.

Julia deseó darse la vuelta para cotillear, pero tampoco quería que él la pillara mirándole mientras él tonteaba con la camarera, una buena chica que siempre le había caído bien, pero que hoy, al escuchar sus risas de cerdo, odiaba a muerte.

—Mira, mira, Julita, cómo le muestra Rosa la mercancía al inglés —se preocupó en informar Susana, solo para pincharla y obligarla a girar la cabeza.

—Me importa un bledo lo que haga la pedorra esa.

Uy, uy. No debería haber dicho eso. Ni en ese tono tan enfadado. Siete rostros entre incrédulos y divertidos así lo demostraron.

—Eh, eh, no nos habías dicho que te gustaba el inglés —indagó Domingo.

—¿A mí que me va a gustar ese? Solo es un vecino más.

—Un vecino que está buenísimo y que al parecer está soltero. ¡Jesús,

David! No pongas esa cara. ¿Te digo yo algo cuando miras a Rosa?

—No es lo mismo, Noelia. Me limito a echar una ojeadita, al contrario que tú, que te lo estás comiendo con los ojos.

—¡Hola, hola, holaaaaa! —irrumpió Rosa de pronto. Iba cargada con una bandeja repleta de cervezas, que los chicos, muy serviciales, se dispusieron a arrebatársela para librarla del peso—. Gracias, chicos. Sois un amor.

—Gracias a ti, Rosa —dijo David, quien se ganó un codazo de su esposa. La miró disgustado, pero luego se giró hacia Rosa—. ¿Desde cuándo el rácano de Mike se digna a invitar a una ronda?

—¡Dios le libre de semejante muestra de generosidad! —se rio la camarera—. Esto es por gentileza de Mister Bombón—aclaró, señalando con la cabeza hacia la barra.

—¡Vaya! —aplaudió Domingo—. Me acaba de caer bien el tipo ese.

—¡Ya lo creo! ¡De lo mejorcito! —secundó David—. Voy a decirle que se venga para acá.

—¡No! —medio gritó medio susurró Julia.

—¿Por qué no? Joder, el tipo se lo ha ganado. ¡Eh, tú!

—¡Ay, Dios! —se lamentó cuando Pablo levantó la mano y comenzó a llamarle.

Porque lo cierto era que no le apetecía nada que sus amigos se enterasen de que al día siguiente irían a comer a casa de su abuela. Esperaba, de todo corazón, que ni él ni Susana comentaran nada al respecto.

—Buenas noches.

Ea, ya no había vuelta atrás. Julia sabía que, por educación sobre todo, debería darse la vuelta para encararle y corresponder al saludo, tal y como hicieron sus amigos. Mientras se lo pensaba y se preparaba para hacerle frente, y cuando ya no hubo uñas que comerse, ya se habían hecho las presentaciones precisas, así que solo faltaba ella por saludar a Robert. Se dijo que era ilógico, que se podía decir que ya eran conocidos y que sus repentinos nervios eran injustificados. No, no tenía nada que temer. Ya había pasado antes por aquello, así que se giró y...

—¡Ostras!

Robert sonrió cuando ella soltó su típico saludo. Había estado observándola en la distancia, preguntándose cuánto tiempo tardaría en girarse para mirarle. Pero había aguantado como una campeona, pese a saber, a ciencia cierta, que los demás la habían avisado de su presencia, como así demostraban sus hombros rígidos y su pose alerta. No supo el motivo que

tendría ella para estar tan en guardia con él. ¿Acaso sospechaba su plan? ¿Quizá había descubierto su estrategia de si no puedes con el enemigo, únete a él?

«Valiente excusa te estás buscando para acercarte a ella».

—Hola, July.

Como la aludida se dio cuenta de que había perdido el habla, levantó la mano y movió los dedos a modo de saludo.

—¿July? —le susurró con complicidad Rocío.

Julia se encogió de hombros. Agradeció estar sentada en el taburete, pues sabía que sus piernas no la habrían sostenido. Sus amigas se habían quedado cortas... Estaba espectacular.

Durante un segundo, o una eternidad, sus miradas se encontraron. Julia se estremeció ante el escrutinio que el hombre hizo de su pequeña persona, desde la raíz de su cabello, hasta las puntas de sus botines.

Como no pudo soportarlo más, miró a sus amigas. Fue cuando deseó morirse. Ahí estaba ella, sencilla hasta aburrir, frente a cuatro bellezotas a cada cual más sofisticada. En ese momento sintió que todo el esfuerzo que había puesto en arreglarse se acaba de ir por el retrete. De pronto deseó subir a su apartamento y ponerse el mini vestido que se había comprado para Nochevieja.

—Siéntate con nosotros, Robert —estaba diciendo David, siempre el más educado y formal de todos—. Y muchas gracias por las cervezas.

—No es nada —dijo él a la vez que agarraba una banqueta.

El único sitio disponible se encontraba entre David y Susana, pero él, en vez de dirigirse allí, se quedó mirando a Pablo para que se moviera y le hiciera sitio al lado de Julia. Todos captaron lo que aquello significaba. Menos Julia, que estaba demasiado ocupada con una uña que se le resistía.

Los hombres comenzaron con las típicas preguntas de rigor, a las cuales Robert iba contestando sin problema. Julia, que al parecer no solo había perdido el habla sino también el oído, no hacía más que mirarse las manos, ahora acomodadas en su regazo cual niña obediente.

Hasta que Rocío se puso a hacer el payaso.

—¿Y-A-QUÉ-TE-DE-DI-CAS?

Julia se puso a refunfuñar por lo bajo.

—No le hables como si fuera tonto o sordo, Rocío —no pudo evitar regañar.

—Es para que me entienda —se defendió su amiga.

—Te entiende perfectamente. Habla español sin problemas, ¿verdad, Robert?

Robert agachó la cabeza y la miró, con tanta fijeza, que se ruborizó. Agradeció que no hubiera mucha luz.

—Verdad, July. —Lo dijo casi en un susurro, solo para ella, pero luego alzó la cabeza y miró a Rocío—. De momento, a nada. Estoy pensando poner un negocio, pero todavía no sé cuál.

—¿Y antes, qué hacías? —quiso saber Pablo.

Robert se encogió de hombros y dio un trago a la cerveza.

—De todo un poco —contestó—. Electricidad, carpintería, informática... finanzas —añadió rápidamente cuando se dio cuenta de que Julia le miraba con el ceño fruncido.

—Fiuuuuu —silbó Susana. Le miró de arriba abajo y sonrió seductoramente—. Con tantos trabajos, ¿de dónde sacabas tiempo para estar tan en forma?

—Supongo que eso debo agradecerérselo a la genética —dijo sin darle la mayor importancia.

Las mujeres, por inercia, soltaron un suspiro de enamoradas. Los hombres, gruñidos de pura envidia.

—Aunque debo confesar que siempre me ha gustado hacer ejercicio— confesó finalmente, y solo para no quedar como un presuntuoso.

—Pues ahora que lo dices, ¿sabes qué nos vendría bien en la urbanización? —preguntó Domingo—. ¡Un gimnasio!

—¡Di que sí! —gritó Pablo.

—¡Brindo por ello! —dijo David, alzando la cerveza.

—Un gimnasio. Humm. —Robert se acarició la barbilla y luego miró a Julia—. ¿Qué te parece la idea?

Casi se atraganta con la cerveza. ¿Que qué le parecía la idea? A ella no tenía que parecerle nada. No sabía muy bien por qué él le estaba pidiendo su opinión. Pero como la miraba tan fijamente, con tanta insistencia, y tanto él como los demás aguardaban su visto bueno, no tuvo más remedio que contestar.

—Me parece genial. —Robert asintió, como si ya lo diera por hecho—. Así no tendríamos que ir hasta el otro lado del pueblo. ¡Ay, sí! —comenzó a desvariar al imaginárselo—. Es una idea fabulosa.

—¿Cómo que tendríamos? —repitió David, el ceño fruncido y cara de pura amonestación por haber pensado semejante barbaridad—. Las mujeres

no iréis. Al menos, vosotras no—puntualizó con una sonrisa maliciosa y entrechocando la cerveza con Pablo.

—¿Y por qué no, eh? —quiso saber Marisa.

—Porque uno va al gimnasio con la excusa de lucir palmito, de ver tías buenorras y de tomarse luego una cerveza con los amigos.

—Amén a eso, hermano —secundó Domingo.

—Lo lleváis claro, guapitos de cara —atacó Noelia—. Porque: a) Lo único que podéis lucir son vuestras barrigas cerveceras, b) Las únicas tías buenorras que vais a ver son las aquí presentes, y c) Por cada vez que te subas borracho te voy a tener diez días a pan y agua.

David miró a Robert y suspiró de resignación.

—¿Has visto lo que tengo que aguantar?

Robert rio ante la cara de pesar del hombre, pero luego sus ojos buscaron los de Julia, quien pegó un respingo cuando se vio pillada mirándole como una tonta.

—Tonterías aparte —dijo Julia, apartando la mirada de esos ojos azules que se empeñaban en hipnotizarla—. Creo que la idea del gimnasio es maravillosa. Clientela no te va a faltar, te lo garantizo. Además —añadió tímidamente, mirándole de reojo—, con ese negocio, reactivarías parte de la economía.

Robert, que iba a beber un trago, se detuvo y la miró divertido. Qué cosas más raras decía. Y qué bonita era.

—Explícate —exigió más que pidió.

—Verás...—comenzó. Se acomodó en la silla y se echó el pelo hacia atrás—. Domingo puede hacer la obra que precisas en el local, por muy buen precio y en poco tiempo, pues tiene una plantilla de, ¿cuántos trabajadores, Domin?

—Diez —contestó el interpelado, mirándola maravillado y agradecido.

—Además —siguió Julia—, para que no te veas muy saturado, Rocío puede llevarte la contabilidad. Por otro lado, Marisa se animaría a traer ropa deportiva, sobre todo para nosotras, que no nos importan tanto las marcas, y... ¡Susana!

La aludida se sobresaltó cuando su amiga gritó su nombre.

—¿Qué?

—¿Tú no tenías el curso de monitora de aeróbic?

—Sí, claro. ¡Ay, Dios, sí!—exclamó con júbilo al ver que sus problemas podrían solucionarse en breve.

—Y yo podría encargarme de la publicidad —añadió Noelia.

—Y yo, si lo necesitas, podría agilizarte los trámites si necesitas un préstamo—siguió David, por no ser menos.

—No, en ese sentido, no tengo problema —informó Robert.

—Bueno, yo poco puedo hacer —confesó Pablo con humildad—, salvo ponerte en contacto con mayoristas de equipos de musculación.

—¡Genial! —aplaudió Julia.

Robert los miró a todos, en especial a su vecinita sexy. Qué forma más descarada de liarle. Por el brillo de sus ojos, se diría que en verdad pensaba que iba a hacerla caso. ¿Lo haría? Volvió a mirar al grupo. Todos parecían tan contentos, tan felices. Cualquiera les decía ahora que no. Pero lo cierto era que la idea de regentar un gimnasio no era del todo mala. Ya en el pasado se había encargado de adiestrar a los novatos, y aunque el tipo de entrenamiento era completamente distinto, se veía sobradamente capacitado para ser el monitor de un gimnasio. Joder, sí que le gustaba la idea. Sobre todo si con eso hacía feliz a Julia. La miró de reojo, pero se contuvo de obedecer a su deseo de abrazarla y besarla aquí y ahora.

Eso lo haría allá y después.

De pronto todos estaban hablando como locos, cada uno alzando la voz para hacerse oír, cada uno con una propuesta distinta. Era realmente un grupo de locos. Y eso, le encantó. Pero le asustó el sentimiento de gratitud que comenzó a nacer en él por el simple hecho de haber sido aceptado sin problemas y con tanta rapidez. Lo supo con absoluta certeza, más aún cuando, tras cambiar radicalmente de tema, comenzaron con las bromas y las confidencias, en las que le hicieron participe pese a ser un total desconocido. Pero ese detalle, por una extraña razón que se le escapaba, parecía carecer de importancia para ellos. Le habían incluido en la panda, y no había más que hablar.

Él, que siempre había sido un antisocial por norma —y por necesidad—, y ahí estaba, tomándose unas cervezas un sábado por la noche rodeado de personas sencillas. Se dejó ganar a los dardos, pues no quería fanfarronear, pero en el billar no pudo hacer lo mismo. Eran tan malos, que por mucho que lo intentó, fue imposible no salir victorioso.

Estaban felicitándole cuando, por el rabillo del ojo, vio algo que no le gustó.

Un hombre de complexión atlética y rostro atractivo se había acercado a Julia y le había pasado un brazo por sus delicados hombros. Se giró para

hacer frente a tan desagradable espectáculo y afirmó los pies en el suelo. En ese momento Julia, totalmente ignorante a su ceño fruncido, echó la cabeza hacia atrás y soltó una enorme carcajada. El recién llegado le miró la boca como un lobo hambriento.

Robert gruñó, mucho y muy fuerte. Cuando ya no pudo soportarlo más —y cuando ella le hizo ojitos al hombre—, salvó la escasa distancia que les separaba y se plantó frente a ellos.

Solo eso. No hizo nada más.

Se quedó allí plantado, mirando fijamente al hombre, sin expresión alguna en su rostro. Claro, que tampoco la necesitaba. Sus brazos, cruzados en el pecho, ya se encargaban de advertir con lo que se iba a encontrar si no la soltaba a la orden de ya.

Ante la escena, Julia se quedó atónita. Las mujeres, sorprendidas y envidiosas a la vez ante el despliegue de testosterona que estaba haciendo Robert. Los hombres rieron por lo bajo.

Fueron los únicos, incluido aquel que tenía abrazada a Julia, que comprendieron la actitud de Robert. Para ellos, estaba claro que el inglés estaba marcando su territorio.

—Ahhhh... esto... —comenzó a titubear Julia cuando se percató de su presencia amenazadora—. Mira, Robert, te presento a Mike, el dueño del Pub.

Robert ni siquiera la miró, sino que alzó la barbilla pero siguió con los ojos fijos en los de Mike. Este, aunque a desgana, soltó a Julia cuando comprendió que seguir tocándola —o permanecer a menos de cien kilómetros a la redonda de ella—, sería un suicidio. Pero tampoco se dejaría amedrentar. Llevaba demasiados años en el mundillo de la noche como para haber visto de todo y haber presenciado, y en ocasiones haber participado, peleas que se podían haber catalogado de letales. Así mismo, había aprendido a diferenciar a los fanfarrones de los peligrosos. Y este era de los últimos.

Le sostuvo la mirada unos segundos más y luego se dirigió al resto.

—¿Os falta algo por aquí? —aunque tenía dibujada su sonrisa habitual, sus ojos estaban alertas y su pose rígida.

No, Mike no era de los que se acobardaban a la primera de cambio.

—Trae otra ronda —pidió Domingo—. Y, por cierto, esto está muy soso, así que a ver con qué nos sorprendes esta noche.

—Algo tengo en mente.

—¿Otro karaoke? —preguntó Julia esperanzada.

—¡NO! —gritaron todos al unísono.

Mike se echó a reír.

—No les hagas caso, Julia. Cantas genial. —Antes de marcharse a por las bebidas, miró significativamente a Robert. Estaba claro que entre esos dos el desafío estaba servido.

Julia miró a uno y a otro, pero luego fijó la vista en su cerveza. Estuvo un rato entretenida quitándole la etiqueta, hasta que Robert se plantó frente a ella.

—No me gusta.

La muchacha alzó las cejas, sorprendida por su explosión de hostilidad.

—¿Qué o quién no te gusta?

—Ese —dijo señalando con la barbilla hacia la barra—. No te fíes de él.

Bueno, eso era el colmo. Nadie, y menos un desconocido —e inglés—, le decía en quién debía o no confiar.

—¿Y eso por qué?

—Porque...—Iba a decir *porque lo digo yo*, pero comprendió que no debía ser tan déspota, entre otras cosas porque la muchacha podría mandarle a paseo—. Porque te quiere llevar a la cama con mentiras.

Julia cruzó los brazos sobre el pecho y le miró airada.

—Y has llegado a esa conclusión con tan solo un vistazo.

—Sí. Por eso, y por lo que ha dicho.

—¿Y qué ha dicho?

Robert entrecerró los ojos cuando miró hacia la barra.

—Que cantas genial.

—¿Y?

—Que te escucho todos los santos días y que lo haces horrorosamente mal.

Que él lo pusiera de manifiesto hizo que se ruborizara, pero en esta ocasión fue de rabia.

—Solo trataba de darme ánimos. Eso se llama tener delicadeza y consideración.

—Eso se llama tener un morro que se lo pisa. El que tenga que recurrir a ese tipo de bajezas para ligarse a una chica, dice mucho del tipo de hombre que es. Como no estés atenta, cuando menos te lo esperes le tendrás entre tus piernas.

Julia movió la cabeza de un lado a otro.

—No veo de qué forma eso puede importarte a ti.

Joder, con la gitana. Le acaba de coger por los huevos. ¿Qué contestar a eso?

—Me importan mis amigos. —Se asombró de lo fácil que le había resultado pronunciar esa palabra. Julia seguía mirándole, cada vez más enfadada—. Vamos, Julia, no puedo creer que seas tan ingenua.

—No lo soy. Sé perfectamente el tipo de sentimientos que Mike alberga hacia mí, pero también que él sabe que no tiene nada que hacer conmigo. Hace ya mucho que le dejé claro que solo somos amigos, y hasta el momento, él me ha respetado. Y no sé por qué te estoy dando explicaciones.

—Eso. ¿Por qué me estás dando explicaciones, July?

Julia resopló y miró al techo antes de hacerlo a sus ojos.

—No lo sé —contestó airadamente—. ¡Me pones nerviosa y haces que diga tonterías!

Robert sonrió pícaramente.

—¿Y por qué te pongo nerviosa, July? —susurró roncamente.

—¡Ay, no sé! Ya me estás liando. ¡Y no me llames así!

—¿Por qué? ¿No te gusta?

Estaba clarísimo: él estaba jugando con ella. Y Robert tenía toda la pinta de ser de los que solo jugaban con un único fin: ganar.

—No, no me gusta. Y fin de la conversación —dijo antes de dar media vuelta para reunirse con sus amigas, que se habían apoderado de la pista de baile y ya se contorsionaban al ritmo de la música.

Robert rio por lo bajo y se quedó allí mirándola. Estuvo así un buen rato, embobado, viendo cómo se movía de esa forma tan suave y sensual, cautivado por el movimiento provocador de sus caderas, totalmente hechizado cada vez que ondeaba su melena cual bandera.

Solo le sacó del trance una palmada en el hombro. Se giró rápidamente, pero se relajó cuando vio que se trataba de Domingo, quién le tendió una cerveza.

—Es muy bonita, ¿verdad? —preguntó sin mirarle, pero luego lo hizo de reojo a la par que le daba un trago a la cerveza.

—Sí que lo es —contestó sin preguntar a quien se refería y sin dejar de mirarla.

—Es una mujer espléndida en todos los sentidos. Mira, no me gusta andarme con rodeos —dijo cuando finalmente Robert le miró a los ojos—. La quiero como a una hermana, y ya ha sufrido lo que no está escrito. Otra desilusión más la machacaría del todo.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—No creo que tenga que responder a eso —señaló significativamente. Sin embargo, añadió—: Pero que quede clara una cosa: no quiero que vuelvan a hacerla daño.

—¿Me estás amenazando? —preguntó Robert con incredulidad.

Domingo negó con la cabeza.

—No. Solo trato de decirte que no es del tipo de chicas con las que pasar un buen rato y luego adiós muy buenas.

—De eso ya me he dado cuenta.

Domingo le palmeó el hombro y sonrió. Era curioso, pero sin apenas conocerle, Robert decidió que le caía bien, tanto por lo fácil que había sido entenderse sin apenas palabras de por medio, como por su deseo de proteger a Julia.

¿Estarían todos metidos en el ajo?

La pregunta llegó de pronto, e inoportunamente, porque hasta el momento había estado totalmente relajado. Después de mirarles atentamente, decidió que no podía ser posible.

Todos eran demasiado normales. Pero, al mismo tiempo, cada uno de ellos especial y único a su manera.

Media hora después dejó cualquier reflexión al lado y se sumergió en la conversación que mantenían los hombres mientras las mujeres bailaban.

Como si fuera uno más.

8

El Irlandés cerraba a las tres de la mañana, así que se vieron obligados a irse a sus respectivas casas. Susana propuso que subieran a su piso para seguir la fiesta, pero al parecer todos tenían cosas que hacer al día siguiente. Julia vio cómo su amiga se apagaba antes de girarse para ir a su piso, los hombros caídos y el ánimo por los suelos. Solo ella fue consciente del pánico reflejado en sus ojos por tener que enfrentarse a una noche más de soledad. La miró preocupada y se mordió el labio.

—¿Todo bien?

Con un suspiro se giró y miró a Robert.

—Sí, sí. Bueno, no. Me preocupa Susana.

—¿Por qué?

—Está tan sola...

—¿Y tú no?

Lo preguntó en un susurro, que a ella le resultó enloquecedor.

—Supongo. Como todos —añadió rápidamente.

Robert sonrió, pero luego, una actitud muy típica en él como ya se había dado cuenta, comenzó a mirar a su alrededor. Debió decidir que todo estaba en orden, porque le agarró la mano —¡la mano!— y echó a andar hacia el portal. Julia pensó que, como estaba tan concentrado en inspeccionar el entorno, no se había dado cuenta de ese detalle, así que, como pudo, se soltó.

Y Robert volvió a agarrársela.

El corazón de Julia comenzó a latir desbocado, apenas podía respirar con normalidad y tenía la boca seca. Llegaron al portal, pero el hombre, en vez de dirigirse al ascensor, fue directo hacia la escalera.

—¿Por qué no cogemos el ascensor? —preguntó mientras él tiraba de ella.

—Es absurdo. Solo es un piso.

Ni loco iba a decir que en el fondo no soportaba estar en espacios reducidos. No, no sería él quien proclamara a los cuatro vientos sus debilidades. Miró con desconfianza las puertas del ascensor. La visión del mismo le trajo el recuerdo de otra época, de otro país, de otra no-vida.

—Ya, solo un piso —protestó ella cuando llegaron al primer escalón—.

Pues yo subo en ascensor. Después de bailar toda la noche, tengo los pies destrozados y... ¡Oooh! —exclamó cuando se vio en los brazos de Robert—. ¡Bájame!

—No —contestó él subiendo las escaleras sin ninguna dificultad pese al peso añadido.

—Venga, no hagas el bobo. Te vas a hacer daño en la espalda.

—No pesas nada. Eres tan chiquitita —dijo entre risas.

Julia no pudo evitar golpearle en el pecho.

—Chiquitita, pero matona. A ver si te crees que no puedo contigo.

Robert soltó una carcajada.

—¿Y qué harías? ¿Qué armas usarías, July?

—Una patada en los huevos. ¡Y no me llames así!

—Esa sería una muy mala idea, *July*—replicó él, enfatizando la última palabra.

—Cretino. ¿Y por qué sería mala idea?

Como ya habían llegado al apartamento de Julia, Robert la dejó en el suelo, pero en vez de apartarse, la arrinconó contra la pared.

—Porque dado el caso, tendría que obligarte a que me dieras un masaje para calmar el dolor.

—¡Serás cochino! —gritó ella. Intentó escabullirse, pero él se apretó más contra ella, inmovilizándola por completo.

—¿Lo harías, July? ¿Me calmarías el dolor?

Como sabía perfectamente a lo que se estaba refiriendo —entre otras cosas porque la supuesta parte dolorida se le estaba clavando en el estómago —, se ruborizó de pies a cabeza, no supo si de vergüenza, o de rabia... o de excitación. ¡Jesús!

—¡No!

Robert la miró detenidamente, la cabeza ligeramente ladeada y sumamente concentrado.

—¿Cómo haces eso? —preguntó intrigado.

—¿Qué cosa?

—Ruborizarte. Tienes que enseñarme a hacerlo.

Julia pegó un gritito de indignación.

—¿Sabes que es de mala educación decirle a una mujer que está ruborizada? Oh, pero qué iba a esperar de ti, si tienes los modales de un chimpancé.

—¿Cómo haces eso? —exigió él de nuevo.

Julia resopló.

—Eso no es algo que se controle. ¡Ya quisiera yo hacerlo! Así, neandertales como tú, no tendrían la poca vergüenza de ponerlo en evidencia.

Robert volvió a reírse, pero luego se puso serio.

—¿Sabes que te pones muy bonita cuando te enfadas?

Y se sonrojó más todavía. En esta ocasión, fue por el cumplido del hombre.

—Yo no soy bonita.

—Mucho —contradijo él en un susurro ronco—. Y esta noche, además, estás muy guapa y muy sexy con ese vestido.

Julia tuvo que morderse las mejillas por dentro para no corresponder a la sonrisa picarona de él, pero luego contuvo el aliento cuando Robert, sin previo aviso, le acarició la parte alta del pecho con los nudillos.

—Y tienes una piel tan suave —susurró, mientras sustituía los nudillos por las yemas de los dedos.

Julia quiso decir algo, detenerle, pero él parecía estar tan hechizado con la caricia como ella, como si en el fondo estuviesen siendo testigos de sus propias fantasías. Así, ni se le ocurrió protestar cuando él ronroneó justo antes de inclinar la cabeza y rozarle con los labios el mentón, como tampoco pudo increpar al hombre cuando abarcó con una mano todo su pecho y lo estrujó con delicadeza, con deleite.

Ay, no. Julia no estaba por la labor de sugerirle que dejara de balancearse contra ella, más aún cuando su propia pelvis tomó vida propia y salió al encuentro de su sensual vaivén.

Cerró los ojos cuando, más que ver, presintió que los labios de Robert buscaban los suyos. Su cabeza, por voluntad propia, se ladeó a un lado para facilitarle el acceso.

Pero el acceso no tuvo lugar.

Embelesada, abrió los ojos para ver qué era lo que estaba retrasando al hombre, para encontrarse con una sonrisa engreída y una mirada burlona.

—¿Qué? —preguntó ella, mirándole ahora sin pizca de pasión en sus ojos oscuros, barrida por completo por el enojo y la sensación de haber hecho el mayor de los ridículos al ofrecerle al hombre algo que, había quedado claro, no quería en realidad.

Para colmo, él amplió la sonrisa.

—¿Qué, de qué?

—Que qué quieres.

—¿Y tú?

Jolines, era obvio, ¿no? Sin embargo, dijo:

—Que te apartes.

Robert chasqueó la lengua. Pero no se apartó. Es más, se apretó más contra ella.

Anda, pues sí, pensó Julia. En realidad sí que quería. O al menos, una parte de él. Una pequeña gran parte de él.

—Sé sincera, July. No quieres que me aparte. —Otra vez ese susurro ronco. Otra vez una mano que asciende por la cintura y abarca un pecho. Otra vez una boca buscando otra boca.

—No —murmuró—. Digo... sí.

—Estás confusa.

Claro que estaba confusa. Pero, por fortuna, había recobrado la sensatez. Aquello solo podía reportarle problemas. «*Inglés, inglés*», gritaba la prudencia.

—Y tú muy cansino. —Intentó apartarse, pero fue como tratar de mover una montaña: imposible—. ¡Quita ya, hombre!

Robert soltó una carcajada, pero para su consuelo finalmente se apartó de ella. Buscó la llave en el bolso y se disponía a abrir cuando le vio ponerse a su lado. Frunció el ceño y echó la cabeza hacia atrás para poder mirarle. ¡Sí que era alto!

—¿Qué haces?

—Esperar.

—¿Esperar, qué?

—A que abras la puerta.

—¿Para qué? —preguntó con desconfianza.

La sonrisa de él era radiante. Y maliciosa.

—Para pasar.

—Tú no vas a pasar —dijo ella apartándose de él unos centímetros.

—¿No me vas a invitar a tomar la última?

—¡No! —gritó escandalizada.

—¿Y por qué no?

Julia se echó la melena hacia atrás, un gesto que según la interpretación de Robert hacía siempre que se sentía nerviosa, pero luego le encaró.

—Porque te vas a poner melosón, como hace unos segundos. Mira, Robert —trató de explicarse, apuntándole con un dedo fino y alargado—. No sé a qué estás jugando, pero quiero decirte que lo olvides. Yo no soy de esas

chicas que se van a la cama con el primer tipo que se le pone a tiro.

—Eso lo sé.

—Además —siguió ella—, no quiero que confundas amabilidad con otras cosas.

—¿Qué cosas? —quiso saber él, apoyando el hombro en la pared y cruzándose de tobillos. No tenía ninguna pinta de querer irse de allí. Julia no supo porqué eso le gustó tanto.

—Ya sabes, otras cosas.

—No, no sé. ¿Qué cosas, July?

La aludida puso los ojos en blanco.

—Sexo, Robert. No me voy a acostar contigo —sentenció.

—¿Nunca?

—Nunca. ¡Y fin de la conversación!

La sonrisa de Robert se amplió hasta lo imposible.

—Ya veremos —se apartó de la pared y se puso frente a ella—. Buenas noches, gitanilla. Mañana nos vemos.

Y echó a andar.

—¿Cómo que gitanilla? —preguntó a la espalda del hombre—. ¿Y cómo que mañana nos vemos?

Robert se detuvo y la miró por encima del hombro.

—Sí, mañana. A la una y media. Tu abuela. ¿Recuerdas?

Ay, Dios. Sí que había olvidado eso.

—Ci-cierto. Hasta mañana, entonces. Buenas noches, Robert.

Metió rápidamente la llave en la cerradura y se disponía a entrar cuando escuchó su nombre. Miró hacia la izquierda y le vio parado en medio del pasillo, mirándola con deseo y algo que no supo clasificar.

—¿Sí, Robert?

—Sueña conmigo. Yo prometo hacer lo mismo.

—¡Yo qué voy a soñar contigo, cretino!

Robert sonrió presuntuosamente y se giró sobre sus talones. Antes de perderse en su apartamento, la miró una última vez y dijo:

—Lo harás.

Y lo hizo. Al menos, él lo hizo. Fue un sueño extraño, de amenazas,

persecuciones y sexo. Pero sexo del bueno, del guarrillo, de ese capaz de despertarle jadeando y con una erección de órdago.

No tendría que haber jugado a aquel juego. En un principio había pensado que seduciéndola, o al menos fingiendo que lo hacía, conseguiría averiguar qué se traía ella entre manos, si en verdad era tan inocente como aparentaba o tan malvada como se empeñaba en creer.

No había llegado a ninguna conclusión. Cierto que a cada segundo que pasaba a su lado la veía más inocente y totalmente ajena e ignorante al mundo en el que él se había movido, pero no podía estar seguro.

Cuando la arrinconó contra la pared lo hizo con la esperanza de ver algo en su rostro, lo que fuese, que confirmara sus sospechas, pero aparte de perderse en sus ojos imposiblemente oscuros y de excitarse sin remedio, no había visto nada que pudiera incriminarla. Realmente sus reacciones parecían sinceras, espontáneas y sin restos de artificio alguno.

Así lo declaraba la naturalidad con la que se ruborizaba. Se dijo que, por muy buena actriz que fuese, era prácticamente imposible que pudiera controlar sus sonrojos. Pero lo que más le desmarcaba eran sus ojos. Tan cálidos y sinceros, tan acogedores, tan... tan...puros.

Cansado de sus elucubraciones, decidió irse a correr un rato para despejarse. Una hora después, llegó a su apartamento peor de lo que se había marchado, porque mientras corría no pudo apartarla de su mente. El que pensara tanto en una mujer, ni era bueno, ni normal. Y menos cuando él no controlaba ni lo que pensaba, ni lo que sentía. Porque que sentía algo por esa mujer, era un hecho. No sabía qué nombre darle a ese sentimiento que había nacido en él, y eso era precisamente lo que más le desagradaba.

Solo sabía que algo grande agitaba su cerebro. Y, aunque no sabía qué era, sí sabía que la causa de ello tenía nombre y apellidos. Puesto que no sabía cómo hacer frente a algo tan desconocido como era el mundo de los sentimientos, decidió que averiguaría todo lo que pudiera sobre la culpable de haberlos despertado. Tal vez así, aliándose con el enemigo, lograra comprender sus emociones y, por lo tanto, combatir las.

Mientras se duchaba, se dijo que no podía ser sano que estuviera tan nervioso solo por saber que volvería a verla, hasta el punto de poner especial atención a su atuendo. Después de mucho meter y sacar prendas del armario, se decantó por un vaquero cualquiera y un polo marrón. No le gustó, así que se lo cambió por otro azulón. En esta ocasión, le gustó el resultado. Él no entendía de esas cosas, pero como vio que el polo elegido acentuaba el color

de sus ojos, pensó que Julia le vería atractivo. Se peinó con las manos, cogió su cazadora de cuero y las llaves del Audi y salió de su casa. Todavía era temprano, apenas la una y cuarto, así que decidió bajar al garaje para revisar que todas las trampas que ponía cada día en el coche seguían estando en su sitio. Sí, era un maniático, pero hombre previsor, valía por dos. No es que tuviera miedo a la muerte, y si su destino era morir de un bombazo, que así fuese.

Pero cuando era la vida de Julia la que estaba en juego, era otra cuestión. Se llevó una mano al pecho cuando este latió bruscamente al imaginársela muerta. Aquello era más que absurdo. Ella no iba a morir. Nunca.

—¿De acuerdo? —preguntó entre dientes mirando al techo.

Al segundo se reprochó haber sido tan absurdo. Se dijo que debía tener cuidado, pues ese empeño de ser un hombre normal le estaba atrofiando el cerebro.

Comprobado que todo estaba en orden, subió las escaleras con paso ligero y decidido hasta el primero y llamó al timbre de Julia.

—¡Vooooooy!

Robert no pudo evitar sonreír, pero luego se puso serio cuando ella abrió la puerta.

—Puntual, ¿eh? —preguntó ella con una sonrisa de bienvenida que no fue correspondida—. Espera un segundo, que voy a por el abrigo.

Robert no le hizo el menor caso. Pasó tras ella y la siguió. Al percibir su presencia, Julia se giró y le miró interrogante.

—¿Qué parte de espera un segundo no has entendido, Robert?

—Conociendo a las mujeres, un segundo significa media hora.

—Pues te equivocas conmigo, cretino —dijo metiendo el brazo en la manga del abrigo—. ¿Ves? Ya estoy lista.

—No, no lo estás —indicó él, las piernas separadas y los brazos cruzados en el pecho. Daba toda la impresión de que no le movería de allí ni un tornado.

Julia se miró a sí misma.

—Pues yo creo que sí. No me falta nada.

—No es lo que te falta. Es lo que te sobra —precisó.

Julia alzó las cejas y volvió a mirarse de nuevo.

—¿Qué me sobra?

—Esto —dijo él adelantándose. Se detuvo frente a ella y le agarró una de las trenzas—. Quítatelas.

—¡Ni muerta!

Robert la miró fijamente durante el transcurso de dos latidos, pero luego se encogió de hombros y agarró su pequeña mano.

—Déjatelas si quieres, pero te advierto que tu abuela se va a dar cuenta —advirtió despreocupadamente mientras echaba a andar.

Ante la mención de doña Amalia, Julia se detuvo de golpe.

—¿De qué se va a dar cuenta? —preguntó no sin cierta suspicacia.

—De esto.

Sin ningún tipo de vergüenza ni pudor, le llevó la mano a la entrepierna. Soltó una carcajada cuando ella se apartó como si de fuego se tratase con un grito de espanto.

—¡Serás cochino!

—No, cochino no. Solo quería mostrarte lo que va a ver tu abuela si te dejas esas trencitas tan eróticas.

—¡Mis trenzas no son eróticas! —protestó ofendida.

—Venga, no te hagas la inocente, que seguro que lo haces adrede— pinchó Robert con una sonrisa de medio lado, esa que proclamaba a los cuatro vientos que era un canalla de mucho cuidado—. Sabías el efecto que iban a causar. En mí, y en todos los hombres —añadió entrecerrando los ojos—. Así que te las quitas a la orden de ya.

—No todos los hombres tienen la mirada tan sucia como tú —escupió ella.

—Ya lo creo que sí. —La miró de arriba abajo con un brillo pervertido en los ojos—. Cuando te miren, no van a ver a la profesora mojigata. Van a ver a la colegiala cachonda.

Julia volvió a pegar un grito y corrió al baño. Robert se rio a carcajada limpia. Cuando finalmente salió, se había deshecho las trenzas y se había dejado el pelo suelto.

—Muchísimo mejor—susurró.

Incompresiblemente, detectó algo de ternura en su propia voz. Decidió encubrirla con un gruñido y echó a andar.

Cuando Julia vio que en vez de coger el ascensor se dirigía hacia las escaleras, sonrió con malicia.

—Tienes claustrofobia, ¿a que sí?

—No —contestó rudamente sin mirarla.

Julia disimuló la risilla de incredulidad con una tos. No comprendía que a un tipo tan grande y tan fuerte y con ese aspecto tan peligroso le dieran miedo

los espacios cerrados, pero tampoco era dada a reírse de las debilidades de los demás, aunque sí a atesorar la información por si necesitaba tirar de ella en el futuro.

—¿Dónde vive tu abuela? —preguntó cuando llegaron al coche y mientras ocupaba su puesto en el asiento del conductor.

—En la calle Ancha, de Seseña Viejo. ¿Sabes dónde queda?

Robert asintió con la cabeza mientras maniobraba para salir. Julia se acomodó en su asiento y tocó la tapicería de cuero. Miró el frontal de mandos y luego jugó con el parasol. Qué distinto era de su Saxo.

—El cinturón —señaló Robert.

—Ay, sí. Perdona.

Robert se limitó a mirarla de reojo mientras sacaba el coche del garaje y se incorporaban a la calle principal.

—¿Qué música llevas? —preguntó Julia, tocando todos los botones de la radio para encenderla—. Está rota. No funciona.

Robert gruñó y le dio un manotazo cariñoso cuando vio que ella toqueteaba sin ton ni son.

—Tú sí que no funcionas. Aquí, mira —señaló a desgana presionando un botón. Al segundo, comenzó a sonar la música. Se trataba de Eluveitie, un grupo suizo de folck metal que a Robert le chiflaba pero que a Julia, dada su cara de espanto, horrorizó.

—¡¿Qué es eso?!

—Mola, ¿eh? —dijo guiñándola un ojo.

—Jesús, qué forma de gritar. ¿No tienes otra cosa?

—No. —La miró de reojo y sonrió de medio lado—. Mi coche, mi música. La próxima vez vamos en el tuyo y puedes poner a Shakira.

—Yo no escucho a Shakira. No me gusta mucho.

—¿Ah, no? —preguntó él, ladeando ligeramente la cabeza hacia ella pero sin apartar la mirada de la carretera. Ni de los retrovisores—. Pues a tenor de cómo movías las caderas esta noche al ritmo de sus canciones, cualquiera lo diría.

—Me gusta para bailar, eso sí, pero no hasta el punto de llevarla en el coche. En realidad, me gusta otro tipo de música.

—¿Como cuál?

Julia se ruborizó.

—Otro tipo.

Robert la miró un segundo. Había amonestación en su mirada.

—Sí, eso ya lo has dicho. Pero, ¿cuál?

—Más melódica. —Como Robert se puso a gruñir, se vio obligada a confesar sus gustos musicales, a pesar de saber que la tacharía de *tía más rara que un piojo verde*—. Clásica, sobre todo. Pero también me gusta Enya y de ese estilo. Mi cantante favorita es Loreena Mckennitt, no creo que la conozcas.

Robert alzó las cejas y volvió a mirarla de reojo. ¿Qué no la conocía? La gitana le acaba de dejar K.O. No, no creía en las coincidencias, porque también era su favorita.

—Ya. Y ahora irás a decirme que tu canción preferida es el Oh, Fortuna de Carmina Burana —dijo con marcada ironía en su voz.

Julia agrandó los ojos.

—¡No me digas que te gusta! Dios, me encanta esa canción. ¡Me chifla!

—Claro, claro —siguió ironizando él—. Y también dirás que la obra más hermosa que se ha escrito nunca es el Canon de Pachelbel.

Julia, totalmente ajena al sarcasmo del hombre, comenzó a aplaudir de júbilo. Le dio un puñetazo cariñoso en el hombro y le sonrió con ternura.

—No puedo creer que un neandertal como tú conozca esa música. ¡Es fantástico! —Le miró tímidamente y susurró—: Entonces, ¿no piensas que soy rara?

«Una lianta, eso es lo que eres».

—No.

—¿Y ahora, por qué estás enfadado?

—No estoy enfadado. —Su tono de voz indicaba justo lo contrario—. Háblame de tu abuela.

Por instinto, Julia se puso rígida. Al ver que estaba repanchingada en el asiento, se irguió y se sentó como Dios mandaba.

—¿Qué quieres saber de ella?

Robert se encogió de hombros.

—Con lo que me voy a encontrar.

Julia sonrió con afecto.

—Pues te vas a encontrar con una abuelita de ochenta y tres años, con el pelo blanco y recogido en un moño, toda ella vestida de negro de pies a cabeza. Es muy chiquitita, y parece tan frágil... Pero es muy fuerte en el fondo, y tiene mucha agilidad. En realidad, es más ágil incluso que yo.

—Cualquiera es más ágil que tú —añadió él.

—No sé por qué piensas eso —repuso ofendida.

—Desde que te conozco, has estado a punto de caerte tres veces, la última hace cinco minutos, cuando bajabas las escaleras para ir al garaje.

Julia enrojeció. No sabía que él se había dado cuenta de su traspiés.

—Eso es porque por un momento he perdido la perspectiva —se vio obligada a informar.

Robert rio por lo bajo. Ella quiso golpearle.

—Como te iba diciendo —siguió ella, silabeando—, mi abuela tiene toda la apariencia de ser un ser desvalido y vulnerable, pero no te dejes engañar. Es más lista que el hambre. Casi prefiero que me regañe y saque el genio a que me sonría. Cuando hace esto último, es que está tramando algo.

—Pues sí que estás pintando mal el panorama.

—No te confundas. Quiero muchísimo a mi abuela. Ella es...—miró sus manos para que él no viera la tristeza que sabía mostraban ahora sus ojos— lo único que me queda.

Robert la miró rápidamente. No supo por qué deseó apretarle la mano cuando la vio tan apenada.

—¿Y tus padres?

Antes de contestar, Julia miró por la ventanilla.

—Murieron cuando yo tenía ocho años. Salieron a cenar, y de regreso un camión los arrolló.

Por favor, aquello era el colmo. El que sus enemigos recurrieran a algo tan ruin y tan bajo como era su condición de orfandad le disgustó hasta límites preocupantes. Sin embargo, cuando la miró, la vio realmente afligida. ¿Sería cierto? Su corazón le decía que sí.

Pero su mente —su desconfiada y recelosa mente—, le decía que aquello no era más que un ardid para que se sintiera aún más unido a la mujer.

—Lo siento —dijo cuando comprendió que era lo que se esperaba que dijese en esos casos.

Julia se encogió de hombros. Pero luego continuó:

—¿Sabes? Todavía me acuerdo de ellos. Mucho. Recuerdo un día en concreto, cuando mi padre se gastó todo el dinero que llevaba encima en la tómbola para conseguir a Fifi.

—¿Quién es Fifi?

—Mi perrito de peluche. —Sonrió con nostalgia—. Ya sé que es un nombre ridículo, pero se lo puso mi madre. Todavía lo conservo, porque es lo único que me queda de ellos, ya que vendí la casa hace tres años.

—¿Por qué?

Julia lanzó un suspiro de alivio cuando llegaron a la casa de su abuela. No estaba preparada para hablar de ese tema, al menos, con Robert.

—Aparca donde puedas. Es esa de ahí —señaló dos casas más adelante.

Robert la miró muy serio. Su semblante rígido y sus ojos censuradores le indicaron que sabía sobradamente que aquel tema era tabú. Y que no tenía pensado dejarlo pasar sin más. Más adelante, cuando volvieran a estar a solas, retomaría aquella conversación, porque sabía que detrás de ella había una oscura historia que él estaba más que dispuesto a escuchar.

La casa de doña Amalia era de dos plantas, pero según le informó rápidamente Julia mientras se bajaban del coche, la superior apenas se usaba, ya que la anciana tenía su dormitorio y todo lo que precisara en la planta baja.

Julia no llamó al timbre, sino que sacó su propia llave y abrió la puerta. Pasó con indecisión al principio, pero luego se puso a gritar:

—¡Abuela! ¡Ya estamos aquí!

La anciana no tardó en hacer acto de presencia. Robert sonrió, porque era tal y como Julia la había descrito y como él mismo se había imaginado. Se acercó a ellos con paso resuelto y decidido, y su semblante esbozaba una sonrisa, esa que llegaba a sus ojos, que tras mirarle a él con astucia, los dirigió hacia su nieta. En esta ocasión, había amonestación en ellos.

—¿Qué son esos gritos, criatura? ¿Esa es la educación que yo te he dado? —dijo a la par que le soltaba una colleja, que hizo que Julia protestara de rabia y humillación y que Robert tuviera que disimular la risa. A continuación le miró a él, de arriba abajo y luego de abajo arriba. Debió pasar el visto bueno, porque chasqueó la lengua y movió la cabeza con aprobación —. Muy buen mozo, sí Señor —añadió con la desfachatez que había adquirido con los años y que por su edad quedaba perdonada—. Yo soy Amalia, pero puedes llamarme abuela.

—Abuela... —avisó Julia.

—Sí, eso he dicho; abuela —dijo de malas maneras. Luego se giró hacia Robert y sonrió de nuevo.

Robert sonrió a su vez y le tendió la mano.

—Encantado de conocerla, abuela.

La aludida sonrió como una colegiala y, tras darle un rápido apretón, hizo un ademán con la mano.

—Anda, ven a la sala, Roberto.

Julia puso los ojos en blanco.

—Te dije que se llamaba Robert, no Roberto, abuela.

—Tontunas. Los ingleses y sus manías de acortar los nombres.

—No soy inglés —se obligó a informar Robert. En verdad le desagradaba aquello.

—No, no tienes pinta —estuvo de acuerdo la abuela, mirándole de nuevo con descaro—. Más bien me recuerdas a los hombretones de la Garwood. Sí, seguro que eres de las Highlands esas de Escocia.

Robert se quedó de piedra. Porque había dado en el clavo. Claro que, por supuesto, no iba a confirmar ni a desmentir aquella teoría.

—¡Qué tonterías dices, abuela! —amonestó Julia. Luego se giró a Robert—. Mi abuela se pasa las horas muertas leyendo novelas románticas de escoceses.

—Ay, sí. Esos sí que eran hombres, y no los mindundis que se ven hoy en día, excluyendo lo presente, por supuesto.

Aunque en guardia, Robert correspondió a la sonrisa de doña Amalia.

La anciana les condujo hasta una sala y les hizo sentarse mientras ella iba a por un aperitivo. Julia se prestó a hacerlo, pero la abuela indicó que sería de mala educación dejar al invitado solo, así que no tuvo más remedio que obedecer.

—No le hagas mucho caso —dijo en un susurro cuando estuvieron a solas—. Ya chochea.

—¿Qué significa *chochea*?

—Que tiene más años que Matusalén y que no sabe lo que dice.

Robert no dijo nada al respecto. La anciana no tardó en volver con una bandeja repleta de delicatessen y refrescos. Cómo hizo para aguantar el peso, era incomprensible para Robert.

—Ah, Julita, tienes que ir a casa de *la Paca* a llevarle la olla que hay sobre la mesa de la cocina.

La joven entrecerró los ojos. Sabía que aquello no era más que una treta para quedarse a solas con Robert. Y eso, ni muerta.

—Ya se lo llevaré luego, cuando nos marchemos.

—¡Quién intenta! —exclamó la mujer con disgusto—. Es un guiso que me pidió que le hiciera para comer hoy, pues tiene invitados. No cocina nada bien, la pobre— informó a Robert. Luego volvió a dirigirse a Julia, pero sus ojos seguían fijos en Robert para ver su reacción—. Así, de paso, ves a su hijo, que seguro que ha ido a comer. Se muere de ganas de verte.

La anciana sonrió traviesamente cuando su último comentario obtuvo el efecto deseado, ya que Robert frunció el ceño. Julia también lo tenía

fruncido, pero por otro motivo muy distinto.

Sabiendo que era inútil ponerse a discutir con su abuela —entre otras cosas porque nada conseguiría salvo ponerse en ridículo delante de Robert—, se levantó a desgana y fue hasta la cocina.

—No tardo —gritó antes de marcharse.

Aunque sabía que eso era poco probable.

Conociéndolas como las conocía, sabía que la señora Paca era partícipe de aquella mal disimulada trampa. Mientras salía de casa de su abuela y antes de echar a correr, rogó porque su abuela se comportara como era debido, que no sacara ningún tema espinoso y que no le acribillara a preguntas que seguro la pondrían a ella en evidencia.

Tan pronto como escuchó cerrarse la puerta, la anciana se sentó frente a Robert en su butaca favorita, comenzó a balancearse y a jugar con los pulgares. Su sonrisa era malvada. Sus ojos, despiadados.

—Y ahora, Roberto, es cuando ponemos las cartas sobre la mesa.

9

Robert sonrió cuando la mujer soltó aquello. Así le gustaban a él las personas; claras y directas. Tomó el refresco de Cola y dio un pequeño sorbo.

—Pongámoslas, pues.

—Bien. —La anciana estuvo unos segundos pensando, pero luego fijó sus ojos, tan negros como los de su nieta, en los de él. Esa sí que era una mirada limpia, pensó Robert—. Lo haremos así: yo pregunto, tú contestas. Sin rodeos. Sin trampas ni cartón. ¿Trato hecho?

Robert se limitó a asentir. Cada vez le gustaba más aquella mujer.

—Primero, ¿a qué has venido a este pueblo?

—A descansar.

Aquella respuesta no pareció complacer a la anciana, porque hizo una mueca y se movió inquieta.

—Replantaré la pregunta. ¿*Por qué* has venido a este pueblo?

El hombre sonrió de medio lado. Sabía perfectamente lo que la anciana estaba preguntando.

—Porque quería dejar atrás mi pasado y empezar una nueva vida — contestó con sinceridad.

La anciana pareció conformarse con la respuesta. No así con las connotaciones de la misma.

—Y ese pasado, ¿cuán es de peligroso?

Sí, aquella mujer, era más astuta que un zorro.

—¿Qué le hace pensar que era peligroso?

—Porque llevas escrito *Peligro* en la frente. No eres un tipo corriente, no. — Estuvo unos segundos callada, pero no tardó en volver a hablar —. Mira, tu pasado no tiene por qué importarme, aunque me intrigue. Pero todo hombre tiene sus secretos, y no seré yo quien trate de resolver la incógnita que representas. A mí, lo que realmente me importa, es lo que hagas a partir de ahora.

—En realidad —corrigió Robert, que había estado escuchando con suma atención—, lo que le interesa saber es qué haré con respecto a Julia.

La anciana chasqueó la lengua y sus ojos brillaron de complicidad.

—Chico listo. Llegamos a la parte interesante. ¿Qué pretensiones tienes con ella?

—La acabo de conocer. Pero me cae bien.

—Te cae más que bien —contradijo la anciana—. Te gusta. Lo he visto en tus ojos. Del mismo modo que he visto en los suyos que tú le gustas también. Pero, y aquí se plantea realmente mi disyuntiva, no es esa atracción lo que me preocupa, sino lo que puede derivar de ella.

—Eso es algo que no puedo saber.

—Cierto —estuvo de acuerdo la anciana—. Pero sí que sabrás hasta dónde quieres o no llegar. Dado el caso, Roberto, te aconsejo que procedas con cautela y prudencia, cualidades que, como he podido apreciar, y nunca me equivoco, posees en grandes dosis.

Robert se golpeó los labios y miró pensativo a la anciana.

—Cautela y prudencia... Buena forma de advertirme que no le ponga una mano encima a su nieta.

—Muy lejos de eso —dijo la anciana con resolución—. Estaría bien que esa ignorante se relajara por una vez en su vida y se diera una alegría al cuerpo.

Si Robert se sorprendió por sus palabras, no dio muestras de ello.

—¿Me está dando su permiso para acostarme con ella?

Doña Amalia sonrió con malicia.

—Sí, te lo estoy dando, Roberto.

El aludido frunció el ceño.

—Pero...

—Sí, hay un pero —confirmó la anciana, moviendo la cabeza con resignación—. Verás, déjame hablarte de Julia. Así, a groso modo y para abreviar, debo empezar diciendo que mi niña es más tonta que Abundio. Sí, sí, no me mires así, pues no estoy faltando a la verdad. Todavía cree en los cuentos de hadas, y aunque no lo exprese, sé que espera y desea que llegue su Príncipe Azul montado sobre un corcel blanco y la rescate de su torre. Si preguntas a cualquiera, te dirá que tiene un corazón de oro, algo que en cualquier persona con ideales menos románticos sería una virtud, pero que para ella es una lacra, dada su tendencia y empeño en ver lo mejor de las personas e ignorar sus defectos. Si Julia fuese una cabeza hueca, si fuese frívola y superficial, yo misma la alentaría a que tuviera algún que otro encuentro sexual contigo, pero como para ella el sexo y el amor van cogidos de la mano, no me queda más remedio que aconsejar lo contrario. No seré yo quien me entrometa en su vida, por supuesto —añadió rápidamente pero sin convicción alguna—, pues ya no es una niña y debe ser ella quien aprenda a

levantarse cuando se caiga. Y por Dios que eso lo hace muy a menudo —dijo con una sonrisa de afecto, que luego se tornó triste—. Pero algo me dice que, en esta ocasión y dadas las señales, va directa hacia el desastre.

—Y yo soy ese desastre.

La anciana asintió.

—Sabiendo esto, dejo en tus manos la labor de evitar que dicho desastre sea letal para ella.

—¿Y cómo podría hacerlo?

—Siendo brutalmente sincero con ella.

—Brutalmente —repitió Robert.

—Brutalmente, cruelmente, asquerosamente sincero. Si solo quieres llevártela a la cama, díselo tal cual. Empero, si tus pretensiones son más serias, abstente de expresárselas hasta que no estés completamente convencido para que no se haga ilusiones en esa cabecita romántica que tiene.

Robert asintió. No podía estar más de acuerdo con ella.

—Pero, ¿y si, pese a las advertencias, ella decidiera tener... *algún encuentro sexual conmigo*?

—Yo no podría recriminarla, por supuesto. Pero, como ya señalé, eso solo significaría una cosa: que se habría enamorado de ti. Y ahora me pregunto: ¿serías tan desalmado de tomar aquello que se te ofrece aun sabiendo que eso la destrozaría?

—Sí —fue su rauda y sincera respuesta.

La anciana entrecerró los ojos.

—Solo un hombre que no está realmente enamorado contestaría eso.

Robert sonrió irónicamente.

—O uno brutalmente sincero.

Doña Amalia no pudo evitar sonreír a su vez.

—Cierto. Es pronto para que tus sentimientos hacia mi nieta hayan alcanzado esa magnitud, pero ¿crees que podrías llegar a hacerlo?

«Sí»... ¡No, hombre!

—No creo en el amor.

Aquella respuesta en teoría debería desagradar a la anciana, pero asombrosamente hizo que echara la cabeza hacia atrás y soltara una carcajada. Eso, y su mirada aprobatoria, indicaron a Robert que la mujer se sentía complacida con su respuesta. El motivo, era todo un misterio para él.

—Se ve mirando a tus ojos que tienes un mundo de experiencia, que has

visto demasiado como para creer en algo, pero mi corazón me dice que en el fondo no has sido más que un mero espectador con respecto al mundo de los sentimientos. Afirmas eso porque nunca, jamás, has experimentado en tu propia piel lo que es amar a otra persona. Me apenas, Roberto.

Eso no gustó al hombre. No quería la compasión de nadie, entre otras cosas porque no creía estar necesitado de ella.

—No veo por qué, abuela. Como usted misma dijo, el amor no existe más que en los cuentos de hadas, y permítame decirle que hace mucho tiempo que dejé atrás la niñez.

—Puede ser. Pero en el fondo, con respecto a los asuntos del corazón, eres tan niño como mi Julia. Ninguno sabéis lo que es el amor verdadero, aunque algo me dice que no tardaréis en descubrirlo.

Robert obvió el último comentario, sobre todo porque, sin saberlo, la mujer había allanado el terreno para adentrarse en otros derroteros que, a su egoísta entender, eran mucho más interesantes.

—¿Y Paul?

La anciana reaccionó como si la hubieran pinchado.

—¿Qué pasa con ese desgraciado?

—Ha señalado que ella no sabe lo que es el amor verdadero, y sin embargo tengo entendido que una vez salió dañada de una relación.

La anciana le miró con recelo.

—¿Julia te ha hablado de eso?

—No. Es algo que oí por casualidad.

—Ya me extrañaba a mí—murmuró la vieja, más para sí que para él—. No creo que a mi nieta le haga mucha gracia que hable de esto, pero puesto que su experiencia pasada puede servir para ponerte en antecedentes y que así puedas ver las cosas con más objetividad a la hora de tomar una drástica decisión, te lo voy a contar.

La anciana se inclinó hacia delante y cogió su refresco. Bebió un sorbo, se limpió la comisura de los labios con una servilleta y después se reclinó.

—Dada la escasez de tiempo, pues me temo que la señora Paca no pueda retener a Julia mucho tiempo más, trataré de abreviar. Para que te hagas una idea de cómo es mi pequeña, te diré que durante su adolescencia estaba más preocupada por sus estudios que por los novios o, en su caso, por la inexistencia de los mismos. Era algo que no le preocupaba en absoluto, pues sostenía que los amores de juventud eran efímeros y que no se debían tener en cuenta. Cualquiera vería en esta afirmación pragmatismo, pero en realidad

su postura no expresaba más que el anhelo de encontrar un único amor, aquel con el que pasar el resto de sus días y la férrea determinación de no entregar su corazón así como así para evitar posibles pérdidas y no salir escaldada. Por supuesto, yo no podía estar más en desacuerdo con ella, pues antes de encontrar al caballero de brillante armadura, debes pelear con infinidad de dragones. No es que no saliera con chicos, o que antes de conocer a Paul no le hubieran robado algún que otro beso, pero precisamente su inexperiencia con respecto a los hombres fue lo que hizo que viera en él algo totalmente contrario a la realidad. —La anciana guardó silencio y miró a la nada. Su rostro mostraba consternación y odio a partes iguales—. Que Paul era un mujeriego, un vividor y un aprovechado, era un secreto a voces, pero pese a mis advertencias, Julia solo era consciente del ideal romántico que se había hecho de él. Pero a mí no me pudo engañar. Yo veía la falsedad en sus modales afectados, en la frialdad de sus ojos y en una sonrisa que para otros era radiante pero que, para mí, era la del sucio carroñero que era en realidad. Mi niña tardó en descubrirlo, pero cuando lo hizo era demasiado tarde y ya se había casado con él. —La anciana arrugó la frente, pensativa—. Creo que se dio cuenta de que no lo amaba antes, pero tales eran las dotes de persuasión y engaño de ese desgraciado, que la mantuvo en una nube ilusoria de felicidad y falso amor hasta que salió a la luz, por lo menos a ojos de Julia ya que para el resto estaba claro, lo que realmente buscaba en ella.

—¿Y qué buscaba en Julia? —preguntó Robert cuando la mujer se quedó callada.

Doña Amalia sonrió con cinismo.

—Dinero. No sé quién le puso al tanto de su cuenta corriente. —Por un momento, miró al hombre con suspicacia, pero luego su semblante reflejó dolor—. Verás, mi hijo y mi nuera murieron en un accidente de tráfico y el seguro nos dio una suma enorme de dinero. Fue una de las indemnizaciones más elevadas de la historia, según dicen, aunque nada comparado con la pérdida que conllevaba.

—Supongo —añadió Robert cuando ella se quedó callada.

La anciana volvió a clavar sus ojos en él.

—A Paul la perspectiva de hacerse con el dinero le hizo frotarse las manos —continuó—, pero cuando averiguó que, contra todo rumor, la suma de dinero alcanzaba solo unos cientos de miles de euros y no los millones que él parecía ambicionar, volcó su furia contra ella, más aún cuando ya se había gastado el dinero en un turbio negocio y los acreedores estaban siguiéndole

los pasos para cobrar el resto de la deuda.

Robert se puso más tenso que la cuerda de un arpa en el sillón.

—¿De qué modo volcó su furia? —preguntó entre dientes.

Doña Amalia sonrió, pese a lo horrible de la conversación, por la actitud feroz y demoledora de Robert, sobre todo cuando temió que rompiera el vaso por la fuerza con la que lo estaba apretando.

—La pegó. —Se sintió complacida por la furia que vio reflejada en los ojos de aquel hombre que, a cada segundo que pasaba, le caía mejor por su franqueza—. Claro, que solo fue una vez, pues mi niña tuvo la sensatez de denunciarle por eso y por todo lo que se traía entre manos.

—¿Dónde está ahora ese desgraciado?

La anciana se encogió de hombros, pero no trató de disimular una sonrisa complaciente al comprender lo que él pretendía con esa pregunta: buscarle y darle una soberana paliza. Sí, ese hombretón tenía toda la pinta de hacer algo parecido. Y eso, más que satisfacerla, la extasiaba.

—Supongo que en la cárcel, o no sé si ya habrá salido de ella. No se encontraron las suficientes pruebas contra la acusación de tráfico de drogas, aunque sí contra las de fraude y, por supuesto, maltrato. El fiscal pidió para él diez años, frente a los cinco que finalmente le cayeron, aunque claro, tal y como está hoy la justicia y dado su carácter de fingida amabilidad, saldrá mucho antes de la cárcel por buen comportamiento, muy a mi pesar.

—Pero supongo que sabrá sus apellidos y a qué cárcel le destinaron.

La sonrisa de la anciana se amplió más aún.

—Vas a buscarle, ¿verdad? —preguntó.

Robert solo asintió, así que la anciana se levantó, fue hasta un aparador y de un cajón sacó una hoja y un bolígrafo. Apuntó algo rápidamente y lo dobló antes de volver al lado de Robert. Se lo tendió sin decir ni una palabra, pero un extraño brillo se manifestó en sus ojos astutos cuando él, después de leer rápidamente el contenido, se guardó el papel en la cartera como un hurón. Cuando miró a la anciana, cabeceó de forma firme y resulta.

Eso, y la promesa silenciosa que vio en sus ojos azules, fueron los detonantes para que se ganara la lealtad, la gratitud y la confianza de aquella anciana.

No, doña Amalia no se equivocaba nunca con las personas. Y no sería esta la primera vez que lo hiciera.

Julia llegó a la casa corriendo, a tropicónes y temiendo que su abuela hubiera enredado a Robert.

Les encontró uno sentado al lado del otro, ojeando lo que parecía ser un álbum de fotografías. Soltó un quejido de protesta.

—Ay, abuela, eso no...

Robert alzó la cabeza y la miró. Pese al brillo que había en sus ojos al hacerlo, pudo detectar algo más; una sólida determinación en su semblante y una rigidez acusada en sus miembros.

—Mira esta, hijo —dijo su abuela ignorándola por completo—. ¿A que era una niña monísima?

—Mucho —confirmó él con una sonrisa, un tanto traviesa cuando después de ojear la foto levantó la vista hacia ella—. Ya veo que tu afición a las trencitas no viene de ahora.

Julia enrojeció. Sin embargo, su abuela comenzó a bufar.

—Tiene una manía... Y mira que se lo digo: «Julita, quítate las trenzas, que más que ternura despiertas lujuria en los hombres».

Julia enrojeció hasta las orejas, más aún cuando Robert la miró como diciendo: *¿Lo ves?*

No pudo determinar, por sus semblantes, de qué habían estado hablando durante su ausencia, pero por la forma de mirarse, y por la naturalidad con la que cuchicheaban entre ellos mientras ojeaban el álbum, llegó a la conclusión de que se habían caído bien. Más que bien, había entorno a ellos un aire de complicidad que, a entender de Julia, era tan asombroso como disparatado, pues no podía haber dos personas más distintas en el mundo. Aunque claro, ambos tenían algo en común: descaró, despotismo y muy, pero que muy mala leche. Sí, pensándolo fríamente, eran espíritus afines en cuánto a sus defectos. En cuanto a las virtudes, no podía determinarlo, pues poco o nada sabía de Robert, salvo que le gustaba a rabiarse y que cada día que pasaba se sentía más intrigada y más deseosa de desvelar el misterio que parecía envolverle.

Cansada de estar parada en medio de la sala, y totalmente ignorada, se acercó a ellos y les arrebató el álbum de fotos.

—Ea, se acabó. Vamos a comer, que se hace tarde.

Giró sobre sus talones y se dispuso a poner la mesa. Para la ocasión, doña

Amalia insistió en sacar su mejor mantelería, la vajilla y la cubertería que tenía guardada para eventos especiales y, ¡asombro de los asombros!, un Protos Reserva que había comprado para la ocasión.

El cordero asado que la anciana había preparado estaba delicioso, así como los entremeses que lo precedieron. La conversación durante la comida fue amena y distendida, donde Julia habló mucho, la anciana poco y Robert prácticamente nada. Giró, sobre todo, en torno a las próximas vacaciones invernales de Julia, que se iniciarían en apenas cuatro días, así como en los planes que tenía previstos para las Navidades.

Tocado ese tema, hubo un momento de desconcierto para Julia, cuando la anciana ordenó, más que invitó, que Robert se uniera a ellas en Nochebuena tras decir aquel que hacía muchos años que no celebraba la Navidad al no contar con familia. Tanto la anciana como la mujer comenzaron con una letanía de lamentos cuando él les explicó sin inmutarse que había sido abandonado en un Hospicio a los pocos días de nacer, algo que, según indicó sin muestra de sentimiento alguno en su semblante, no era algo que debía ser tomado como una desgracia ni despertar la compasión, sino como una prueba más del egoísmo del ser humano. Ahí comenzó un debate bastante profundo sobre el tema, en el que la abuela mostró su desacuerdo sobre la incorrecta, antinatural e inhumana decisión de su desconocida madre. Fue tal el fervor de su discurso, su sentencia tan implacable y severa, que Julia tuvo que llamar al orden, alegando que nada sabían sobre los motivos que tuvo para hacerlo y que, por lo tanto, era injusto juzgarla con tanta dureza. Robert, cansado de un debate que tenía todos los tintes de entrar en discusión dadas las mejillas encendidas de ambas mujeres y la elevación de sus tonos de voz, decidió zanzar el tema con un rotundo e inapelable *Fin de la cuestión*.

Retomaron el tema principal, la cena de Nochebuena, pero en esta ocasión Robert no pudo contra las dos mujeres, a cada cual más terca, así que no supo ni cómo ni cuándo ni por qué aceptó finalmente pasarla con ellas y, según se enteró después, con Susana.

Siguiendo el orden de las festividades, hablaron de los planes de Julia para Nochevieja. Tenía por costumbre celebrarla con la panda, y ese año le tocaba a ella encargarse de la cena en su casa. Doña Amalia se ofreció para ayudarla con el asado, pero declinó la oferta, como cada año, de reunirse con ellos, pues, según sus palabras, ya era muy mayor para soportar la algarabía y el bullicio de esos botarates, por lo que ya había quedado con otras personas. Cuando Julia le preguntó si entre esas personas se encontraba el viejo Rufino,

la anciana soltó un *vete al infierno* que confirmaba, junto al sonrojo de sus mejillas, que efectivamente el buen hombre asistiría a la fiesta.

Orgullosa por naturaleza, y al saberse pillada, la anciana, para vengarse de Julia, decidió pincharla.

—Y qué, Julita —comenzó a decir, todavía arrebolada—, ¿ya te has comprado un bonito y sexy vestido para Nochevieja, o irás como una monja, según tienes costumbre?

Julia soltó un grito de indignación.

—¡Yo no voy vestida como una monja!

—Mírate, criatura. Siempre con esos pantalones tan insulsos y esos jerseys de cuello alto...

—Es invierno —dijo a modo de excusa—, y sabes que soy muy friolera.

—Además, siempre con ropajes tan oscuros, tan sobrios y tan poco favorecedores—continuó la anciana ignorando la explicación de la nieta—. ¿Verdad, Roberto, que es el aburrimiento personificado?

—Es el aburrimiento personificado —ratificó el interpelado entre risas.

Julia, a falta de poder golpear a su abuela, lo hizo con Robert.

—Cretino... Anoche no pensabas eso.

La anciana soltó una exclamación ahogada. Julia deseó que se la tragara la tierra.

—¿Anoche?

Como Julia sabía que su abuela no pararía hasta obtener una respuesta, decidió decir una verdad a medias.

—Sí, coincidimos en el Irlandés y me dijo que estaba muy guapa.

Robert confirmó sus palabras con un asentimiento.

—Sí que lo estabas. Al menos, anoche.

Julia entrecerró los ojos y se cruzó de brazos.

—O sea, que ahora soy un esperpento.

Robert no mostró ninguna expresión cuando negó con la cabeza.

—Yo no diría tanto. —Pese a su tono de voz grave y a su rostro serio, algo relampagueó en sus ojos—. Más bien, una cucarachilla.

La anciana se echó a reír. Robert sonrió. Julia mostró su enojo dándole un puntapié bajo la mesa.

—Ay, ay. ¡Y yo que me lo quería perder! —exclamó la anciana con regocijo—. Es igualito a tu abuelo, Dios lo tenga en su Santa Gloria.

Como a Julia no le hacía ni pizca de gracia ser el motivo de diversión de aquellos dos cretinos que parecían haberse confabulado en su contra, se

levantó de mala gana y comenzó a recoger la mesa con aspavientos para servir el postre y el café.

Si la anciana se compadeció de ella y desdeñó la idea de seguir mortificándola, fue por la mirada cargada de ternura y dulzura que Robert estaba dirigiendo en esos momentos a su nieta.

—Háblanos del vestido que te has comprado.

Julia, con un suspiro agradecido por aquella tregua que, estaba segura, duraría poco, se volvió a los comensales. Sus ojos ahora brillaban de entusiasmo.

—Es precioso. Aunque es de color negro —dijo la última palabra mirando significativamente a Robert y con retintín—, tiene un corte muy elegante y muy...

—O sea, que es soso —cortó la anciana. No, no había durado mucho su tregua.

—Para que te hagas una idea, listilla, te diré que es así de corto —señaló muy por encima de la mitad de sus muslos—. Y tiene toda la espalda al descubierto.

—¡Dios Bendiga a Santa Tentación! —dijo la anciana entre risas—. ¿Y qué demonio se apoderó de ti para comprar semejante prenda tan provocativa?

—Susana me convenció —reconoció con un rubor en sus mejillas.

La anciana chasqueó la lengua y asintió con aprobación.

—Chica lista esa Susana, sí Señor. — Julia sonrió cuando su abuela habló con tanto afecto. Porque lo cierto era que, incomprensiblemente, la azafata se había ganado el respeto, la admiración y la simpatía de Doña Amalia—. ¿Y cómo está nuestra golfilla favorita?

Julia le puso al tanto de la pérdida de empleo de su amiga, pero agregó que eso estaba solucionado gracias a que Robert iba a abrir un gimnasio y que la iba a emplear como monitora de aerobio. El hombre no tuvo valor de añadir que aquello no era más que un proyecto en el que todavía tenía que meditar. No tuvo valor de desanimarlas. Además, le gustó el brillo de admiración y gratitud que apareció tanto en los ojos de doña Amalia como en los de la nieta, sobre todo en esta última.

Mientras tomaban el café, hablaron del cotillón que daría Mike en el Irlandés, al que la panda pensaba acudir. Robert se dio cuenta de que cuando ella se refería a la panda, le estaba incluyendo a él también, lo que quedó confirmado cuando su abuela le pidió los nombres de los integrantes de la

cena que celebraría en su casa y uno de ellos era el suyo. En esta ocasión, como nadie le preguntó, ni afirmó ni negó su presencia en la misma, aunque algo dentro de él —muy dentro, eso sí—, se movió al ver que ella le incluía en sus planes.

Julia esperaba, en todo momento, que él dijera algo sobre la cena de Nochevieja, pero como permanecía en su habitual mutismo, decidió abordar más tarde el tema.

Era temprano cuando abandonaron la casa, apenas las cuatro y media de la tarde, pues tras el café, y sin ningún tipo de miramientos, la anciana le echó prácticamente a la calle.

Julia deseó que se la tragara la tierra cuando, faltando a todas las normas de la educación y del buen comportamiento, dijo su abuela poniéndose bruscamente en pie:

—Y ahora, largo, que ya me habéis mareado bastante y quiero echarme la siesta.

Si ese comentario contrarió o disgustó a Robert, Julia no pudo determinarlo, pues el hombre seguía con su habitual seriedad, aunque pudo captar un relámpago de diversión en sus ojos azules cuando se inclinó sobre su abuela y, tras darle un beso que fue correspondido por un cuchicheo rápido de la abuela, preguntó en un susurro:

—¿Brutalmente, eh?

Julia no entendió qué quería decir, más aún cuando su abuela contestó:

—Brutalmente, cruelmente, asquerosamente...

10

Es muy fácil encontrar lo perdido si sabes dónde buscar. Y para alguien de su experiencia, de sus conocimientos informáticos y de su pasado como hacker, aquella tarea era pan comido.

No le costó dar con él más de quince días, aunque debía reconocer, y secretamente sentía satisfacción por ello, que realmente se lo había puesto difícil.

—No esperaba menos de ti —dijo a la pantalla del ordenador que le mostraba la imagen de un coche, una matrícula.

Una confirmación.

Con un gesto burlón brindó al monitor y luego se bebió el contenido de su MacAllan Sherry Oak de 30 años de un solo trago, pese a saber que lo correcto sería saborear el whisky con calma, casi con contención, manteniendo la expectativa.

Pero no era lo que su cuerpo pedía a gritos. No, no quería disfrutar poco a poco de uno de los mejores malts del mundo. Lo que necesitaba era su calor, que le quemara la garganta con furia, con descaro. Necesitaba que se llevara el aire de los pulmones, que le paralizase el corazón incluso. Que le robara, en fin, un poco de vida para luego devolvérsela en forma de tos espasmódica y de un violento lagrimeo, confirmando así que todavía podía sentir.

Por un segundo disfrutó de los escalofríos, reclinándose en el sillón y cerrando los ojos para regodearse en esa pequeña victoria.

No por mucho tiempo, pues la experiencia pasada le decía que nunca se debía ejecutar la danza del triunfo hasta que su objetivo cayera a sus pies.

¡Ah, pero qué agradable era imaginárselo!

Haciendo una mueca de disgusto, despechó sus fantasías y se concentró en su realidad. Y su realidad era que todo estaba bien jodido.

Y todo por culpa de un pequeño chip.

Se preguntaba a menudo qué habría hecho con él, si aún lo conservaría o si lo habría destruido. Se decantaba más por la segunda opción. Después de todo, le conocía lo suficiente como para saber que su honorabilidad jamás le permitiría vender el chip al mejor postor, que la única opción aceptable para

un hombre como él era su eliminación.

Al fin y al cabo, era un experto en destruirlo todo a su paso. ¿No había, acaso, destruido todo su mundo, lo único bueno que había experimentado en su vida, lo único por lo que había valido la pena seguir adelante, y todo ello sin compasión, sin titubeos?

¡Cuánto echaba de menos a Callaghan!

Se obligó a apartarle de su mente cuando cogió las llaves del coche y se levantó con resolución, pues tiempo, lo que se dice tiempo, no tenía. La fotografía era reciente, no más de unas horas, por lo que moverse a la de ya era imperativo.

Ignoró el ligero mareo que confirmaba que había bebido demasiado. Acalló, con una orden seca, la voz que le advertía que lo mejor sería que no condujese en ese estado.

A quien no pudo poner una mordaza fue a su conciencia, quien, orgullosa, se reía de su infantil y absurdo plan, de su patética vulnerabilidad.

Sí, sabía que no era sano perseguirle, que verle no haría más que aumentar su sed vengativa y abrir todas las heridas que se empeñaba en cerrar desde que perdió a Callaghan. Pero, ¿y qué? ¿Acaso tenía otra cosa que hacer?

Ahora solo se guiaba por un objetivo: seguir esa pequeña pista que le llevaría —rogaba que fuera así— hasta él.

Encontrarle le llevó otra semana más. Una semana de búsquedas monitorizadas que descartaran nuevos movimientos, de mañanas de ilusión renacida, de tardes de esperanza en declive y de noches de frustrante regreso a su triste y mísera soledad.

Y así, un día tras otro, un pueblo tras otro, hasta que por fin encontró su coche. Fue tal la conmoción, que cuando lo vio aparcado frenó en seco. Ignoró la pitada del coche que le seguía, así como sus gritos y sus gestos obscenos. Sus ojos estaban clavados en el Audi A3 que allí, olvidado, delataba que su dueño no tardaría en hacer acto de presencia.

Sin importarle el tráfico, ni las consecuencias, dio marcha atrás hasta que encontró donde aparcar.

Y allí esperó, con la paciencia de Job, con la ilusión de un niño la mañana de Reyes, con la respiración acelerada y el corazón martilleando con fuerza.

Corazón que se detuvo cuando le vio salir de una casa de dos plantas, acompañado de una mujer. Una medio metro, una poquita cosa que no valía

más que el enorme abrigo con el que se refugiaba del frío de camino al coche.

Una mujer a la que él le dedicó una mirada que no necesitaba palabras.

Quiso gritar, rugir, maldecir... ¿Con qué derecho se atrevía a ser feliz? ¿Cómo podía siquiera soñar con una nueva vida, cuando había acabado con la suya?

Sin ser consciente acarició la Sig Sauer de nueve milímetros que ocultaba bajo la cazadora. Sería tan fácil, tan condenadamente sencillo acabar con todo...

La idea revoloteó hasta tomar cuerpo, pero luego, temiendo que finalmente acabara sobre su propia sien, agarró con fuerza el volante mientras se obligaba a pensar en otra cosa.

Y así se limitó a seguirle, cual residuo galáctico que persigue la estela de una estrella fugaz.

Julia había dado por sentado que, tras la comida, irían a sus respectivas casas, sobre todo cuando, y a los dos minutos de montarse en el coche, la actitud de Robert cambió radicalmente. Ya no parecía relajado, pues estaba completamente en tensión. Sus ojos estaban alertas, y su mandíbula fuertemente apretada. Agarraba con fuerza el volante, hasta el punto de conseguir que sus nudillos se pusieran blancos. Pese a ello, conducía con muchísima suavidad, con contención y calma, esa que no parecía tener en el fondo.

Por norma general no era un hombre dado a regalar las palabras, pero aquel impenetrable silencio en el que se había sumido comenzaba a ponerla nerviosa.

Quiso poner música, pero un *no* que no aceptaba réplica alguna la obligó a encogerse en el asiento y a mirarse las manos cual niña obediente y sumisa, temerosa de hacer el más mínimo movimiento que pudiera alterar el ya de por sí irritado estado de ánimo de Robert. Lanzó un suspiro y miró por la ventanilla, pero al ver que el hombre se había equivocado de camino se vio obligada a romper el silencio para hacérselo saber.

—Robert, creo que te has equivocado. Por aquí no vamos a casa.

—¿Ya quieres volver? —preguntó, aunque algo forzado.

—Pues... sí. O no... o....

—¿Sí o no? —exigió él.

—Me da igual —contestó enojada cuando detectó algo más enfado en él. Había ira. Pura y dura—. ¿Tú qué prefieres?

Por primera vez él la miró de reojo, pero volvió rápidamente la vista al frente. Y a los retrovisores. Siguió conduciendo a velocidad adecuada durante un par de minutos más, siempre en silencio y con aquella actitud distante, hasta que, sin previo aviso, y con la misma suavidad de siempre, maniobró para aparcar, cosa que hizo con una rapidez y soltura extraordinarias.

Julia iba a decir algo, no sabía qué, pero entonces el hombre giró su cuerpo hacia ella y pasó el brazo por su reposacabezas.

—¿De verdad quieres saber qué prefiero? —preguntó en un susurro ronco.

Julia negó rápidamente con la cabeza, pero no fue por la sutil indirecta que él le lanzó, sino más bien porque, pese a que a ojos vista él parecía estar flirteando con ella, Julia sabía que no era así. No tenía ninguna prueba para pensar eso, cierto, pues los ojos de él estaban fijos en sus labios y su cuerpo se cernía sobre ella. Esbozaba una sonrisa de pirata, sensual y salvaje al mismo tiempo.

Pero... No, no estaba flirteando con ella. Todo él, todos sus sentidos, estaban concentrados en algo totalmente ajeno a ella. Tenía la cabeza ligeramente ladeada, como si estuviera escuchando algo que no captaban los oídos de Julia, y su mirada parecía estar a millones de kilómetros de allí, pese a tenerla fija ahora en sus ojos.

—¿Sabes qué me gustaría, Julia?

Efectivamente, no estaba coqueteando con ella. Cuando lo hacía, la llamaba July, y no Julia.

—¿Qué te gustaría, Robert?

—Que me enseñases el pueblo. ¿Serás mi guía turístico?

—Poco hay que ver —contestó con un encogimiento de hombros—, aunque podríamos subir hasta el castillo de Puñoenrostro.

—Perfecto—dijo Robert después de una eternidad. Por fin se apartó de ella y volvió a poner el coche en marcha—. ¿Se puede visitar por dentro?

—No. Es una propiedad privada, por lo que solo podemos verlo de lejos. Pero te aseguro que contemplarlo a esta hora, justo cuando desaparecen las últimas horas del día, es toda una maravilla.

Ya se habían incorporado a la calzada, y Robert, tras mirar de nuevo por el retrovisor, la miró de reojo. El rostro se le había iluminado, y sus ojos, esos dos pozos negros que te invitaban a sumergirte en ellos, brillaban de emoción.

Pese a las indicaciones de Julia, Robert se perdió varias veces, tantas, que se preguntó si realmente estaba escuchándola.

—A la derecha, Robert, no a la izquierda —amonestó, ya cansada de que él se equivocara tan a menudo.

Bufó de disgusto cuando Robert giró hacia la izquierda.

—Por Dios que tienes un pésimo sentido de la orientación. Casi me recuerdas a Susana, que el día que fue al examen práctico para sacarse el carnet de conducir tuvo que apuntarse en las manos cuál era su izquierda, y cuál su derecha.

Por fin Robert perdió parte de su hostilidad y soltó una risotada.

—¿En serio?

—Te lo juro —dijo con una sonrisa, aliviada de que el hombre por fin mostrara algo de humanidad—. Se perdería hasta en su propia casa. Eso no quiere decir que sea tonta —añadió rauda cuando el hombre la miró significativamente—. Es muy inteligente, y sin duda mucho más astuta y sagaz que yo. ¡Y tan hermosa! ¿Verdad que es guapa?

Robert tomó una rotonda para hacer un cambio de sentido. Julia se percató de ello, pero estaba demasiado interesada en conocer su opinión como para advertirle de su error.

—Es muy guapa —confirmó el hombre, despertando a la serpiente de los celos.

—Me encanta su corte de pelo, que por cierto me enteré que se llamaba Garçon—dijo en cambio, para que él no advirtiera lo mal que le había caído su respuesta—. Tan moderna, tan... sexy. He pensado en cortármelo así.

—Olvídalo —ordenó él tajante.

—¿Por qué habría de olvidarlo? —protestó ella.

—Porque a ti te quedaría fatal ese corte de pelo tan corto.

Julia se cruzó de brazos y le miró sin pestañear.

—Claaaro. Como yo no soy tan guapa como ella...

Robert soltó una risilla maliciosa.

—No, no eres tan guapa como ella. —«*Lo eres más*», pensó, pero no lo dijo—. Y tienes el rostro demasiado redondo.

Julia frunció los labios. Robert, al verla, se compadeció de ella.

—Vamos, no pongas morritos. Sabes que digo la verdad. Además, tienes una melena preciosa.

Tan poco estaba acostumbrada Julia a los cumplidos, que lo acogió con alegría.

—¿En serio piensas eso? —Robert asintió, pero Julia suspiró con pesar—. Pues yo creo que debería cortármelo, al menos un palmo. Ya no se lleva tan largo.

—A mí me gusta —dijo él, de forma tan brusca, tan autoritaria, que no necesitó añadir: «*Y no hay más que hablar*».

Creuyendo que el hombre volvía a estar disgustado, aunque vete tú a saber por qué, Julia se arrellanó en su asiento y miró al frente. Se sorprendió cuando advirtió que iban directos al castillo, pese a que no le había dado ninguna indicación en los últimos minutos. Se alejaron de Seseña, hasta que ante ellos apareció la imagen de la torre de homenaje del citado castillo. Casi

al mismo tiempo, y sin decir ni una palabra, ambos se apearon del coche para contemplar el castillo. Realmente era imponente, y, tal y como prometió Julia, una maravilla contemplar cómo las luces rojizas del atardecer lamían toda la fachada oeste del castillo.

Permanecieron en un cómodo silencio, uno al lado del otro, hasta que Robert la sintió temblar y se quitó la cazadora para ofrecérsela. Pese a las protestas de Julia, Robert se la puso sobre los hombros y después se giró para seguir disfrutando del espectáculo.

—¿Por qué Historia?—preguntó el hombre de pronto sin mirarla.

Julia alzó las cejas cuando él soltó aquello.

—¿Cómo?

—Dijiste que eras profesora de Historia. ¿Por qué elegiste esa materia para enseñar?

Julia sonrió con tristeza.

—Por esto —dijo señalando con la barbilla el Castillo—. Cuando era pequeña mi madre solía traerme aquí, y me contaba muchísimas historias, algunas reales, otras meras leyendas. En cualquier caso, me contagió su pasión por la historia, así que decidí hacer la carrera. La docencia me viene por parte de mi abuela, que me animó a que opositara para el puesto de profesora de Secundaria.

Robert la miró por primera vez, y como en esta ocasión todos sus sentidos parecían estar puestos en ella, se animó a hablar. Al principio lo hizo tímidamente, pues temía aburrir al hombre, pero puesto que él no apartaba los ojos de ella ni parecía estar cansado de su cháchara, continuó y continuó hasta que, prácticamente, le contó hasta el más mínimo detalle de su recorrido primero como estudiante, y luego como profesora.

Ya puestos, y como él ni interrumpía ni parecía desear que dejara de hablar, sino que la miraba con fijeza y la escuchaba con suma atención, continuó y le contó varias anécdotas de juventud, cuando se escaparon para ver si podían colarse en el castillo, cuando jugaban junto a los restos de los nidos de las ametralladoras de la Guerra Civil, las fiestas y costumbres del pueblo...

Y de Paul. Sin querer, le contó prácticamente todo.

Le contó cómo se enamoró de él, o al menos cómo creyó hacerlo. No sin cierta vergüenza, pero con la intención de ser totalmente sincera, le contó cómo había caído en sus redes, en su engaño. Cómo ella, no más que una cría que poco o nada sabía de la vida, había sucumbido a un estafador y, lo peor, a

un maltratador.

Le tembló el labio, al tiempo que trataba de contener las lágrimas, cuando le contó lo que se le pasó por la cabeza cuando la primera bofetada cayó sobre ella; una mezcla de incredulidad, terror y furia. Una horrible sensación de ser víctima de un destino demasiado macabro, de ser la espectadora de un juego cruel en el que ella ni pinchaba, ni cortaba, pero en el que, al mismo tiempo, era la protagonista.

Habló tanto, que cuando se quiso dar cuenta ya había oscurecido del todo.

Y como era una persona que se empeñaba en restarle importancia a las tragedias propias, no se le ocurrió otra cosa para acabar con aquella letanía de lamentos incoherentes que decir un simple:

—¡Ostras, qué tarde es!

Luego se volvió hacia Robert, que no había cambiado su postura relajada. Apoyado en el coche, con los brazos y tobillos cruzados, e iluminado apenas por la luz de la luna, le pareció irreal, una criatura soberbia, un dios de la antigüedad, salvaje, primitivo, cruel y despiadado, venerado y amado. Temido y respetado...

No. Era un apuesto demonio que la invitaba a pecar con sus ojos azules, su pelo revuelto por el viento y aquella sonrisa de medio lado que la volvía loca. Solo una criatura sobrenatural podría soportar aquel frío que se calaba, inexpugnable, en los huesos.

—Toma —dijo quitándose apresuradamente la cazadora de Robert y tendiéndosela—. Debes estar congelado.

Él continuó mirándola durante unos segundos, pero luego se puso la cazadora y abrió la puerta del copiloto.

—¿Nos vamos? —animó.

Julia asintió y se introdujo en el coche. Mientras se ponía el cinturón, él ocupó su asiento y se pusieron en camino.

Durante el trayecto ninguno articuló palabra. Ambos parecían estar sumidos en sus pensamientos, sin saber que los de cada uno tenían que ver con el ocupante de al lado.

Ya frente a casa de Julia, y nerviosa y alarmada por un silencio que, al contrario del que habían disfrutado mientras contemplaban el castillo, era cada vez más incómodo, preguntó con timidez:

—¿Te apetece un café?

Robert se limitó a mirarla, pero en sus ojos había tanta intensidad, tanto

anhelo y tanta esperanza, que Julia se sintió sobrecogida. Pero fue apenas un segundo, porque después cayó sobre sus ojos un velo de desesperación y rabia al principio, tristeza y resignación después.

Finalmente negó con la cabeza y se despidió con cortesía y algo de frialdad.

Julia le vio marcharse, con su paso altivo, orgulloso y soberbio, pero había algo distinto en esta ocasión.

Sus hombros —sus anchísimos hombros— estaban abatidos, como si sobre ellos llevara el peso del mundo, y caminaba casi arrastrando los pies.

No se volvió a mirarla. Finalmente, se perdió en el interior de su apartamento y cerró la puerta con suavidad.

A Julia aquel sonido le desgarró el corazón. Era inútil que se sintiera así, que se ahogara por esa dolorosa opresión en el pecho y que deseara meterse en la cama a llorar. Porque sabía que, de una forma u otra, Robert le acaba de cerrar todas las puertas. Literal, y metafóricamente hablando.

Se llamó estúpida por haber creído que entre ellos había comenzado a surgir algo, cuando era evidente que, al menos por parte de él, no era así. Y descubrir que aquella fantasía quedaba muy lejos de la realidad, la hizo sentirse muy desdichada, muy ingenua y muy... sola.

Se levantó del sillón donde se había dejado caer con pesadumbre y caminó decidida hasta el cuarto de baño, dispuesta a echarse una charla sobre lo absurdo que era abrir su corazón a un hombre al que ni siquiera conocía, soñar con sus besos y sus caricias y por haber confundido una mera atracción con algo más profundo y sincero.

Cuando se colocó frente al espejo y se miró a los ojos, retrocedió dos pasos, asustada, por lo que descubrió en ellos. Y aunque nunca había visto con anterioridad esa expresión en su rostro, ese rictus en su boca ni ese brillo en sus ojos, supo, con absoluta certeza, a qué eran debidos.

—¡Tonta, más que tonta! —se regañó.

Su abuela tenía razón: solo ella era capaz de cometer dos veces el mismo error.

Porque se estaba enamorando del *inglés*.

Robert se movía por el salón, caminando sin orden ni concierto de un lado a otro, cual fiera enjaulada. En un gesto de desesperación se mesó el cabello hasta despeinárselo y miró la puerta principal con rabia.

Casi sin pensárselo avanzó hacia ella con resolución, pero tan pronto agarró el picaporte, lo soltó. No, no podía, ni debía, pensar siquiera en ello. De nada le servía saber que su felicidad estaba a tan solo tres metros. Aquello no era sensato.

Como estaba tan enfurecido, se dijo que en ese estado no podía pensar con la claridad y la objetividad que tanto le caracterizaban, así que se arrancó el polo y se puso a hacer flexiones en medio del salón.

No se molestó en contarlas. No se detendría hasta que le ardieran los músculos del brazo, hasta que no tuviera aliento, hasta que no le quedaran fuerzas para hacerlo.

La rabia, la impotencia y la ira son cosas curiosas. Aportan una energía extraordinaria, a veces incluso sobrenatural, y si les añadimos una creciente frustración sexual, el subidón de adrenalina estaba garantizado, pues una media hora después todavía seguía flexionando a una velocidad de vértigo y sin dar la menor señal de fatiga.

Efectivamente, el ejercicio consiguió aplacar parte de su malestar, pero no del todo. Exhausto y con los brazos doloridos, buscó un vaso y se sirvió una generosa cantidad de whisky. Finalmente, se dejó caer en el sofá para enfrentarse a todos aquellos sentimientos tan contradictorios que le habían embargado durante el día.

Para ser sincero, la visita a doña Amalia y el posterior paseo con Julia no habían sido en balde, pues había descubierto muchísimas cosas.

La primera, que Julia nada tener que con el mundo en el que él se había movido. No veía de qué forma podía ella pertenecer a un grupo del crimen organizado si no había salido del pueblo en su vida. Si a ello incluimos un carácter dulce, una inocencia que rozaba la bondad absoluta y un total desconocimiento de las verdaderas maldades de la condición humana, la presunción de inocencia estaba garantizada.

Robert había sido uno de los mejores fisonomistas del grupo, hasta el punto de detectar cualquier gesto, por mínimo o rápido que fuese, que delatase si una persona decía o no la verdad. Y, en el mundo de fantasía de Julia, no había lugar para la mentira. Era, a su entender, la sinceridad personificada.

Eso debería haberle alegrado, o al menos haber hecho que suspirara de

alivio, pero... No.

Muy lejos de eso. Porque cuando ella habló sin parar y sin que él prestara la menor atención a sus palabras, le llegó la segunda revelación: que ella le gustaba de verdad. Mucho. Muchísimo. Tanto como para comprender que debía alejarse de ella.

En parte, por sí mismo. Discurrió que, puesto que había determinado que era inocente, poco o nada tenía ya que ver ni hacer con ella. No debía involucrarse con Julia más de lo que ya lo había hecho, así que, a partir de ese momento, solo sería la vecinita de al lado, obviando por supuesto lo de sexy.

Como no se creyó ni una sola palabra de su teoría, y siempre a regañadientes, tuvo que confesarse que no era ese el motivo por el que debía dejar de tratarla. No podía obviar la atracción ni los sentimientos que ella despertaba en él, que eran muchos y muy intensos, pero totalmente desconocidos. Y, aunque sabía que en el fondo era un cobarde de mierda, no se atrevía a profundizar más sobre aquello que siempre había despreciado y que te volvía no solo débil y vulnerable, sino ciego, sordo, mudo y tonto.

Pero, aunque quisiera hacerlo, aunque deseara de todo corazón hacerles frente y abandonarse a ellos, sabía que no sería justo, al menos, para Julia.

Si él fuera realmente un hombre de la calle, cualquier buen ciudadano de a pie, no se lo pensaría dos veces y sucumbiría al hechizo de aquella gitánilla, pero debía pensar, y ahora entendía perfectamente las recomendaciones de la abuela, que de lo que realmente se trataba, lo único que importaba, era la felicidad de Julia. Y él no podía hacerla feliz por varios motivos. El principal era que no tenía ni idea de cómo hacerlo. El segundo, porque no podía darle aquello que ella ansiaba. Ciertamente podía colmarla de bienes materiales, sí, pero algo le decía que ella no era pretenciosa en ese sentido. La ambición de Julia se limitaba a llevar una vida tranquila y sin sobresaltos y a encontrar un buen hombre con el que formar una familia. Y él, de bueno, tenía poco. No, Robert Smith no era el héroe del cuento. Era el villano.

Se estaba reformando, cierto, pero siempre llevaría sobre su conciencia la carga de demasiadas muertes. Jamás podría lavar sus manos manchadas, y se le antojaba un sacrilegio tocar algo tan puro y tan inocente con esas manos que incluso a él, un bastardo sin corazón, le parecieron repugnantes mientras se las miraba.

Podría obviar los motivos número uno y dos, pues después de todo seguía siendo tan egoísta y tan capullo como lo fuera en su anterior no-vida,

pero existía un tercer motivo que zanjaba la cuestión de forma inapelable.

Por muy cabrón que fuese, si algo le caracterizaba era un marcado sentido de la justicia y unos principios basados en un estricto código de honor. Y dentro de dicho código había una norma que él seguía a rajatabla: garantizar la seguridad y la integridad física y mental de los civiles, más aún cuando uno de los citados civiles era una mujercita que se estaba convirtiendo en un importante pilar para Robert.

Porque moriría antes que exponerla a cualquier tipo de peligro, y estaba claro que a su lado correría muchos.

Esa misma tarde tuvo la prueba al alcance de sus ojos.

Con un gesto de rabia y de impotencia, estrelló el vaso contra la pared y soltó una maldición.

No supo la cantidad de veces que se llamó estúpido por haber creído que tras la muerte de Callaghan podría descansar tranquilo. No, los capullos del 3-14 no descansarían hasta encontrarle, pues pensaban que él tenía en su poder el chip de la discordia, nada más lejos de la realidad.

Desechó aquella idea tan pronto llegó. No, no podían ser esos cabrones. Su instinto así se lo decía, y este nunca le fallaba. Jamás.

Porque cuando vio a aquel Mercedes siguiéndole, sintió más rabia que alarma.

¿Cómo rayos no se le ocurrió, a él, receloso y desconfiado por naturaleza, cambiar la matrícula del Audi? Claro, que no había tenido motivos para ello, pues solo un puñado de personas de su mundo pasado conocían su coche. Un puñado por las que hubiera dado la vida si fuera preciso.

Pero estaba claro que una —si no más— de esas personas, no era de la misma opinión. ¿Cuál de ellos había sido el que le había estado siguiendo los pasos? ¿Uno de sus antiguos compañeros? ¿O alguien que, involuntariamente, estaba metido en aquel mundillo? ¿Quién era el que le había estado persiguiendo aquella tarde? Y, lo más importante, ¿por qué?

Lo ignoraba, aunque tenía una ligera sospecha.

Meneó la cabeza con disgusto cuando, después de muchas conjeturas, descubrió quién era la persona que tenía más motivos para encontrarle. Era muy fácil meterse en los registros de Tráfico hasta dar con la matrícula deseada. Estaba seguro de que así había sido como le habían localizado. Y aunque ahora sabía que su vida no estaba del todo en peligro, que los motivos que habían llevado a esa persona a Seseña nada tenían que ver con acabar con

su vida—al menos aparentemente—, supo que debía aumentar las precauciones.

Y, sobre todo, y, ante todo, mantener las distancias con Julia por el bien de ambos.

Abatido, miró a la pared que daba al apartamento de Julia. Con paso cansado, se dirigió allí y apoyó la frente en ella. En su semblante había dolor, y una sensación de pérdida como no había conocido hasta ahora le ahogaba y hacía que se le encogiera el corazón.

Cerró los ojos y se imaginó que salía de su apartamento y que salvaba la distancia que separaban ambos apartamentos. Entonces llamaba a la puerta, y ella, radiante y feliz, le recibía con los brazos abiertos.

Se aferró a aquella imagen, sabiendo que, a partir de ahora, esa era la única forma en la que se le estaba permitido salvar esos tres metros.

12

Si Julia había tenido algún tipo de duda acerca de las intenciones de Robert, estas desaparecieron tan rápido como habían llegado ante la distante actitud del hombre. Aunque el muro que Robert se encargó de levantar entre ellos la llenó de alivio en cierto sentido, no pudo evitar sentirse desolada, pero se obligó a recordarse que ya había pasado antes por un desengaño y que saldría adelante sin problemas.

Lo que sí se reprochó fue que había sido muy ingenuo por su parte pensar que él sentía algo por ella, cuando era evidente —y a las pruebas se remitía— que no era así.

No supo qué podía haber dicho o hecho durante la visita al castillo de Puñoenrostro, pues fue la misma la que marcó un antes y un después en una relación que se enfriaba por momentos. Antes de eso, el hombre había mostrado algo más de humanidad; desconcertante a veces, maleducado casi siempre y picarón otras, Robert había mostrado cierto interés hacia ella, por el motivo que fuese, pero este ahora parecía brillar por su ausencia.

Aunque al principio lo lamentó profundamente, con el tiempo tuvo que reconocer que era mejor así, pues más adelante, si seguían tratándose de la forma que venían haciéndolo, sería demasiado tarde para ella, pues sabía que estaba a un solo paso de enamorarse —sin remedio— de ese bruto sin modales.

Pues nada; muerto el perro, a otra cosa, mariposa, o como fuera el dicho.

Robert ahora la trataba con relativa cortesía—si podía llamar así a los gruñidos que el hombre emitía a modo de saludo— cada vez que se cruzaban en el pasillo, pero evadía cualquier situación que pudiera derivar en conversación. Julia lo intentó en un par de ocasiones, pero como el hombre ni la miraba ni parecía escucharla, se aferró a lo poco que le quedaba de orgullo y no insistió, aunque realmente era doloroso ver cómo hablaba con todos los miembros de la panda, sobre todo con Susana.

Aunque preguntó a su amiga, esta le indicó —muy ofendida, eso sí— que solo eran amigos, que él tenía el mismo interés en acostarse con ella que ella en hacerlo con él: ninguno. En condiciones normales Julia la habría creído a pies juntillas, pero la serpiente de los celos era recelosa y descreída por

naturaleza y se empeñaba en atormentarla con sucias imágenes de esos patanes revolcándose.

Un día, Julia estuvo a un paso de preguntarle el porqué de ese cambio de actitud, pues era evidente que la evitaba a propósito, cualquiera que este fuese, pero algo le dijo que, salvo ponerse en evidencia, no conseguiría nada.

Con semejante panorama, esperaba de un momento a otro que el hombre rechazara la invitación de pasar la Nochebuena con ellas, pero ya era el día de autos y todavía no lo había hecho. A ver, Julia tenía cierto orgullo, cierto, pero no era masoca. Y no le apetecía nada pasarse el día entero con la duda, así que decidió agarrar al toro por los cuernos y se plantó en casa de Robert.

Por el semblante que tenía cuando abrió la puerta, Julia averiguó dos cosas: una, que el hombre sabía que era ella antes de abrir. Dos, que no le gustaba nada la visita.

—¿Qué quieres?

En condiciones normales, Julia no se habría ofendido por un saludo que ya lo consideraba habitual, pero ese día, precisamente por la indiferencia que le había profesado últimamente, tan bruscas y poco hospitalarias palabras fueron como si le clavara puñales, ahí, directos en el corazón, con saña, premeditación y alevosía. ¡*Ras, ras!*

—Buenos días, Robert —comenzó diciendo, haciendo gala de la educación que él parecía desconocer—. Vengo a recordarte que esta noche es Nochebuena.

—¿Y?

—No sé si recordarás que mi abuela te invitó y...

—No fue una invitación. Una orden, sí. Y una encerrona, también. Pero no invitación.

Julia frunció los labios y se obligó a responder a la mirada airada del hombre.

—Está visto que no irás. Bien, buenos días, Robert.

—¡Quieta ahí! —gritó él cuando ella le dio la espalda para marcharse de allí antes de que la machacara del todo.

Julia, haciendo acopio de paciencia, respiró profundamente antes de girarse de nuevo a él.

—¿Querías algo, Robert?

—Sí —dijo clavando sus ojos azules en los suyos—, que dejes de hacer eso.

—¿Qué he hecho yo? —preguntó, totalmente exasperada.

—En primer lugar, poner en mi boca palabras que yo no he dicho. Iré a la cena, tal y como prometí a tu abuela.

Julia realmente se sorprendió, pero trató de no dar muestras de ello.

Intento fallido: sus ojos eran como un libro abierto.

—Bien. Perfecto. Saldremos a las ocho—informó con toda la indiferencia y la frialdad de la que había sido víctima durante la última semana.

—Y ahora, ¿por qué está enfadada la gitanilla? —preguntó él con esa sonrisa de pirata—. ¿Tanto le desagrada la idea de tenerme como comensal?

—En absoluto —contestó sin mirarle y alzando la barbilla con soberbia, pese a que su corazón latió desbocado de alegría cuando él la llamó así.

—Mientes.

No, Julia no era masoca. De modo que ¿para qué entrar en ese extraño y doloroso juego en el que Robert se saltaba todas las reglas a la torera y, además, siempre salía victorioso? Anda y que le dieran morcillas. Si quería ir, sería bien recibido. Si no, aquí paz y mañana gloria.

—¿Vas a venir, o no?

Robert acomodó el hombro en el vano de la puerta y la miró pensativo.

—¿Por qué estás enfadada, July?

¿Qué hacer en semejante situación? ¿Ponerse a gritar como una histérica mientras se arrancaba los pelos? ¿Pegarle una patada en los cataplines? ¿O mejor emular su actitud indiferente y desdeñosa?

Respuesta correcta: C.

—No sé qué te hace pensar que estoy enfadada. De haberlo estado, no habría venido a recordarte la invitación de mi abuela.

—La orden —rectificó él.

—Lo que sea —escupió, cada vez más roja de rabia y haciendo aspavientos—. ¿Vendrás, o no?

—Pues mira, ahora depende.

¡Agggg! ¡Qué hombre tan desagradable!

—Cuando lo decidas, házmelo saber. Ya sabes dónde vivo —dijo a la vez que echaba a andar.

Una mano grande y cálida se apoderó de su brazo y la detuvo. Un segundo después, tenía al hombre pegado a su espalda.

—Iré con la condición de que me digas por qué estás enfadada.

Aunque Julia trató de desembarazarse de unos brazos que ahora se

cerraban en torno a su cintura, no tuvo éxito alguno. No supo qué la contrarió más; que la olisqueara, la erección que sintió en su trasero, o que esas dos cosas la excitaran tanto.

Robert comenzó a jugar con su melena, hasta que se la apartó y enterró el rostro en la curva de su cuello. Julia resopló, indignada y cada vez más enfada—por excitarse—, pero agradeció que en esa postura él no pudiera verle el rostro, así que soltó:

—Estoy enfadada porque eres un cretino. Llevas una semana ignorándome y esquivándome, sin saber qué he podido hacer mal para que muestres esa actitud conmigo. Estoy enfadada por haber sido una estúpida al creer que te sentías atraído por mí. Estoy enfadada porque me repatean las tripas cada vez que cuchicheas con Susana. Y estoy enfadada porque... porque... ¡Porque eres un gilipollas! ¡Ea!

¡Diosss, qué a gusto se quedó! Al menos, al principio, porque luego cayó en la cuenta de que había desvelado más de lo que debería haberlo hecho. Pero a lo hecho, pecho. Qué le iba a hacer... Siempre había sido una bocazas.

El hombre no dijo ni una palabra, ni tampoco hizo amago de soltarla. Permanecieron así durante lo que a Julia le pareció una eternidad, tantísimo tiempo, que temió que algún vecino —eran pocos, sí, pero cotillas como ellos solos—, los pillara en esa postura tan comprometida. Porque, aunque no estaban frente a frente, aquello era un abrazo en ciernes.

—¿Robert? —se vio obligada a llamar la atención al hombre.

—¿Hmmm?

—¿No crees que será mejor que me sueltes?

— No —contestó, el sonido de su voz amortiguado por su cabello y mientras su pelvis buscaba su trasero, en un balanceo tan lento, tan sensual, que hacía que ella, a su vez, acudiera a sus envites—. ¿Por qué habría de hacerlo?

—No es... correcto —atinó a decir.

El hombre suspiró junto a su cuello, lo que provocó que le erizase el vello de esa delicada zona.

Julia iba a intentar desembarazarse de nuevo cuando le escuchó decir, en un tono tan suave, tan desesperado a la vez, que hizo que el corazón se le detuviese:

—Solo un minuto más. Solo una eternidad...

Y por fin cerró los ojos y se dejó llevar. ¿Dónde? Daba igual. Tan solo acompañó su respiración a la del hombre. Tan solo se dejó hacer. Tan solo

fue capaz de sentir.

Una mano acarició su cadera, provocando que ella contuviera la respiración. Una mano que no se detuvo y subió con determinación hasta llegar a su pecho para apresarla con delicadeza al principio, con ímpetu después, y todo ello acompañado de un gruñido que proclamaba: «te voy a comer entera».

Julia se acordó de respirar, pero al hacerlo intercaló dos expiraciones entrecortadas con un gemido y un jadeo cuando la otra mano descendió por su barriga hasta llegar a su... sexo. Hasta que no se vio a sí misma buscando la mano del hombre, hasta que no fue presa de un placer inimaginable, hasta que no alzó los brazos para abrazarse al hombre, no fue consciente de lo que él estaba haciéndole; estaba masturbándola allí, en medio del pasillo, sin ningún tipo de vergüenza. Porque, la estaba masturbando, ¿verdad?

«¡Verdad!», gritaron sus hormonas, más contestas que unas Pascuas cuando él, mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja, y mientras le pellizcaba un pezón, ora con ternura, ora con picardía, ora con saña, movía la mano por su sexo, provocando que se le clavara la costura del vaquero justo *ahí*.

Julia agrandó los ojos cuando, de pronto, él trató de desabrocharle el botón del pantalón.

«Suéltale una guantada», le exigió su orgullo, totalmente indignado. Ella hubiera querido ignorarle, pero el sonido del ascensor hizo que se pusiera rígida.

—Alguien viene —avisó en un susurro.

La soltó tan sumamente rápido, que se tambaleó y tuvo que extender las manos para no caer. Y allí se quedó, con las manos apoyadas en la pared, la respiración agitada y, probablemente, con cara de loca pervertida y frustrada. Los vecinos del 1º D les saludaron, pero ella solo atinó a cabecear.

Algo más recuperada, pero sin atreverse a girarse al hombre, por todos los motivos del mundo —miedo, vergüenza, deseo reprimido, mala leche en aumento y un largo etcétera... —preguntó sobre su hombro:

—¿Vendrás o qué?

Por un segundo él no contestó, pero luego le escuchó suspirar.

—Ya dije que sí la primera vez —su tono de voz volvía a ser frío y distante, muy distinto de la ligera sensualidad y el afecto encubierto que había detectado segundos antes—. Pero nunca escuchas.

—A las ocho, entonces. Hasta luego.

—Hasta luego, Julia.

Para el gusto de Robert, todo estaba pasando demasiado deprisa. Cuando decidió dejar atrás su pasado se había prometido unas largas vacaciones, pero, en vez de eso, estaba hasta el cuello de trabajo.

La compra de los locales —uno solo le parecía demasiado pequeño para lo que tenía en mente montar—, se cerró la misma semana de Navidad, y ya contaba con los permisos del Ayuntamiento para comenzar la obra, gracias a la rápida y efectiva intervención de Rocío. La reforma se la encargó a Domingo, con el que había entablado una sincera relación de amistad. Como no sabía estar de brazos cruzados, y como era tan sumamente controlador, decidió supervisar la obra, pero al cabo reconoció que ni era necesario, ya que Domingo y su cuadrilla eran unos profesionales como la copa de un pino, ni sabía cómo hacerlo, por lo que se limitó a andar por aquí y por allá, molestando mucho al principio, sirviendo de ayuda extra cuando aprendió algo de la materia. Por norma general, era él quien se encargaba de ir a por el material preciso, siempre bajo el asesoramiento de Domingo, quien le dijo qué material comprar y dónde hacerlo.

Estaba tan sumamente liado, que a pesar de saber que podía hacerlo por sí mismo, decidió dejar en manos de Rocío todo el papeleo. Pablo no faltó a su promesa y le puso en contacto con mayoristas para la equipación del gimnasio, ganándose con ello la gratitud de Robert y una borrachera a su costa.

Pese a todo el jaleo, pese a estar saturado de trabajo, podía decir, a grandes rasgos, que tenía lo que había ido buscando: un lugar donde establecerse y algo en lo que ocupar su tiempo. La amistad con la panda había sido un grato añadido que no había previsto, pero una vez la obtuvo se sintió muy agradecido y complacido con ella.

Ah, pero tampoco había previsto sentir lo que sentía por Julia, y aquel era el único nubarrón que ensombrecía sus días. Porque que quería a Julia a su lado, era un hecho. No tenía claro si ese deseo era temporal, o permanente, aunque esperaba, sinceramente, que aquel aguacero de sentimientos amainara con el paso del tiempo. De momento, cada mañana tenía que repasar los motivos por los que no podía tenerla. Ahí empezaba la discusión de siempre

consigo mismo: que si *es lo mejor para ambos*, que si *para ambos no, porque yo estoy hecho una mierda*, que si *recuerda que no eres un buen hombre*, que si *eso ya lo sé, pero también me merezco un trocito de luz*, que si *tú no te mereces una mujer como ella....* Y ahí era donde se acababa la discusión, porque no tenía argumentos para rebatir esa postura.

Por desgracia, su pene tenía ideas propias, y se encargaba de hacérselas saber, con tanta exigencia a veces, que resultaba incluso doloroso. De nada servía que Robert le mostrara en alguna que otra ocasión la atención debida, pero su miniyo no quedaba complacido, como si supiera que aquello no eran más que minucias comparado con lo que le daría aquella que vivía al otro lado de la pared. Gracias a Dios que hasta el momento había ganado la sensatez a la lujuria, salvo en varias ocasiones y por las que todavía estaba pagando las consecuencias.

La primera sucedió justo antes de la cena de Nochebuena, cuando, en mitad del pasillo, le faltó poco para tomarla allí en medio.

La imaginación es muy descabellada, y como le sentó tan mal que el ascensor le trajera a una realidad que cada vez se le antojaba más cruel y más surrealista, decidió echarle todos los polvos imaginarios a Julia en el dichoso aparato, en todas las posturas habidas más otras tantas inventadas por él. Después de ese altercado tuvo serias dudas sobre asistir a la cena, pero lo cierto fue que la cena de Nochebuena, contra todo pronóstico, transcurrió sin nada que lo alterase. Teniendo en cuenta la tensión —sexual o no— existente entre él y Julia, y que era el único varón se lo pasó relativamente bien. La cena estuvo exquisita, tan cuantiosa como para que tuviera que desabrocharse el primer botón del pantalón de hilo que se había puesto para la ocasión. Luego jugaron al Póquer, para sorpresa de Robert, o al menos la abuela jugó, ya que les arruinó sin mostrar piedad alguna. Porque mira que le gustaba apostar fuerte a la anciana. Empezaron apostando con un euro, pero conforme se calentaba la partida, se vieron sobre el tapiz varios billetes de cincuenta euros.

Ya cuando se marcharon, Robert vio con buenos ojos que la anciana, a escondidas, le diera todas las ganancias a Susana, quién a pesar de rehusar al principio, no tuvo más remedio que coger el dinero ante la insistencia de la buena mujer. Una rápida mirada indicó a Robert que Julia también había visto aquel gesto y que estaba emocionada y agradecida.

Poco o casi nada vio el resto de la semana a Julia, pero aceptó la invitación de pasar la Nochevieja con la panda. Aquella fue menos tranquila

y familiar que la celebrada por Doña Amalia, y mucho más festiva y, tal y como vaticinó la anciana, ruidosa. Robert hacía mucho que no celebraba la Nochevieja, pero conocía la tradición de las uvas, que le pareció ridícula pero sumamente divertida, más aún al verles a todos con las mejillas hinchadas, los típicos *Una, dos, tres...*, el *callaros, que no se oye*, y las risas de algunos cuando se atragantaban.

A él le gustaba mucho más otra tradición, y era la del primer beso del año. Para ser sincero, antes de eso no había planeado llevarla a cabo, y horas después lo achacó al provocativo vestido de Julia, al brillo de sus ojazos inocentes y a sus labios tan gordezuelos. Tal fue así, que cuando acabaron las campanadas él la tomó en sus brazos y la besó en los labios. Era un beso que no llegó a profundizar, por mucho que lo deseó. Un beso que a él le supo a poco pero que, al mismo tiempo, fue suficiente para que temblara de necesidad. Un beso que se ganó el asombro de Julia, unos cuantos ¡ooooh! por parte de las chicas y unas risas de pura camaradería masculina por parte de los hombres.

Un beso estúpido, casi infantil, tan efímero como para no tenerlo en cuenta. Y sin embargo... De no haber sido porque había testigos delante, Robert la habría obligado a abrir la boca y después habría explorado su interior, lentamente, suavemente, recorriendo todos y cada uno de los rincones, recreándose en mordisquear sus labios y en dominar su lengua. Tierno, despacito, con cuidado. Al menos al principio, porque una vez hubiera realizado un primer reconocimiento, habría devorado a su presa. Enterita.

A desgana, pero sabiendo que era lo más juicioso, la soltó. No se atrevió a mirar sus ojos, porque de haber visto el más mínimo gesto de aceptación por su parte la habría tomado en brazos, la habría llevado a la habitación de al lado y habría averiguado si era verdad que llevaba un tanguita rojo pasión como era costumbre en esa noche, tanguita que él se encargaría de quitárselo con los dientes.

Excitado y cabreado a partes iguales, resolvió que para él la fiesta había terminado, pero como la panda vio aquello como algo puramente anecdótico, cambió radicalmente de idea para no añadir más hierro al asunto y así no delatar lo que aquel beso había sido en realidad: una declaración firme de aquellos sentimientos que se empeñaba no solo en ocultar, sino también en destruir, y un reclamo de aquella mujer como suya y de nadie más.

Brindar con naturalidad y fingir que no había pasado nada fue muy fácil.

Participar en la conversación, también. Bajar al Irlandés y aparentar que le traía sin cuidado que otros hombres la miraran le costó algo más. Tener que controlar sus instintos asesinos cada vez que la sacaban a bailar o cada vez que la tocaban, fue una ardua batalla que consiguió ganar a duras penas. Pero lo que no consiguió, por mucho que lo intentó, fue borrar el sabor de sus labios.

Y algo le dijo que nunca lo lograría, que aquella batalla podía darla totalmente por perdida.

13

¡Qué contradictorias son las casualidades! Llegan de improvisto, imperceptible o devastadoramente. Son inoportunas a veces, convenientes otras. Pueden ser motivo de alegría, casi tanto como de desdicha. En ocasiones son bendecidas; otras tantas, malditas. El resultado de toparse con ellas depende a menudo del punto de vista con el que se mire, si desde los ojos del que apunta, o desde los ojos del que está siendo apuntado.

Peter ese día, y después de mucho tiempo siendo víctima, por fin podía jugar a ser el verdugo, gracias a que la casualidad puso en su campo de tiro a la putita de Callaghan. Dicho acontecimiento no era inusual, pues se había cruzado con ella en varias ocasiones en la Organización.

Siempre había pensado de ella que era la madre de todas las meretrices, que su frialdad, su indiferencia y un total desprecio por la vida hacían de ella el ser más desalmado y letal con el que enfrentarte, pero aquella tarde, no supo por qué, en sus ojos azules había un pequeño resquicio de humanidad. Resquicio del que Peter esperaba sacar provecho.

Siempre había sabido que entre Callaghan y ella había algo, pero no tan serio ni tan profundo para que ella estuviera desempeñando en el bar en el que se la encontró el papel de viuda desconsolada, ni hasta el punto de verla con semejante tajada encima.

Fue fácil que hablara. Ni siquiera tuvo que presionarla para que lo hiciera; de eso se encargó la botella de Macallan que puso a su total disposición.

Peter no podía sino estar agradecido, pues su impaciencia le había impulsado en más de una ocasión a planear un encuentro con ella y así averiguar dónde estaba el chip que, curiosamente, había desaparecido con la muerte del *Escocés*, pero siempre había desechado la idea tan pronto llegó, entre otros motivos, y no se avergonzaba confesarlo, porque era un cobarde declarado. Verdad que era astuto, que no había nadie más inteligente que él en todo el grupo, pero siempre había carecido de la valentía y, por qué no decirlo, de la fuerza necesaria para impulsarle a salir de las sombras desde las que operaba y alzarse como amo y señor de todos aquellos a los que despreciaba precisamente por el miedo que le profesaban.

Qué leches... Él no quería liderazgo ni reconocimiento a su labor. No, Peter no quería subir peldaños en la Organización ni asumir el control de la

misma. Lo que quería, lo que siempre había ambicionado, era que se le presentase la oportunidad de hacerse con algo tan valioso como para convertirle en un hombre inmensamente rico y retirarse a una isla paradisíaca para disfrutar de sus muchos y costosos vicios sin censura alguna. Había estado realmente cerca de acariciar ese sueño, tanto como para hacer que se relamiera, pero no tanto como para que diera un paso en falso. Fue eso lo que le libró de que le pillaran, al contrario que los imbéciles que había usado para tal fin.

De no haber sido por aquel chip podría haberse quedado tranquilo una vez se cerró el caso 3-14, pues no había nada que le incriminara en su participación, pero el hecho de que el citado chip hubiera desaparecido no era más que una prueba de que no todo había acabado. Al menos, para él, y su tranquilidad disminuía a medida que su codicia aumentaba, pues a cada momento temía que aquel que lo había robado ya lo hubiera vendido.

Ese era su mayor quebradero de cabeza, pues nunca tendría forma de saberlo, ya que el chip solo se podría vender en el mercado negro.

Peter no tenía conciencia, por eso no le importaba lo más mínimo en qué manos cayera. Ya fuese usado con el fin que fuese, bueno, malo o peor, a él le traía sin cuidado. Solo quería sacar el mejor partido de él, y sabía que su contenido era lo suficientemente asombroso e innovador como para que le dieran una millonada.

Aunque en realidad aquella mujer no aportó nada referente a la localización del chip, sí que lo hizo con respecto al que Peter creía que era el responsable de su desaparición.

Aquello fue toda una sorpresa para él. Una engorrosa y nada conveniente sorpresa. Gracias a Dios que era un actor de primera, y no mostró en ningún momento gesto alguno que delatara lo mucho que aquello le había preocupado e irritado a partes iguales, al mismo tiempo que disimuló su total desconocimiento sobre lo que le estaba contando. No entendía por qué se le había ocultado esa información, y el hecho de que con respecto a ese asunto le hubieran mantenido en la más absoluta ignorancia solo quería decir una cosa: los peces gordos no se fiaban del todo de él. Sin embargo, el que ella hablara tan libremente, e imprudentemente según su criterio, era una prueba de que ella no estaba al tanto de las sospechas de los mandamases, lo que quería decir que las mismas no se habían transmitido a los subalternos.

Y él se aprovecharía de esa omisión tan conveniente para él.

Decidió dar por concluido su interrogatorio, entre otras cosas porque

descubrió que aquella putita nada más tenía que aportar a lo que ya había soltado. Durante un segundo pensó en matarla, pero en ese instante ella debió recobrar parte de su lucidez habitual, porque una mirada le bastó para comprender que había adivinado sus intenciones, así que antes de que fuera ella la que le liquidara, se marchó del bar.

Sabía que ella se arrepentiría de haber soltado la lengua, siempre que recordase algo de aquella conversación, y esperaba de todo corazón que no hablase a nadie de su pequeño encuentro. Pero en ese sentido, podía estar tranquilo, pues después de todo, y puesto que nadie la había prevenido contra él, ya que de lo contrario, por muy ebria que hubiera estado, jamás habría soltado la información que soltó, él era quién era y se podía confiar en él, al menos aparentemente.

Su puesto como Responsable de Operaciones, así lo garantizaba.

La fortuna debía estar de su parte, y la segunda casualidad que se encontró solo podía considerarse como una señal de que por fin la rueda del destino giraba a su favor y que, por lo tanto, era el momento de actuar.

Se le presentó una semana después, así, como el que no quiere la cosa. Fue en un prostíbulo de carretera, elegido porque estaba relativamente cerca del paradero del capullo que se llevó el chip. No era tan insensato como para darle caza de inmediato, pues al descubrir que los mandamases le habían ocultado información, sospechaba que estaba en el punto de mira de esos cabrones y, por lo tanto, que le estarían vigilando. Por eso decidió empezar a merodear por la zona, y nada mejor que hacerlo por los prostíbulos, pues de todos era conocida la afición de Peter por muchachas de vida alegre.

De ese modo, mataba varios pájaros de un tiro; despistar a sus seguidores —si es que los había—, y darse un par de alegrías al cuerpo, que falta le hacía ya.

Al principio, cuando entró en el prostíbulo, no pudo achacar a la casualidad que el único cliente que había a esa hora en la barra fuese inglés. Aquella coincidencia le puso inmediatamente en guardia, pero media hora más tarde, y después de llevar a cabo aquel dicho de que si no puedes con el enemigo alíate con él, averiguó que ese despojo humano poco o nada tenía que ver con la Organización.

Hora y media más tarde, Peter salía del prostíbulo frotándose las manos. Cierto que ese hijo de la miseria le había despojado de una buena cantidad de dinero, así como de la papelina de cocaína que llevaba encima, pero gracias a ello, aquel gallito terminó cantando una hermosa melodía que, si no a Dios, le

acercaba a aquello que él idolatraba: el dinero.

Peter despreciaba a ese tipo de personas. No dudaba, ni por un segundo, que la paliza que le habían propinado antes de ir a llorar sus penas al prostíbulo era más que merecida. Si él había escuchado sus lamentaciones había sido para averiguar cuán de implicado estaba con la Organización, pero después de cuatro copas, una puta y un par de rayas, averiguó que era totalmente ajeno. Lo hubiera dejado ahí, pues tenía de ese desecho lo que quería tener, que no era más que la tranquilidad absoluta, pero entonces dijo una palabra:

Nyaff.

Y ahí fue cuando le despeluchó. Verdad que él habría pagado muchísimo más dinero por la información obtenida, pero aquel cretino pareció conformarse con lo que le dio, y aunque Peter se fue con los bolsillos vacíos, sentía que se iba con las manos llenas.

¡Benditas sean las casualidades!

—¿Qué? ¿A que está quedando guapo?

Robert soltó una carcajada y palmeó el hombro de Domingo.

—Ya te digo. Un trabajo soberbio, Domingo. ¡Y tan rápido!

Las mejillas de Domingo se encendieron levemente ante el cumplido de Robert. Movi6 la mano en el aire para quitarle hierro al asunto y se encogió de hombros.

—Los chicos, que están como locos con la inauguración. ¿Sabes que tienes ya más de treinta posibles clientes?

Robert sonrió con afecto a aquel hombre del que se estaba haciendo un gran amigo.

—Y todo os lo debo a vosotros.

—Bah, por los amigos, lo que sea.

Estuvieron un buen rato hablando de la reforma. Ya estaba casi terminada, salvo por los baños, que lo habían dejado para lo último, pero las paredes ya estaban pintadas y el suelo enmoquetado. Tenía previsto recibir para después de Reyes los equipos de musculación, y ya se habían tomado medidas para montar los espejos en la zona de *chicas*, como había llamado Pablo a la estancia destinada a las clases de aerobico, Pilates, step y demás. En

ello estaba cuando recibieron las taquillas para los vestuarios. Ayudaron entre los dos a los transportistas y las depositaron en el lugar elegido para tal fin. Al verlas, perfectamente alineadas, se sintió sumamente orgulloso. Realmente había sido un acierto hacer caso a Julia y comprarlas en color azulón, frente al gris claro que él tenía pensado.

Y lo cierto era que no había sido en lo único en lo que esa criatura demoníaca había metido las narices; lo hizo con el color de las paredes, con la elección de los muebles de la entrada, con los posters que ya tenía comprados y guardados en el —¡oh, bendito sea ahora!— trastero... Con prácticamente todo, y siempre alegando que tenía un pésimo sentido de la decoración.

No fue la única metomentodo. Noelia, esa preciosidad pelirroja que tenía pinta de ser una mosquita muerta, se había puesto el uniforme de General y se había autoproclamado directora de marketing y publicidad, algo que hacía gratuitamente pero no por ello con menos eficiencia y tesón, como si en vez de un gimnasio de tres al cuarto estuviera en sus manos toda la campaña publicitaria de una importantísima Multinacional.

—¡Ehhh! —les gritó David cuando salieron del local, que al verles echó a correr hacia ellos. Cuando llegó a su altura, se detuvo en seco y dejó las cajas que portaba en el suelo—. Mira, Robert, cómo ha quedado la propaganda.

David cogió una papeleta de una de las cajas y se la tendió a Robert. Este alzó las cejas, sorprendido, porque estaban más que bien. Eran perfectas.

—¿Te gusta el logo que se ha currado mi pelirroja?

—Mucho —susurró maravillado—. Está genial, en serio. No sé cómo daros las gracias, a todos —dijo no sin cierta emoción en su voz al mirarles.

—Sí, sí. Cuando veas la factura de esto —advirtió David con una sonrisa malvada señalando las cajas—, se te van a quitar las ganas de dar las gracias.

—No importa. Pagaría cuatro veces más de lo que ha costado.

—En ese caso... —añadió entre risas David, a la vez que sacaba la factura y un bolígrafo de su bolsillo trasero.

—Serás payaso —se rio Domingo, intentando quitarle el papel cuando su amigo se disponía a modificar la cifra.

Robert estuvo un buen rato riéndose a costa de esos dos, sobre todo cuando comenzaron a forcejear por la factura. Temiendo que terminaran rompiéndola, decidió quitársela, pero terminó envuelto en aquel juego de críos.

—Dámela, cabrón —gruñó entre risas David cuando Robert le hizo una llave, pero de pronto se puso rígido y su semblante cambió del rojo al púrpura en un segundo—. Pero... pero... ¡será hijoputa!

Domingo, al ver el cambio de su amigo, se volvió hacia donde este miraba.

—¡Me cagüen la madre que lo parió!

Robert les miró extrañado.

—¿Qué sucede? —exigió saber soltando a David.

David no contestó, sino que tras apretar los puños y los dientes con una furia impropia de él, echó a andar. Domingo le detuvo, y tras mirar algo sobre la cabeza de Robert con profundo odio, habló a su amigo:

—No, David. Es algo que tiene que resolver Julia.

Ante la mención de ese nombre Robert giró rápidamente la cabeza. La vio venir cargada con un par de bolsas, con esa sonrisilla que tanto le cautivaba, y sus labios se movían, como si estuviera cantando. Iba mirando al suelo, pero al alzar la cabeza se detuvo bruscamente y se puso pálida. Le pareció distinguir cierta sorpresa al principio, pero luego su expresión se transformó en algo que no gustó a Robert: pánico. En estado puro.

Julia miró rápidamente a los lados, buscando quizá refugio, quizá refuerzos. Cuando sus ojos se encontraron con los de Robert, este vio algo parecido al alivio, mezclado con una sutil pero perceptible vergüenza.

Extrañado, y cada vez más intrigado por saber qué era lo que había puesto en ese estado a todos, Robert miró a su espalda. Solo vio a un desconocido, al menos para él, porque Julia y el resto parecían conocerle. Y a Robert, pese a verle por primera vez, no le quedó ninguna duda de quién se trataba.

Tal y como advirtió Domingo, decidió no hacer nada al respecto, pues solo Julia, y nadie más, era la que debía hacer frente a aquella inesperada e ingrata visita. Sin embargo, todo su cuerpo estaba en guardia, dispuesto a saltar sobre el individuo a la mínima de cambio.

Y la mínima de cambio llegó cuando se atrevió a tocarla.

Julia estaba completamente segura de que si alguien la pinchase en ese

momento, no sangraría la más mínima gota.

Tal fue el impacto de ver a Paul, tan estupefacta se quedó, que apenas pudo reaccionar. Miró a su alrededor, buscando una salida, pero suspiró aliviada al ver a sus amigos allí. Su alivio habría sido mayor de no haber estado también Robert con ellos, porque el miedo fue sustituido por la vergüenza, ya que sabía que el *desgraciado* le iba a montar un numerito.

Perdido el pánico inicial, y repuesta de la sorpresa, esperó pacientemente a que el hombre se acercara a ella. Sabía que tendría que hacerle frente, por dos importantes motivos: el principal, porque aunque hubiera querido huir, había perdido toda capacidad de movimiento. El segundo, pero no por ello menos importante, porque no debía mostrar ante ese engendro el más mínimo gesto de miedo o debilidad, pues sabía que ambos serían usados en su contra.

Con parsimonia, casi pavoneándose por haberla puesto en ese estado, Paul comenzó a caminar hacia ella, hasta que estuvieron frente a frente. La sonrisa de suficiencia que le regaló hizo que deseara borrarla a arañazos, pero en vez de eso alzó la barbilla y le miró desafiante.

—Julia —saludó con una sonrisa que pretendía ser tierna.

—Paul —respondió, sin expresar emoción alguna en su rostro y en su voz—. Así que ya te han soltado.

—¿Qué tal te va, bichito?—preguntó él, haciendo caso omiso a algo que era evidente.

Julia rechinó los dientes. A la mierda la impasibilidad. Que viera lo mucho que le despreciaba.

—No vuelvas a llamarme así. Y ya te estás largando. Nada tienes que hacer aquí.

El hombre chasqueó la lengua y fingió estar abatido.

—Por favor, escúchame solo un minuto.

Si sucumbió fue solo porque todavía no se había repuesto y sabía que no podría hacer una salida digna: sus nervios harían que se tropezara con sus propios pies.

—Uno —accedió.

—Verás, sé que fui un capullo, y que no debí pegarte. ¡Estaba tan furioso!

—Ya.

—Lo siento, de verdad. Tú no sabes lo mucho que me he despreciado durante estos tres años por haberlo hecho, lo mucho que te he extrañado, la falta que me has hecho —confesó lastimeramente. ¡Dios, qué patético!

Incluso parecía a punto de echarse a llorar—. Yo te quiero todavía, Julia. Y te perdono por haberme metido entre rejas.

¡Ay, ay, ay! Julia no pudo controlar la carcajada, que llegó de golpe, purificadora, exorcizando a todos los demonios que todavía pudieran quedar del pasado.

—Oye, Paul, ¿tú eres tonto, o te lo haces?

Por fin el hombre abandonó su actitud humilde y amable y sacó a la luz al ruin miserable que era en realidad.

—No te pases ni un pelo conmigo, Julia.

—¿O...? ¿Qué vas a hacer? ¿Golpearme? Pues déjame advertirte que esta vez no me nublará la sorpresa ni la atrocidad, así que como me pongas aunque sea un solo dedo encima, te las verás conmigo.

Algo debía querer Paul de ella, porque que no respondiera al desafío y que tratara de controlarse no era normal en él.

—No, bichito, no voy a golpearte. Ya te dije que estoy arrepentido de ello. Yo solo quiero...

—¿Qué quieres?

—Una oportunidad.

Julia le miró de arriba abajo, con desprecio. ¿Cómo había podido verle alguna vez atractivo? ¿Cómo había llegado a pensar que era su Príncipe Azul?

—Tú lo que quieres es dinero.

Paul la miró sorprendido al principio, pero luego sus ojos brillaron especulativos.

—Te quiero a ti —insistió, pero con tan poca convicción, que ni él mismo se lo creyó.

Julia negó con la cabeza.

—Esta vez no te va a funcionar, Paul. No nos tendrás a ninguno; ni yo ni mi dinero estamos a tu disposición.

Paul rechinó los dientes.

—Me lo debes —masculló rojo de ira—. Me dejaste en la ruina.

—¿Que te dejé en la ruina? —preguntó ella con incredulidad—. ¡Fuiste tú quien me destrozó la vida! Si no hubiera sido por ti, todavía tendría la casa de mis padres, pero tuve que venderla para pagar las muchas deudas que contrajiste en mi nombre.

—Nada de aquello hubiera sucedido si no me hubieras denunciado —soltó él temblando de rabia, pero sabiendo que no llegaría a ningún lado con

esa actitud, reculó y trató de mostrarse, al menos, amable con ella—. No sabes lo que tuve que soportar en la cárcel.

—Tú te lo buscaste —escupió ella. Le devolvió la mirada de odio que a duras penas pudo contener Paul al escucharla, y añadió—: ¿En qué demonios estabas pensando, Paul? ¿De verdad creías que ibas a conseguir algo viniendo aquí? Permíteme decirte que eres más gilipollas de lo que había pensado.

Paul decidió que ya había tenido bastante, así que tras un grito de rabia, la agarró por los brazos y comenzó a zarandearla.

—¡Maldita puta! ¡Me lo debes! Te voy a hacer pagar los tres años que he estado viviendo en el infierno y...

—Suéltala.

Paul dejó de zarandearla, pero no se giró para ver quién se atrevía a meterse en sus asuntos.

—Piérdete. Es un asunto entre mi mujer y yo.

Robert gruñó cuando escuchó aquello. Si Julia era la mujer de alguien, era la de él. Y de nadie más.

—Ex mujer —puntualizó con una calma que estaba muy lejos de sentir.

Paul finalmente hizo frente a aquella intromisión, esperando ver a alguno de los amigos de Julia y decirles que se fueran a freír puñetas, pero cuando vio a aquella mole amenazante, peligrosa y letal, la soltó de inmediato.

Joder, sí que había sido mala idea. Había supuesto que Julia caería rendida a sus pies, o, al menos, y dado lo buena persona que era —por no decir que era tonta del culo—, terminaría compadeciéndose de él y le daría algo de dinero, aunque solo fuera para saldar deudas por haberle metido en la cárcel o para lavar su conciencia, pero no había contado con que la mojígata se hubiera liado con un tipo, y menos con un Terminator.

—Tranquilo, amigo —dijo enseñándole las manos en señal de rendición—. Solo estaba charlando amigablemente con ella. ¿Verdad, bichito?

Se giró para mirarla, buscando desesperadamente su apoyo, pero cuando la vio flanqueada por David y por Domingo, tragó saliva.

Sí, decididamente, recurrir a ella había sido la peor decisión de su vida.

—Te dije que no volvieras a llamarme así.

Paul vio algo en ella que no había visto hasta entonces: decisión y fuerza. Una combinación muy beneficiosa para ella, pero muy poco para él. De haber visto el más mínimo atisbo de compasión en sus ojos, de haber visto la menor señal de duda, habría insistido en apelar a su bondad, pero sabía que más que obtener perdón por su parte, lo que obtendría sería castigo.

Y estaba claro que el brazo ejecutor sería el del Terminator.

—Está bien, está bien. Tranquilicémonos. *All right?*

—Estamos todos muy tranquilos, *nyaff*—contestó Robert.

Paul apretó la mandíbula con rabia. Que le insultaran en su propia cara no le hacía ninguna gracia. Que lo hiciera un sucio escocés —*nyaff* era piojo en gaélico—, menos. Pero cuando el escocés en cuestión tenía esa altura, esa corpulencia y esa mirada asesina, tenía su beneplácito para que le llamara como deseara.

—En ese caso, creo que queda aclarada la cuestión y lo mejor será que dejemos las cosas como están, ¿verdad, chicos?

Solo obtuvo como respuesta a sus palabras cuatro miradas de odio y desprecio. Julia, además, le miró con repulsión antes de girarse sobre sus talones y echar a andar con la majestuosidad de una reina. David y Domingo miraron al Terminator, que estaba a su espalda. Debieron recibir alguna señal, porque después de mirarle no sin cierta advertencia en sus ojos, siguieron los pasos de Julia.

Sabiendo que la amenaza real estaba a su espalda, Paul volvió a tragar saliva. Como para salir de la urbanización tenía que pasar delante de él, se giró despacio para hacerle frente. Le miró con desesperación, e hizo lo único que un gusano como él era capaz de hacer: arrastrarse.

—No pretendía lastimarla, te lo juro.

Robert le miró fijamente a los ojos, tan fijamente, que Paul se vio obligado a mirar al suelo.

—Esto es lo que harás, *nyaff*. Primero, te enfrentarás a mí. Solo a mí. Tú y yo, sin nadie más —empezó a decir Robert en inglés—. Cuando me canse de golpearte, y siempre que salgas vivo, te largarás por donde has venido y no volverás. Olvidarás Seseña y, lo más importante, olvidarás a Julia. Para siempre. ¿Entendido?

¿Entendido? Sí. ¿De acuerdo? ¡No!

—No quiero pelear —medio lloró Paul.

Robert chasqueó los nudillos y giró la cabeza hasta que le sonaron las vértebras.

—¿Quién ha dicho nada de pelear? Solo vamos a hablar... amigablemente.

—Joder —susurró Paul, retrocediendo un paso—. En serio, no quiero problemas.

—Peor para ti, pero yo hice una promesa. Y siempre cumplo lo que

prometo.

Paul retrocedió, pensando seriamente que era el momento de echar a correr, pero esa montaña obstaculizaba su única vía de escape.

Se atrevió a mirar al hombre para implorarlo, suplicarle, perdón.

Pero los ojos del escocés le indicaron que no se tomase la molestia, que ya estaba perdido.

La sonrisa que le dirigió antes de descargar su puño de hierro contra él, así lo reflejaba.

Aquello era el colmo. ¿En qué estaría pensando ese pedazo de desgraciado? ¿Con qué cara se atrevía a presentarse ante ella? Con la del caradura sinvergüenza que era en realidad, sin duda alguna.

Estaba que trinaba, tanto, que no le apetecía nada que sus amigos aguantaran el chaparrón, así que muy amablemente les pidió que la dejaran a solas para calmarse. Por supuesto, el cariño y la lealtad que David y Domingo sentían por ella les impedían dejarla en ese estado de nervios, así que tuvo que repetir su deseo de forma más firme.

Como no hicieron ni puñetero caso, decidió que a la tercera iría la vencida, así que les soltó un *¡iros-a-tomar-por-saco!* que fue obedecido sin dilación alguna.

Tan pronto la dejaron en paz comenzó a caminar de un lado a otro por el salón, furiosa y totalmente fuera de sí, pero en el fondo era un cacho de pan y el cabreo le duró hasta que recordó que Robert se había quedado abajo. Ahí fue cuando la ira dio paso a la preocupación.

No porque pensara que Paul lastimaría a Robert, pues pensar eso era totalmente descabellado, pero dada la furia y el odio que había visto en los ojos de su vecino, temió que se le fueran las manos y terminara matando a su ex marido. Ciertamente, sí, quería ver bajo tierra a Paul, pero no a costa de que Robert pasara el resto de sus días entre rejas.

Como no podía estarse quieta, y esperar en su casa le parecía un auténtico suplicio, decidió salir al encuentro del hombre. Estuvo paseando arriba abajo por el pasillo, hasta que el sonido de unos pasos enérgicos y contundentes le indicó que el hombre estaba subiendo las escaleras. Cuando finalmente apareció ante ella, Julia se quedó sin habla: parecía una máquina de matar.

Pero esa imagen no la daba su apariencia externa. Estaba despeinado, aunque aquello era habitual en él, y su pelo no tenía ningún desgarrón. No había, ni en su rostro ni en sus ropas, nada que delatara si había mantenido una pelea o no. Así, a primera vista, parecía que no. Pero había dos cosas que indicaban lo contrario: sus ojos despiadados y sus nudillos ensangrentados. Solo la miró un segundo, pero apartó rápidamente la vista y pasó a su lado

como un torbellino.

—¡Robert! —gritó ella, echando a correr tras él.

—Ahora no, Julia —contestó él sin girarse a mirarla.

—¡Por favor, espera! —rogó, apoderándose de su robusto brazo—. Tenemos que hablar.

Robert se detuvo de golpe y giró bruscamente sobre sus talones. Julia habría retrocedido, asustadísima, cuando vio su colérico semblante, pero el hombre la agarró de un brazo y la metió en el ascensor. Después de cerrar la puerta, la empotró contra la pared y dijo:

—Hablar, después. Ahora, esto.

Sin previo aviso, Robert la acogió y se lanzó a la busca y captura de su boca. Julia iba a gritar cuando él alcanzó su objetivo, pero solo consiguió ponérselo fácil al hombre, pues aprovechó ese gesto para introducir la lengua.

Trató de soltarse de aquella prisión de músculos, huesos y piel, de rebelarse contra aquella invasión, de luchar con uñas y dientes...

Fue en vano. Y no porque hubiera sido totalmente inútil detener la lujuria y el salvajismo que se habían apoderado de Robert, sino porque cuando él comenzó a besarla de aquella forma que solo podía catalogarse de desesperada, frenética y carnal, la fierecilla que había dentro de ella despertó por fin de su eterna hibernación y, más contenta que unas Pascuas, decidió unirse a la fiesta y aportar su granito de arena.

Robert no se lo permitió; él, y solo él, estaba al mando.

Aquello no la molestó, entre otras cosas porque estaba tan poco acostumbrada a ese tipo de besos tan tórridos, que tampoco sabía qué hacer para llevar la voz cantante, así que se dejó subyugar por Robert.

Con un gruñido de satisfacción al ver su rendición, Robert la asió por las nalgas y la elevó hasta que estuvieron prácticamente a la misma altura. La empotró contra la pared y la instó a que le rodeara la cintura con las piernas y a que se agarrase de su cuello, y todo ello sin dejar de besarla y sin cesar de restregarse contra su entrepierna.

Desesperada por segundos, y frenética perdida, Julia se aferró a él y comenzó a friccionar los pechos contra el hombre, quien soltó un gruñido y profundizó el beso aún más.

Ay, madre, iba a devorarla. Tenía toda la pinta de querer comérsela allí mismo, sin importarle nada que no fuera destrozarle la boca con salvajes e incontrolables envites de una lengua que se volvía cada vez más exigente y descarada. Claro que, para ser sincera, no sería ella quien se lo impidiera.

¿Que quería darse un atracón con ella? Oh, sí. ¿Más sal, cariño? ¿Acaso un poco de pimienta? No, no, mejor Tabasco, cuanto más picante, mejor.

Julia sabía que había un Ranking de los besos más apasionados de la historia, pero aquel que Robert le estaba dando superaba con creces cualquiera de ellos, y aunque reconocía que Robert en realidad estaba buscando una vía de escape a toda la adrenalina desbordada por la pelea que había tenido con Paul, no dejó que aquello ensombreciera tan mágico y erótico momento. Porque erotismo allí había en dosis suficientes para que les detuvieran por escándalo público. ¡Pues ea, a la cárcel!

Robert pareció recobrar el sentido común, pues tan bruscamente como había empezado a besarla, dejó de hacerlo. La miró a los ojos, jadeante y tembloroso. Julia medio gimió, medio sollozó, en parte por el placer que estaba sintiendo, y en parte por la frustración de verse privada de aquel beso que le había robado la capacidad de raciocinio.

Algo debió ver el hombre en su semblante que le gustó, porque tras asentir —y gruñir—, se apoderó de nuevo de sus labios.

Solo de ellos. Y, al contrario que antes, aquel fue el beso más dulce y más tierno de cuantos le habían dado en su vida. Jugó con ellos con lentitud: ora presionaba, ora lamía. Mordía y tiraba, soltaba y presionaba. Se estaba recreando a lo lindo, pero Julia, aunque fascinada, todavía no había salido de la vorágine pasional y quería el otro tipo de beso, el guarrete. Con un gemido, decidió tomar la iniciativa, pero cuando sacó la lengua y le lamió, él se apartó de ella con un suspiro que le faltaba poco para rozar la desolación.

Apoyó la frente en la de Julia y trató de respirar con normalidad. Poco a poco, casi pidiendo perdón, la depositó en el suelo y se apartó de ella.

Se quedó inmóvil frente a ella durante una eternidad, la cabeza gacha y los hombros abatidos, hasta que por fin levantó la cabeza y la miró a los ojos.

Había tristeza, consternación y deseo a partes iguales en ellos.

—Yo... Lo siento mucho, Julia. Perdí el control y...

Sin terminar la frase, y tras mesarse el cabello en gesto de desesperación, dio media vuelta rápidamente, pero se detuvo al encontrarse la puerta cerrada del ascensor. Aquello pareció confundir y aterrorizar al hombre, porque jadeó y a sus ojos apareció un atisbo de terror. Con brusquedad abrió la puerta y corrió a su apartamento.

Julia, al ver que no iba a rematar la faena, entrecerró los ojos y dio una patada al suelo. Sabía que el ascensor no tenía culpa, pero no pudo evitar cerrar de un portazo cuando al fin salió de él.

—Imbécil...—susurró entre dientes tras entrar en su apartamento y mientras se dirigía al dormitorio.

¿Qué iba a hacer ahora con el calentón que tenía encima? Porque jamás, a sus treinta y dos años, había alcanzado semejante grado de excitación. Se dejó caer en la cama y comenzó a resoplar, mientras se preguntaba si sería ese el momento de desenvolver el regalo de cumpleaños de Susana.

Su mojigatería le impidió hacerlo, así que tuvo que conformarse con una ducha fría.

Aunque puñetera la gracia que le hacía, con lo friolera que era ella...

Al segundo, cuando recordó la mirada abatida del hombre, la pasión quedó olvidada. ¿Qué era lo que detenía al hombre ser feliz? ¿Qué había vivido en su pasado, para que un pequeño ascensor le compusiera esa expresión de pánico?

—Oh, Robert...

Se acabó la tontería.

Robert estaba cansado de rehuirla, de echar a correr para no encontrarse con ella y de ignorarla despiadadamente cada vez que bajaba al Irlandés, así que tomó la recomendación de la abuela y decidió ser brutalmente sincero con ella.

Dos días después de ese incidente —placentero, grandioso, fastuoso y estúpido incidente—, tomó la resolución de dejar de jugar al ratón y al gato y hacer frente a las muchas preguntas que seguro ella tendría.

Julia no tenía ninguna.

Cuando Robert fue a su casa y soltó eso de *aquello solo fue un arrebató*, ella se limitó a decir, con resignación, que a esa conclusión también había llegado ella. Sorprendido, olvidó el discurso que tan trabajosamente había elaborado, de modo que, atropelladamente al principio, con decisión conforme fue ganando seguridad, le confesó que, salvo llevársela a la cama y echarle mil cuatrocientos cuarenta y siete polvos, no quería nada más con ella, por lo tanto, discurrió, debían dar por terminada aquella relación. Ahí fue cuando Julia, muy razonablemente, le explicó —dejándole totalmente K.O.— que puesto que no había relación alguna entre ellos, no había nada

que concluir. Añadió, con cierta gravedad, que si él se hubiese conformado con un solo polvo, ella incluso se habría prestado a ello, pero los mil cuatrocientos cuarenta y seis restantes quedaban totalmente descartados, porque una cosa era el uso, y otra el abuso. Tras llamarle *ansioso*, y muchas cosas más que no entendió, le echó de su piso sin contemplaciones, dejándole en el más absoluto de los desconciertos.

A partir de entonces, la relación —la de amistad, no la otra— entre ellos mejoró bastante. Ella volvió a asumir el control de la decoración del gimnasio, que no tardaría en inaugurarse, lo que les condujo a una serie de disputas a cada cual más incoherente. Ella proponía algo, él lo rechazaba, ella asentía y callaba, pero terminaba haciendo lo que le daba la real gana. Él gruñía y protestaba, ella le hacía frente y le chillaba, hasta que llegaban a un punto en el que o la mataba, o la besaba, y como ni una ni otra opción debían siquiera llevarse a debate, terminaba dándole la razón como a los locos. No quiere decirse con eso que a él no le molestase claudicar; más bien, al contrario. La úlcera que seguro se le estaba formando en el estómago era una prueba del malestar que le embargaba cada vez que ella le mangoneaba.

¿Dónde había quedado el hombre que fue antaño? ¿En qué lugar se extravió el que otrora había sido un ser que dejaba a todos fulminados con la mirada, que se hacía y se deshacía según su voluntad, que había sido capaz de atemorizar sin apenas proponérselo al más fiero de sus contrincantes?

Encontró rápidamente la respuesta: al otro lado de la pared.

Con un gruñido de impotencia, y después que Julia comenzó a poner los posters donde se le antojó, se marchó del gimnasio para recoger la grifería para los baños que ella había encargado en su nombre sin consultarle.

Esa arpía tenía tan mala leche, que seguro había elegido la más cara, la muy condenada. Claro, que ya buscaría él la forma de vengarse.

Se rio mientras lo planeaba.

Julia le miró ceñuda al escuchar su risotada mientras salía por la puerta. Sabiendo que seguro estaría tramando algo contra ella, no pudo evitar sacarle la lengua. Sí, estaba siendo muy infantil, pero es que él se estaba comportando como un niño caprichoso y petulante.

¡Qué cansino, por Dios!

Aprovechó su ausencia para repasar el catálogo de fitness, pues los posters pesaban lo suyo y decidió aplazar esa tarea hasta que llegara Robert, aun sabiendo que volverían a tener una pelea. Sonrió al imaginárselo, pero se obligó a centrarse en la tarea en la que estaba inmersa. No quería pasar más

de dos segundos pensando en él, pues sabía que, de hacerlo, tendría que admitir aquello que se empeñaba en negar: se había enamorado de él.

Sí, era muy estúpido por su parte, pues todo había quedado aclarado entre ellos, pero ella no mandaba sobre su corazón, y este se detenía cada vez que le veía sonreír o se aceleraba cuando él se acercaba más de la cuenta. En esos momentos no sabía cómo controlar el impulso de abalanzarse sobre él, pero como sabía que él no rechazaría aquel ataque, no le quedaba más remedio que refrenarse, entre otras cosas, porque sabía que una única vez era suficiente para que terminara con el corazón destrozado.

Como se dio cuenta de que estaba pasando las hojas del catálogo sin verlas, soltó un bufido y comenzó desde el principio. Robert no tardaría en volver, y quería tener terminada la lista para entonces, pues estaba segura de que él no tenía ni idea de cuál era la aparatología usada en las clases de *chicas*, como se empeñaban en llamarlas los *chicos*.

Por fin escuchó la puerta principal abrirse, pero como estaba convencida de que se trataba de Robert, no le dio importancia y trazó un círculo en unas tablas de *step* que le parecieron bastante buenas en relación calidad precio.

Estaba tan concentrada, que se llevó un susto de muerte cuando alzó la cabeza y vio frente a ella a un desconocido. Era un tipo extraño, alto pero desgarbado, de unos cincuenta años. Sus ropas eran oscuras, algo holgadas. Más que extraño, era siniestro, con una mirada fría y fija y esa cicatriz que le cruzaba la mejilla derecha.

Y peligroso. Su extraña actitud, su pose y todo él en sí, hicieron que dentro de ella se encendiera una luz roja y que la vocecilla de la quinceañera gritara *corre-corre-correeeeeeeeeee*.

—Perdón —pudo decir cuando se recuperó de la impresión—. Está cerrado.

El hombre miró a izquierda y derecha y después comenzó a caminar alrededor de ella.

—¿Dónde está?

Julia alzó las cejas.

—¿Dónde está, quién?

El hombre detuvo su caminar y la miró de nuevo. Sus ojos realmente eran inquietantes. Casi tanto como sus intenciones.

—Sabes a quién me refiero. El escocés. Tú debes ser su putita, *really*?

Buaaaaahh, lo que le faltaba. Otro inglés. Y encima, se atrevía a insultarla.

—Se equivoca. Y le ruego que me muestre respeto. Si no, ya se puede marchar por donde ha venido.

El hombre sonrió, tan cínicamente, de forma tan siniestra, que Julia tragó saliva.

—Tú no sabes con quién estás hablando.

—¿Y con quién estoy hablando?

La sonrisa del hombre se amplió aún más.

—Con la muerte.

Julia, por primera vez en su vida, hizo caso a la quinceañera: corrió.

Robert tuvo que reconocer que la elección de Julia había sido la más acertada. Lo hizo a regañadientes, y aunque en su fuero interno pensara que la grifería elegida por Julia era perfecta, además de económica, ni loco se lo iba a reconocer. Sonrió mientras descargaba las cajas y cerraba el maletero.

A falta de sexo, buena sería una pelea con ella. Porque mira que le encantaba discutir con la gitanilla. Los ojos le echaban chispas, las mejillas se le encendían y decía unas cosas de lo más disparatadas. Sí, una pelea con ella le rebajaría un poco de la frustración que le embargaba, porque aún tenía que repasar los motivos que tenía —que cada vez se le antojaban más absurdos y nimios—, para no enredarse con ella.

Estaba saliendo del garaje y se disponía ir al gimnasio cuando un sonido le dejó paralizado. En otras circunstancias, en otra no-vida, aquel sonido no le habría sobresaltado lo más mínimo, pero ahora, en la situación y ubicación actuales, hizo que se le detuviera el corazón.

Sin importarle las cajas ni su contenido, las soltó y echó a correr hacia donde estimó procedía aquel sonido: el gimnasio. Nunca un trayecto se le había hecho tan largo. Jamás había sentido sus piernas tan pesadas, pese a que corría a la velocidad del rayo. Jamás, a sus treinta y cinco años, había sentido ese miedo atroz que le nublabla la vista y le impedía respirar.

Cuando apenas faltaban diez metros para llegar al gimnasio, vio salir a un hombre por la puerta. El que lo hiciera corriendo, y el brillo metálico del objeto que llevaba en sus manos, le dio una pista de lo que había pasado. Con una furia y una rabia que solo podían nacer del mayor y más profundo de los temores, Robert comenzó a seguirle, pero entonces la imagen de Julia se cruzó en su mente.

Sabía que era muy insensato por su parte no dar caza a aquel tipo, que debería perseguirle hasta alcanzarle y, tras averiguar qué había ido buscando allí, matarle sin ningún tipo de piedad, pero cualquier pensamiento racional, cualquier protocolo a seguir en esas situaciones, quedó olvidado cuando recordó que Julia podría estar en peligro. Tal vez agonizando. Tal vez sin vida...

—¡No! —gritó cambiando de rumbo.

Entró al gimnasio cual tornado, pero al ver a Julia tirada en el suelo, se detuvo. Sus ojos se abrieron imposiblemente, y se vio obligado a tragar saliva con fuerza para deshacer el nudo que se le había formado. Con pasos trémulos, tambaleante y asustado como jamás había estado, se acercó a ella. Sintió que las fuerzas le fallaban cuando vio sangre. Se obligó a tranquilizarse, pues sabía que —asombrosa, absurda e inexplicablemente— estaba teniendo un ataque de pánico. Y aunque era muy tonto, se le cruzó por la cabeza la pregunta de qué tendría aquella mujer para hacerle sentir esas cosas. ¿Cuántas veces había visto sangre? ¿Cuántas veces había sido víctima de situaciones como esa? ¿Cuántas otras verdugo?

Se arrodilló junto a ella, temiendo tocarla, aterrorizado por si, al hacerlo, comprobaba que no tenía vida. Como el tiempo era una cuestión vital en esos casos, se obligó a estirar la mano para buscar algún indicio de vida.

Sollozó sin darse cuenta cuando lo encontró. Le acarició el cabello y rezó una plegaria. Con el alivio llegó parte de la lucidez y buscó heridas. Tenía un corte profundo en la cabeza, de la que emanaba sangre profusamente, pero, aparte de eso, a primera vista no tenía ninguna herida más. Miró a su alrededor, hasta que vio el agujero que había hecho una bala en la pared. Trató de determinar qué había pasado, pero todavía estaba embotado por el miedo.

Se sentó en el suelo y tomó a Julia entre sus brazos, mientras besaba su cabello y la acunaba, desesperado porque despertara.

Se concentró entonces en su rostro. Parecía más dormida que otra cosa. Su respiración era relajada, y tenía una expresión de añorada serenidad que le cautivó. Con ternura —sí, estaba seguro de que eso era ternura—, acarició sus mejillas, sus labios, su cuello. Le apartó un poco el pelo para buscar la herida y, tras hallarla, se quitó la camiseta y presionó la zona para detener la hemorragia. Aunque sabía que las heridas en la cabeza sangraban en cantidad, no pudo evitar alarmarse. Se preguntó si su palidez era debida a la pérdida de sangre o si habría algo más. No sabía cuán grave era la cosa, así que la zarandó un poco para que despertara. Gimió aliviado cuando ella, a los pocos segundos, comenzó a agitarse y a gruñir. Lentamente abrió los ojos, pero parecía aturdida. Miró a su alrededor, hasta que fijó la vista en Robert.

—¿Robert?

Aunque hablar suponía un esfuerzo sobrehumano para él, se obligó a carraspear.

—¿Sí, mi vida? —preguntó, la voz imposiblemente ronca por la

emoción.

—Lo... lo siento.

¡Dios Bendito! ¡Qué bueno era escuchar su voz!

—¿Qué es lo que sientes? —preguntó en un susurro cargado de dulzura.

Julia le miró con pesar. Realmente parecía arrepentida.

—Yo... tropecé —confesó antes de desmayarse de nuevo.

Robert no sabía si reír o llorar. Estaba tan aliviado, tan agradecido de que ella siguiera con vida, y de que fuera tan patosa, que no se dio cuenta de que estaba haciendo ambas cosas. Y aunque debería sentirse avergonzado por haber llorado —y más de la manera que lo hizo—, no fue así. No, a Robert Smith ni le avergonzaba, ni le sorprendía, haber llorado por primera vez en su vida.

Lo que no sabía era qué hacer con el miedo que se había apoderado de él y que no parecía estar dispuesto a abandonarle.

Julia estuvo deambulando entre la consciencia y la inconsciencia. Primero le pareció ver a Robert, pero se preguntó por qué tenía el rostro empapado. ¿Estaría lloviendo? Sí, eso debía ser, aunque no entendía muy bien cómo podía llover dentro del gimnasio. Porque estaban en el gimnasio, ¿no? Se desmayó mientras buscaba una respuesta.

La segunda vez que despertó iba volando. Hacía mucho frío, así que se acurrucó un poco más a la estufa. Era realmente maravillosa esa sensación de estar flotando, de no haber sido por aquel ensordecedor *pum-pum-pum* que le estaba martilleando la cabeza. Mira que le dolía. Maldita sea... otra vez padecía migraña.

—Estoy contigo, Julia.

¡Ahí va! ¡La estufa hablaba! ¡Y tenía la misma voz que Robert!

Tras abrir tímidamente los ojos, descubrió que también tenía su mismo rostro, pero como tuvo que cerrarlos cuando la luz la cegó, no pudo ver más. Y la oscuridad volvió a engullirla.

Otra vez volvía a estar consciente. Ahora ya no escuchaba el *pum-pum-pum*, sino un *run-run* bastante agradable. Eso, y el suave traqueteo, le daban somnolencia. La estufa había sido sustituida por una manta, ¡tan suavcita!

Qué agustito estaba ahora.

—Ya llegamos, mi vida.

Se obligó a abrir los ojos, pero veía un poco borroso. No distinguió apenas nada, salvo el perfil de Robert. Mira que era guapo el condenado. Y qué pectorales tenía... ¡Ostras, si iba en cueros! Por lo menos, de cintura para arriba. Soltó una risilla maliciosa. Qué canalla era. ¿Le echaría ahora los mil cuatrocientos cuarenta y siete polvos? Era lo más probable, pensó mientras alguien apagaba la luz.

Despertó en sus brazos. ¿Estaría ya haciéndole el amor? Tal vez. Tenía la mejilla pegada en su pecho, y el hombre se movía... ¿o era ella? ¡Estaba tan confundida! Pensó que, si le estaba haciendo el amor, era un amante horrible, porque no sentía nada, salvo aquel horrible dolor de cabeza. Ella no era una experta, pero vamos, algo debería estar disfrutando ¿no?

Otra vez ese odioso *pum-pum-pum*. Quiso llevarse la mano a la cabeza, pero algo o alguien se lo impidió. Abrió los ojos y descubrió que iba flotando de nuevo. O al menos, ella no sentía el suelo bajo sus pies. Iba por un pasillo desolado, pasando bajo los rayos del sol... No, no eran rayos. Eran fluorescentes. ¿Adónde la llevaba ese bruto?

—Ya casi hemos llegado. Aguanta un poco más, July.

Yuuuuuliii. Cómo le gustaba que la llamara así. ¿Lo sabría él? Pero... ¿Por qué iba corriendo? Jo, sí que tenía ganas de hacerle el amor.

Le pareció oír murmullos, pero el dolor le impidió distinguir ni una sola palabra. No, no era por el dolor. Tras prestar más atención, descubrió que hablaban en inglés. ¿Dónde demonios la había llevado ese patán? La pregunta quedó olvidada cuando Robert la depositó en una cama. ¿Ya? ¡Olé, olé y olé!

Robert desapareció de su vista. Julia supuso que se estaría desvistiendo. Alzó la cabeza para buscarle, pero en ese momento apareció en su campo de visión un rostro totalmente desconocido. ¿Gritó? No lo supo con certeza. Involuntariamente —o no, no estaba ella para pensar demasiado—, le soltó un rechazazo. Debió alcanzar su objetivo, porque se hizo un daño de mil demonios y porque alguien dijo un vocablo en inglés muy desagradable que ponía en entredicho la santidad de su madre, y todo ello acompañado de carcajadas de fondo.

Se incorporó de golpe en la cama, pero la vista se le fue y se mareó. Alguien la sostuvo rápidamente. Cuando se recuperó, Robert estaba frente a ella. Aunque sus ojos mostraban preocupación, esbozaba una sonrisa que

mostraba orgullo y travesura a la vez.

—Buen gancho, July. Está claro que no estás tan mal como me había temido.

Julia le miró sin comprender. Miró a su alrededor, y vio a cuatro sombras más. Como no les reconoció, decidió pensar más tarde en ello y centrarse en lo que le estaba preguntando Robert, algo totalmente difícil, porque el hombre decía cosas de lo más absurdas e incoherentes.

Hasta que escuchó una palabra: disparo.

Ahí fue cuando recuperó la lucidez del todo y recordó lo ocurrido. Al hacerlo, abrió mucho los ojos y se abalanzó sobre Robert.

—¡Estás vivo!

Robert la abrazó, al principio con fuerza, pero recordó su estado y aflojó un poco. Solo un poco. Finalmente, y tras escuchar las risas y carraspeos que había provocado su gesto de ternura, se apartó y la miró a los ojos.

—Que tú digas eso... —dijo entre risas—. Eres tú la que estás herida, July, no yo.

—Ya, pero ese tipo preguntó por ti, y yo temí que te hiciera algo. Tenía un arma —dijo en un susurro, mirando con recelo a los demás.

Robert palideció de golpe. Julia pensó que era por lo del arma. Iba a tranquilizarle, pero alguien se acercó a ellos.

—Deja de atosigar a la muchacha —soltó el hombre, una mole enorme que todo el pelo que le faltaba en la cabeza lo tenía en la barba—. Primero, curar. Después, hablar.

Julia vio que le pasaba un pequeño maletín a Robert, pero este no lo cogió.

—Que lo haga otro, Ferguson. Yo no puedo.

—¿Por qué? —quiso saber el hombre—. Tú eres el mejor de todos.

—Porque he perdido práctica —contestó, enfadado, tanto, que todos supieron que era una flagrante mentira.

—Lo haré yo, entonces —decidió el tal Ferguson.

Robert le quitó el maletín rápidamente.

—Tú no. Eres un chapucero. M.K., hazlo tú —pidió.

M.K. salió entre las sombras y se acercó a ellos. A Julia por poco le da algo. Madre, madre, madre... Si eso no era un dios Vikingo, ella no se llamaba Julia Consuegra de Viñuelas. ¿De dónde sacaban a esos tipos, por todos los Santos? ¿Estarían disponibles en algún catálogo de *Hombres rudos, peligrosos y macizorros*?

—No te dolerá —dijo el Vikingo con una sonrisa lobuna del tipo *caerendida a mis pies, nenaaaa*”.

Julia escuchó gruñir a Robert. Como ya se conocía todos y cada uno de los gruñidos del hombre, le dirigió una mirada amorosa a él para tranquilizarle y otra recriminatoria al Vikingo para que se comportara. M.K. rio por lo bajo y comenzó a abrir el pequeño maletín. Un rápido vistazo bastó a Julia para saber que en realidad era un botiquín de primeros auxilios.

—¿Para qué es eso? —preguntó.

—Para curarte.

Julia alzó las cejas.

—¿Estoy herida? —preguntó totalmente asombrada.

M.K. la miró a los ojos durante el transcurso de dos latidos, pero luego se giró y preguntó a Robert:

—Se ha dado bien fuerte, ¿verdad?

Robert asintió.

—Creo que todavía está en estado de shock.

—¿Le damos algo para el dolor?

—No. Quiero ver cómo evoluciona. Mejor que esté consciente, pero duerme la zona.

—Le va a doler —anunció una voz femenina.

Como Julia detectó en su voz algo de burla y regocijo por esa posibilidad, miró en su dirección. Vaya, acababa de conocer *Nikita*. Le cayó mal enseguida.

—Pero no se quejará, ¿verdad, gitana? —preguntó Robert, tan categórico, que Julia se mordió el labio.

—¿Qué es lo que no me va a doler?

—Te voy a coser la herida—anunció M.K.

Julia gritó. Robert gruñó. El resto, se echaron a reír.

—¡Ni se te ocurra desmayarte! —ordenó Robert cuando vio que empezaba a ponerse verde.

—¡No me voy a desmayar! —gritó ella cuando escuchó la risa maliciosa de *Nikita*, a quien fulminó con la mirada.

—Oh, callaros de una vez —pidió M.K., que empezaba ya a limpiarle la herida.

Todos acataron la petición mientras M.K. trabajaba. Robert estaba prácticamente encima de M.K., vigilando que no la lastimara lo más mínimo. Julia, temiendo que tomara represalias contra el Vikingo, decidió que, por

mucho que le doliera, no se quejaría, aunque tuvo que tragar saliva varias veces cuando le vio enhebrar la aguja. ¡Ay, Dios! Eso le iba a doler.

Robert se acercó más todavía, hasta que M.K., totalmente enfadado, dijo algo que Julia no entendió. Un pelirrojo con cara de buena persona se llevó a Robert de allí pese a las protestas, pero antes de obedecer amenazó a muerte a M.K.

—Allá voy, *gitana*— anunció alegremente el dios dorado.

Julia cerró los ojos y se agarró al borde de la cama, esperando al dolor. Sintió la primera punzada y pegó un respingo, pero fue más por la impresión, que por el dolor. Bah, pues tampoco era para tanto. Más animada, abrió los ojos. Como Robert la miraba con preocupación, le sonrió para tranquilizarle. Se atrevió incluso a levantar el pulgar. Robert le devolvió la sonrisa, tan sincera, tan dulce, que a Julia se le detuvo el corazón. Se sintió muy satisfecha de sí misma, pues en sus ojos azules también había orgullo por su entereza.

—Muy bien —estaba susurrando M.K.—. Eres una mujercita muy fuerte.

—¿Ya has terminado? —quiso saber Julia.

—Una punzada más y... ¡listo!

Así debía ser, pues Robert se acercó rápidamente a ellos.

—¿Estás bien? —preguntó.

Julia asintió. Robert la abrazó rápidamente y, tras darle un breve beso en los labios, la obligó a echarse en la cama.

—Descansa un poco. Te despertaré de vez en cuando —dijo arropándola con una manta.

Julia quiso protestar, porque no tenía sueño y porque tenía muchas cosas que hablar con él, pero tan pronto apoyó la cabeza en la almohada, se quedó profundamente dormida.

El sonido de un sollozo la despertó.

Abrió los ojos y ladeó la cabeza para ver quien estaba llorando, pero los cerró rápidamente cuando vio que se trataba de *Nikita*. Como era una cotilla sin remedio, Julia terminó abriendo uno. Robert estaba de espaldas a Julia, al contrario de Nikita, que la tenía de frente. Robert no alzaba la voz, pero por su pose, y por la cara que estaba poniendo la rusa, debía estar amonestándola. Frunció los labios cuando en los ojos de la mujer distinguió algo más que cariño: esa petarda estaba enamorada de Robert. No supo por qué eso le desagradó tanto. Temiendo que la pillaran espiándoles, decidió hacerse la dormida, pero agudizó el oído para captar algo de la conversación. Fue en

vano, en parte porque hablaban en voz muy baja, y en parte porque lo hacían en inglés, y ella, salvo *my name is Julia* y *what time is it?*, poco sabía más. Aun así, decidió prestar atención, para ver si entre las pocas palabras que conocía, llegaba al trasfondo de la conversación.

Algunas las reconoció, pero su inglés era tan básico que no pudo determinar nada. *Three fourteen* y *Callaghan* se repitieron varias veces. Robert, además, llamó varias veces *stupid* a Ivanna —supuso que *Nikita* se llamaba así en realidad, porque Robert mencionó varias veces ese nombre—, y ella, a su vez, dijo varias veces *sorry*.

Sacó en claro que ella había hecho algo mal, y que Robert le estaba echando un rapapolvo de padre y muy señor mío. Julia se alegró mucho, pero cuando Ivanna dijo *I love you*, deseó levantarse de la cama y pelear por lo que creía suyo. Cambió radicalmente de idea cuando, tras abrir tímidamente los ojos, vio que él la abrazaba. En ese momento se le cayó el mundo encima y creyó morir.

Desolada, cerró los ojos y se tragó las lágrimas. Ahora lo entendía todo. Ahora comprendía que si Robert no había querido nada con ella era porque estaba enamorado de Ivanna. Qué estúpida había sido. Menuda forma de confundir la velocidad con el tocino. ¿Cómo había llegado a creer que él sentía algo por ella? Por favor... No había ni punto de comparación. Ella, al lado de la top model rusa, era el patito feo, pero el feo de verdad, no ese que se convertía en cisne.

¿Si aquello la destrozó? Sí. ¿Si aquello la hundiría? Sí. ¿Si buscaría la forma de levantarse? ¡Sí y mil veces sí!

—Despierta, July.

Quiso echarse a llorar cuando él la tocó tan delicadamente, cuando ese gesto la sacudió de arriba abajo, cuando se tuvo que recordar que él solo estaba mostrando la preocupación pertinente por una amiga. Abrió los ojos y se enderezó en la cama, pero no se atrevió a corresponder a la mirada penetrante de Robert y se miró las manos. Como vio que le temblaban, las ocultó dentro de la sábana.

—¿Cómo te encuentras?

Julia se encogió de hombros. Apartó la cara cuando él le cogió la barbilla para obligarla a mirarle. Estuvieron forcejeando hasta que él gruñó, así que se armó de valor y le miró. Rogó que él no viera el dolor que estaba segura se reflejaban en sus ojos.

—¿Cómo te llamas?

Julia quiso bufar cuando él preguntó aquello. Vamos a ver, ¿tan obnubilado se había quedado por la belleza de Ivanna que ya se había olvidado hasta de su nombre?

—¿No lo sabes? —preguntó con desdén.

Robert suspiró con cansancio.

—Sí, lo sé. Pero quiero que me lo digas tú.

—¿Para qué?

—Calla y contesta, mujer. Eres de lo más desesperante.

—Julia Consuegra de Viñuelas.

Robert asintió.

—¿Qué día es hoy?

—Miércoles.

—La fecha exacta, July —advirtió él.

—Dieciocho de enero del dos mil doce.

—Sonríe.

—¿Que sonría?

—Eso he dicho. Sonríe —repitió.

—No tengo ganas de sonreír —replicó como una niña malcriada cruzándose de brazos.

—No me obligues a hacerte cosquillas, Julia.

Julia no pudo evitarlo: sonrió. No le duraban mucho las pataletas.

—Ah, ¿ves qué fácil? —Robert le subió el párpado. Julia iba a preguntarle qué estaba haciendo cuando la deslumbró con una luz.

Fue cuando comprendió las preguntas del hombre. Trataba de descartar que tuviera un traumatismo craneoencefálico.

—¿Qué, he pasado la prueba?

—A la perfección —contestó Robert con una sonrisa de pirata—. Oye, Julia, ¿te crees con fuerzas para contestar algunas preguntas?

—Pues claro —replicó ella con seguridad y moviendo la mano en el aire.

—Vamos, entonces.

Julia iba a ponerse en pie, pero él la cogió en brazos. Atravesó la habitación y salieron a un pasillo. A Julia le sonó familiar, pero no dijo nada y miró al frente. Llegaron al final y traspasaron la puerta, donde otro pasillo desierto les esperaba. Robert se adentró en la tercera puerta a la derecha.

Comenzó a refunfuñar para que la soltase al ver al grupo allí. Robert hizo caso omiso a sus protestas. Cruzó la habitación y la depositó con cuidado en la silla. Después de preguntar cerca de un millar de veces si en verdad estaba

bien, se sentó frente a ella. Los demás ya habían ocupado sus asientos alrededor de la mesa rectangular.

—Cuéntanos —empezó a decir Robert—, lo que pasó en el gimnasio.

Julia se acomodó en la silla y carraspeó al ver que todos los ojos estaban fijos en ella. No le gustaba nada ser el centro de atención. Suspiró y se dio ánimos.

—Cuando te fuiste decidí echar una ojeada al catálogo de fitness, y en ello estaba cuando escuché la puerta abrirse.

—¿No echaste el cierre después de que me fuera? —preguntó con incredulidad. Mira que era confiada.

—Pues no. Lo vi innecesario. ¿Quién iba a entrar? —Rápidamente se dio cuenta de lo absurdo de su pregunta y alzó las manos—. Vale, lo reconozco, me equivoqué. Tú tienes razón y yo no. ¿Contento?

—No se trata de quién tiene razón, Julia. Se trata de que eres muy poco precavida y eso por poco te cuesta la vida. —Robert cerró los ojos al decir las últimas palabras, pero luego los abrió y los clavó en los suyos—. Continúa, por favor.

—Como pensé que eras tú, no le di importancia —nuevos gruñidos—, por eso me llevé un susto de muerte cuando vi a ese hombre.

—¿Cómo era?

Julia les describió, con absoluto detalle, el aspecto del tipo. Robert se maravilló de la precisión con la que hizo la descripción.

Ivanna, sin embargo, soltó una exclamación ahogada.

—Sé quién es. Hace poco estuve hablando con él y... ¡Ay, Dios! Es Peter Cauffman.

—¿Qué le dijiste?! —exigió saber Robert, poniéndose bruscamente en pie.

La mujer pareció encogerse en su asiento.

—Joder, lo siento, ¿vale? Estaba borracha, dolida, enfadada. Creí que él estaba al tanto de tu situación. Después de todo, es uno de los Responsable de Operaciones, ¿por qué no iba a confiar en él?

Robert la fulminó con la mirada y soltó un par de tacos, pero decidió otorgarle el beneficio de la duda.

—Pero, ¿qué quería ese hombre de ti? —preguntó Julia.

—Cree que aún conservo el chip —contestó Robert más para sí que para ella.

—Ese Cauffman es una sanguijuela —intervino Ferguson—. Ahora

comprendo por qué no mató a Julia.

—¿Por qué? —quiso saber la aludida. Estaba ansiosa por saber la respuesta.

—Muy fácil. En realidad, su objetivo no era matarte. Cauffman nunca ha realizado el, llamémoslo, trabajo de campo. Siempre ha estado detrás del escritorio, por eso dudo que planeara un enfrentamiento cara a cara con Robert; sabe que tiene todas las de perder. Sospecho que estuvo espiando durante un tiempo, y si pensó que entre tú y Robert había algo, tú ya me entiendes, creyó que lo mejor era secuestrarte para tener algo con lo que intercambiar el chip.

—Pero debió verme por la cristalera...—sopesó Robert.

—Y se cagó por la pata abajo —concluyó M.K. —. Creo que disparó no con la intención de matarla, sino de hierla para que vieras hasta dónde está dispuesto a llegar para recuperar el chip.

Robert asintió. Luego se dirigió de nuevo a Julia.

—July, si vieras al tipo de nuevo, ¿le reconocerías?

—Sí.

Todos asintieron con la cabeza, satisfechos con la respuesta.

—Colton, busca alguna foto de Cauffman.

El pelirrojo corrió a hacer lo que se le pidió. Robert volvió a interrogar a Julia.

—¿Dijo algo, te preguntó algo?

—Poca cosa. Me preguntó por ti, o así lo entendí yo, porque dijo el *Escocés* y recuerdo que cuando mi abuela comentó que le recordabas a los highlanders, te sorprendiste. Supuse que algo de razón había en esa hipótesis.

Robert sonrió al recordarlo. Así que no era tan despistada como había creído. Se preguntó cuántas más de sus reacciones habría analizado sin que él lo sospechara siquiera.

—Además —continuó Julia—, era de lo más desagradable. Me llamó putita, así que tuve que reprenderle.

Sí, Robert estaba convencido de que así debía de haber sido.

—¿Dijo algo más? —insistió en saber.

—No. Solo dijo que yo no sabía con quién estaba hablando, así que le pregunté. Ahí fue cuando me asusté de verdad, porque me encañonó con la pistola y me contestó que era la muerte.

Todos gruñeron. Incluida Ivanna. En esta ocasión, le cayó algo mejor. Después de todo, tampoco tenía pinta de ser tan mala persona, salvo por un

pequeño detalle: era la que obstaculizaba su felicidad.

—¿Y qué hiciste, Julia?

—Toma, ¿pues qué iba a hacer? Correr.

—Eso fue muy insensato por tu parte —señaló Ferguson—. Nunca se debe dar la espalda cuando te están apuntando.

Todos estuvieron de acuerdo asintiendo con la cabeza.

—¿Y yo que sé?—se disculpó, totalmente contrita—. Ni lo pensé. Así que salí del mostrador, pero tropecé con la caja de herramientas, que por cierto, tú dejaste ahí, y me golpeé la cabeza con la esquina del mostrador—concluyó con un encogimiento de hombros—. Qué le voy a hacer. Soy así de patosa.

—Pues eso fue lo que te salvó —apuntó Robert—. ¿Algo más?

—No. Perdí el conocimiento antes de caer al suelo. Y eso es todo —finalizó.

Todos guardaron silencio y se miraron entre ellos. Al segundo, hablaban como locos. Como lo hicieron en inglés, Julia no se enteró de la misa la media. Estuvieron discutiendo durante un rato, hasta que finalmente parecieron llegar a un acuerdo.

Fue Robert el encargado de transmitírselo. No debía ser nada bueno, porque Julia detectó un profundo dolor en sus ojos azules.

—Ahora, July, te voy a contar una historia que cambiará radicalmente la opinión que tienes sobre mí —suspiró profundamente y la miró con intensidad—. Es la historia de un pobre huérfano que se convirtió en un asesino...

Robert no omitió ningún detalle de su vida pasada. Puñetera la gracia que le hacía, pero no le quedaba más remedio, y aunque sabía que no tenía forma de expiar sus pecados, por lo menos trataría de que ella comprendiera los motivos que le habían llevado a convertirse en el monstruo que era en realidad.

Comenzó con su infancia en el orfanato, y siguió con su ingreso en el ejército. Le contó, todo lo objetivamente que pudo, cómo fue escalando puestos, cómo llegó a formar parte de un cuerpo de asalto, su participación en la guerra de Irak... y, finalmente, su ingreso en los *Jinetes*. Ignoró los bufidos de sus compañeros, los bostezos y los falsos ronquidos de M.K. ante su discurso, pues estaba demasiado ocupado en intentar que Julia comprendiera por qué tomó el camino que tomó. Aunque era sumamente doloroso, no quiso perderse ninguna de sus reacciones, que fueron del desconcierto a la decepción, y de esta a la compasión. No supo cuál de ellas fue la que le desgarró el corazón.

—Pero entonces, ¿eres de los buenos o de los malos? —preguntó cuando Robert hizo una pausa.

Menuda preguntita. Robert no se atrevió a mirarla cuando contestó.

— No lo sé. Estima tú. La Organización es un grupo de élite que actúa bajo las órdenes del gobierno, pero al margen del mismo. Si les preguntas, negarán nuestra existencia. Somos, por así decirlo, los encargados de hacer el trabajo sucio cuando la diplomacia es insuficiente. ¿Somos buenos porque nos encargamos de quitar de en medio a indeseables? Tal vez. ¿Somos buenos porque nuestro único objetivo es garantizar la seguridad de buenas personas como tú? Si lo miras así, sí. Pero recuerda que para que así sea, tenemos que apretar el gatillo. Después de todo, nos reclutaron por ser los mejores *snipers*.

—¿Qué es eso? —quiso saber Julia.

Robert solo dudó un segundo.

—Francotiradores, muchacha. Somos los mejores del mundo.

Incompresiblemente para Robert, Julia asintió. No supo por qué.

—Si te estoy contando todo esto, es para que sepas con el tipo de personas con la que nos enfrentamos, y que así puedas comprender mejor el

peligro en el que te has visto envuelta por mi culpa.

Julia agrandó los ojos y le miró aterrorizada.

—¿Yo estoy en peligro?

Robert asintió con pesar.

—Ahora sí, porque le viste el rostro.

Julia comprendió.

—¿Pero qué buscaba? Tú ya habías dejado ese mundo, ¿no?

Robert miró a Ferguson. Este asintió, alentándole a que siguiera.

—Sí. Pero él cree que tengo algo que desea. Verás, no es por quitarnos culpa, pues después de todo, no dejamos de ser asesinos a sueldo, por mucho que matemos con el beneplácito de según el país que nos contrate, pero nuestros objetivos tienen un denominador común: son escoria. Integrantes y responsables de grupos de crimen organizado, mafiosos, traficantes, cédulas terroristas, etc. Matamos por... el Bien Común —pronunció las últimas palabras con cinismo—. A nuestros superiores se les llena la boca con palabras como Justicia, Honor, Rectitud, y así debíamos proceder todos.

Robert hizo una pausa, se movió un poco disgustado en la silla y frunció los labios.

»—Pero no hace mucho descubrimos que no todos actúan así. No somos el único grupo de la Organización, pues hay miles como nosotros repartidos por todo el planeta. A nuestros oídos empezó a llegar el rumor de que no todos se movían por el Bien Común, sino que se sospechaba que, en ciertos casos, primaba un interés personal. Hace cosa de siete meses el ingeniero de una importante Multinacional denunció a las autoridades sus sospechas sobre la fabricación de una bomba bioquímica capaz de destruir un continente entero. La amenaza de una bomba nuclear es un cuento de niños comparado con ese descubrimiento, así que se me encargó localizar el chip antes de que fuera vendido al mejor postor, pues solo ese podía ser su fin. Por una serie de circunstancias que ahora no vienen al caso, decidí adelantar el trabajo dos días, aprovechando que la esposa del dueño de la citada multinacional había salido de viaje. Entré sin problemas y me hice con el chip, pero, cuando me iba a marchar, otro grupo entró en la casa. Torturaron y mataron al hombre, pero no pudieron encontrar el chip porque ya lo tenía yo. Si había otra copia en algún otro sitio, lo desconozco. Lo que no desconocía era la identidad del grupo.»

—Los *Pi*—intervino Ferguson.

—Los *Pi*. Eran un grupo que ya en otras ocasiones habían dado

problemas, pero no sabíamos hasta qué punto aprovechaban la inmunidad que les otorgaba el gobierno para matar según su propia conveniencia. Por supuesto, denuncié el caso a mi superior, y pronto se abrió una investigación. —Robert movió la cabeza, disgustado—. Es increíble el tinglado que tenían montado, pero finalmente todo se descubrió y los encerraron. Creo que ahí fue cuando me decepcioné y cuando dejé de creerme todas aquellas patrañas que nos contaban sobre la honorabilidad de nuestro trabajo, y llegué a preguntarme cuántas de nuestras víctimas habían sido realmente culpables de los crímenes que se les imputaban. Comprendí que ya no podía seguir trabajando para una Organización en la que ya no creía, sobre todo porque algo me decía que el caso 3-14 no estaba cerrado del todo. Al fin y al cabo, y aunque los miembros del grupo afirmaron que habían actuado por cuenta propia, yo no dejaba de pensar que para llevar a cabo sus planes debían de haber contado con la ayuda de algún superior. Es, del todo improbable, que pudieran acceder por sí solos a cierta información.

—Porque, en el fondo, somos el culo del mundo —informó con sarcasmo M.K.

Todos asintieron.

—Por supuesto, y debido precisamente a eso, solo compartí mis sospechas con nuestro Jefe de Equipo, pues no me fiaba de nadie más, así que solo me quedaba por hacer una cosa: matar a Callaghan.

—¿Quién es Callaghan? —preguntó Julia.

Robert miró primero a sus compañeros. Tras un suspiro, volvió a fijar la vista en los ojazos negros de Julia.

—Yo soy Callaghan.

Aquello no podía ser verdad. Se preguntó si sería una pesadilla, si el golpe que se había dado en la cabeza le estaba provocando un delirio, pero la mirada arrepentida de Robert y el dolor reflejado en su rostro le indicaron que aquello era real.

Robert, el vecino macizorro del primero, era un asesino. O, al menos, era lo que él se empeñaba en hacerle creer. Pero ella, pese a todo, no podía verlo así. Según ella, no era más que un guerrero, un luchador, el brazo ejecutor de

una mal entendida Justicia en cuanto a términos éticos se refería. Pero ¿cómo aludir a la ética cuando de lo que se estaba hablando era de *asesinos reales*? ¿Quién podía determinar cuándo un asesinato estaba o no justificado? No, Julia no quería, ni podía, ser quien usara un doble rasero para medir aquella situación, así que hizo caso a lo que su corazón le decía: Robert no era tan malo como se empeñaba en pintarse a sí mismo. Le horrorizaba que él fuese capaz de matar a sangre fría, cierto, pero algo le decía que Robert jamás dañaría a los inocentes. Al contrario; les protegía.

Se dijo que más tarde, cuando estuvieran a solas, le haría saber su opinión, porque la miraba con una cara que a Julia le partía el alma. Era una expresión de abatimiento total, de autodesprecio, de culpa y remordimientos. Sus ojos parecían decirle: no me mires siquiera; soy indigno de ti.

Bien, ya le convencería ella de que no era así.

—¿Fingiste tu propia muerte?

Robert se encogió de hombros.

—Más bien fue un acuerdo. Verás, salir de la Organización es casi tan difícil como entrar en ella, así que no me quedó más remedio que negociar, y qué mejor que hacerlo que con aquello para lo que se me había contratado.

—¿El chip? —aventuró Julia.

—El chip—confirmó Robert—. Las órdenes eran claras y precisas: sustraer y destruir dicho chip. Ahora entiendo que se nos encargara a nosotros esa misión, pues nuestro historial en cuanto a nuestra honorabilidad era intachable. Jamás cuestionábamos las órdenes, pues confiábamos plenamente en la integridad del sistema, hasta que el caso 3-14 me hizo plantearme muchas cosas. Por ese motivo cuando mi Jefe de Equipo me pidió el chip para destruirlo, le presenté mis condiciones.

—Ahí tuviste un par de huevos —señaló M.K.—. No sé ni cómo no te reventó la tapa de los sesos.

—En el fondo me tenía cariño —se burló Robert, pues aquello era del todo improbable—. No sé por qué lo hizo, tal vez porque estaba tan asustado como yo de que el chip cayera en manos equivocadas, y eso sería un desastre de dimensiones astronómicas. En cualquier caso, y siempre en el más absoluto secreto, aceptó y planeamos mi muerte. Se me dio una nueva identidad y... el resto ya lo conoces.

Julia no dijo nada, sino que procesó toda la información. Madre mía, en qué berenjenal se había metido.

—Supongo que el tipo del gimnasio tiene algo que ver en todo esto —

aventuró.

—Algo no, July. Todo. Ahora podemos decir sin equivocarnos que era el cerebro de los *Pi*, y que estos no le delataron por lealtad, miedo o desconocimiento de su identidad. Gracias a ti, sabemos quién es y podemos empezar a investigarle.

—Pero, si en teoría tu cambio de identidad se hizo en secreto, ¿cómo te encontró?

Ahí Robert bufó y miró con ira a Ivanna.

—Porque alguien cometió un par de imprudencias.

La mujer se movió en su silla y le devolvió la mirada airada.

—Ya te lo dije. Estaba borracha y se me fue la lengua.

—Recuérdame que te la corte luego —dijo con frialdad Robert—. Pero lo que fue estúpido fue seguirme hasta Seseña. ¿Por qué cojones lo hiciste? ¿Qué pretendías?

La mujer no le miró a él. Clavó la vista en Julia.

—Tú me entiendes, ¿verdad?

Julia sostuvo su mirada. Sí, la entendía. Muchísimo. Asintió para hacérselo saber.

—¿Qué es lo que tiene que entender? —quiso saber Ferguson.

—Está claro —contestó M.K.—. Aquí, la dama de hierro, está enamorada de Callaghan.

—Ahhhhh.

—Eso ahora no importa —cortó con impaciencia y frialdad Robert—. La cuestión es que su imprudencia por poco le cuesta la vida a Julia.

Y aquello, según su opinión, era imperdonable. No solo porque era un civil: Julia era todo su mundo. Descubrir eso le hizo tambalearse. Fue cuando se asustó por segunda vez en su vida.

Para no delatar sus sentimientos, comenzó a pasearse por la habitación, a la espera de que llegase Colton con la fotografía de Cauffman. Gracias a Dios, no tardó en hacerlo. El pelirrojo se la dio a Robert y este se la mostró a Julia. A ella solo le bastó una simple ojeada para reconocerle.

—Ferguson, pon al tanto al Jefe y dile que vuelvo a estar al frente de los Jinetes. Los demás, prepararos para salir de caza. Julia, ven conmigo.

—Tú no estás al mando, Callaghan—objetó Ferguson.

Robert alzó las cejas y le miró no sin cierta incredulidad.

—¿Y por qué no?

—Ahora mismo no piensas con la cabeza. Estás demasiado involucrado,

y temo cometas una tontería.

Robert rio sin ganas.

—¿Dudas de mis facultades, después de tanto tiempo?

—Sí —contestó sin dudar—. Y la prueba de ello es que Cauffman se te escapó.

—No se me escapó. Lo dejé ir porque temía por Julia.

—Ahí lo tienes. El Callaghan de antes no habría dudado: habría cazado a ese cabrón.

Tenía razón, así que Robert no insistió. Pero tenía más claro que el agua que no pararía hasta encontrar a Cauffman. Con la ayuda del equipo... o sin ella.

—No me mantendrás alejado de esto —advirtió a su compañero.

—Ni es mi intención. Solo digo que las decisiones las tomo yo. Ahora eres vulnerable, y lo sabes.

Robert se tuvo que conformar con eso.

—Vamos, July.

Julia se levantó y caminó hacia la puerta. No había dado ni tres pasos cuando se vio en los brazos de Robert.

—Puedo andar, ¿sabes? —se obligó a informar, pese a saber que no podía luchar contra la cabezonería del hombre.

—Me encanta llevarte en brazos —confesó él entre risas.

Durante el trayecto no hablaron, pese a que había un millón de preguntas entre ellos. Robert abrió una puerta y se adentró en una habitación.

—Mis aposentos —informó mientras la depositaba con cuidado en la cama—. Y ahora, descansa. Ha sido un día muy largo para ti.

Julia estaba totalmente de acuerdo. Pero...

—Robert, ¿crees que podría llamar a mi abuela?

El hombre negó con la cabeza.

—Imposible. Pero no te preocupes. Iré personalmente a verla y le contaré lo ocurrido. Al menos, en parte.

—¿Crees que es necesario que ella sepa todo esto? —preguntó dubitativa.

—A pequeños rasgos, sí. ¿Cómo si no le explico la presencia de dos hombres en su casa?

—¿Harías eso?

—Claro. Y no solo le asignaremos protección a ella, sino a todos tus conocidos.

Julia, sin pensarlo siquiera, se abalanzó sobre él y, tras abrazarle, comenzó a besarle el rostro en muestra de agradecimiento. Robert gruñó de satisfacción, pero el tiempo apremiaba.

—Ahora me tengo que ir, July. Pero te prometo que volveré.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

¡Qué ojos más grandes y más bonitos tenía! No quería irse de su lado, ni mucho menos dejarla sola en aquel lugar, pero era necesario.

—Robert...

—¿Sí, July?

—Tú... ¿estás enamorado de Ivanna? —No se atrevió a mirarle al hacerle esa pregunta.

Robert sonrió.

—No.

Julia, ante tan seca y rotunda respuesta, se atrevió a buscar sus ojos.

—¿De verdad?

—De verdad. No tienes que tener celos de ella. —«*Ni de ninguna otra*».

—¡Yo no estoy celosa! —Como Robert la miró significativamente, añadió—: Y fin de la conversación.

Robert rio por lo bajo y besó su naricilla.

—Ahora descansa, ¿de acuerdo?

Julia se metió en la cama y asintió como una niña buena. Robert no pudo evitarla besarla en los labios antes de marcharse.

Su idea había sido esa.

No supo cómo terminó sobre ella besándola con toda la pasión que había acumulado durante el último mes.

A lo mejor fue porque, después de dudar un segundo, decidió profundizar el beso. Quizá porque probar el interior de su boca le volvió loco. O quizá fue porque Julia le echó los brazos al cuello y le obligó a cubrir su cuerpo con el suyo.

Excusas, excusas, excusas... La única y verdadera razón era que ya poco había que hacer, que ya ni podía ni debía ni quería seguir luchando, que si dejó de meterle mano e ignoró las manitas que le acariciaban la espalda fue porque temía hacerla daño.

Y ahí fue cuando paró. Pero no por lo delicado de su estado.

Todavía quedaban altos y recios pilares entre los escombros de su resistencia.

Pilares lo suficientemente fuertes como para refrenar su pasión y marcharse, mientras su alma clamaba:

—Oh, July...

No fue un sueño muy tranquilo, no.

Debido al golpe que se había dado, cada dos horas iban a despertarla, hasta que comprobaran que no tenía ningún daño interno. Ella conocía el protocolo a seguir con los golpes en la cabeza, así que no se quejó, o al menos se propuso no hacerlo. Con semejante panorama era imposible descansar, más aún cuando no hacía más que darle vueltas a todo lo que había descubierto ese día. Ciertamente había pensado que Robert tenía un secreto, pero caray, no hasta ese punto. Aunque todavía estaba estupefacta y sentía que todo aquello se le escapaba de las manos, tenía que reconocer que se lo había tomado relativamente bien, dadas las circunstancias. Estaba completamente segura de que sus amigas estarían histéricas y con un ataque de nervios si estuvieran en su lugar. Con un fruncimiento de ceño, determinó que en realidad ella debería estar así. Se preguntó si todavía estaba en estado de shock. Solo eso explicaría que se lo estuviera tomando con tanta calma.

No, con calma no se lo estaba tomando. Estaba muerta de preocupación, pero esta nada tenía que ver con su propia situación.

Era Robert quien le preocupaba.

Ya habían pasado más de ocho horas desde que se marchara y desde entonces no había tenido ninguna noticia de él. ¿Habrían encontrado a Cauffman? ¿Le habría matado? Al imaginárselo sintió un escalofrío. Siempre había sospechado que Robert era un tipo peligroso, de esos que no se andan con chiquitas, pero de ahí a que fuera un asesino, había un mundo. Se tuvo que recordar que Robert lo único que hacía era limpiar la basura del planeta.

No supo por qué, pero de pronto comenzó a pensar en las cucarachas. A ella le daban un asco que se moría, pero algo le impedía matarlas, por mucho que lo intentara. Le daba repelús hacerlo, y luego se quedaba con cargo de conciencia. Era mucho mejor pedirle a otra persona con menos escrúpulos que lo hiciera. Julia entonces solo tenía que apartar la cabeza. Cuando volvía a mirar, el problema ya había desaparecido y su conciencia estaba tranquila.

Pues bien, Peter Cauffman era una cucaracha muy negra, muy gorda y muy asquerosa. No sería ella quien censurara a Robert por pisarla. Al contrario, le estaría muy agradecida.

Tranquilizada su conciencia con respecto a este punto, decidió dormirse. Pero entonces le vino otro pensamiento a la cabeza; ¿Y si era la cucaracha la que mataba al exterminador? No, no, aquella idea era absurda. Robert era invencible. Era un arcángel, el brazo destructor de Dios, el defensor de los desvalidos...Sí, estaba en estado de shock. Solo explicaba que pensara cosas tan absurdas.

A ver, Robert no era de los malos, pero tampoco de los buenos. No debía pensar, ni por un segundo, que el hombre era del todo inocente, pues en el mundo en el que se había movido aquello era prácticamente inviable. Pero no era la carroña que él se empeñaba a creer.

Ni tanto, ni tan calvo.

Debió quedarse dormida mientras reflexionaba. Tal vez fueron horas. Tal vez solo unos minutos. Bostezó sin recato y se estiró en la cama. Iba a mirar la hora en el reloj de la mesilla de noche cuando se incorporó de golpe al ver a Robert sentado en la cama mirándola.

—¡Robert! —gritó con una enorme sonrisa y abalanzándose sobre él—. ¡Has vuelto!

—Te juré que lo haría, Julia. Te he traído algo de ropa. ¿Y a que no sabes a quién he traído conmigo?

Julia miró por toda la habitación. Al no ver a nadie, preguntó:

—¿A quién?

Robert cogió algo de suelo y, tras esbozar una sonrisa radiante, se lo mostró.

—¡Fifi! —exclamó ella cogiendo el peluche de su niñez y abrazándolo—. ¡Ay, Dios, Fifi! ¡Gracias, gracias, graciaaaaaas!

Robert rompió a reír. Era asombroso lo fácil que era hacerla feliz. Pero de pronto ella se puso seria. Le miró con esos ojazos negros no sin cierto temor. Se le partió el corazón. Si hubiera alguna forma de mantenerla al margen de todo...

—¿Le habéis encontrado?

Robert negó con la cabeza.

—No. Se ha dado a la fuga, pero encontramos en su apartamento las pruebas suficientes para inculparle por el caso 3-14 y muchísimos trapicheos más. —Se encogió de hombros y miró hacia otro lado—. Solo es cuestión de tiempo encontrarle.

—¿Cuánto tiempo? —quiso saber Julia.

Robert no tenía la respuesta. Pudiera ser que en unas horas le

encontraran. Pudiera ser que le llevara toda una vida. Lo único que sabía era que lo encontraría. Viviría solo para ello, aunque supusiera renunciar a su propia felicidad.

—¿Robert? —insistió ella.

—No lo sé —dijo él con cansancio mesándose el cabello—. Solo puedo decirte que finalmente lo encontraré.

No añadió: «*Y lo mataré*». Vio innecesario afirmar lo evidente.

—¿Y mi abuela? —quiso saber Julia, entre otras cosas, para cambiar de tema. Observó que él no se sentía cómodo con ese—. ¿La has visto?

—Sí —sonrió al recordarlo—. Te manda un beso y dice que no te preocupes, que ya se ha asegurado ella de que estés a salvo.

Julia alzó las cejas.

—¿Y eso?

—Porque me dijo que como te pasara algo, me iba a cortar los cataplines. Y oye, los cataplines son los cataplines —explicó entre risas.

—¿Y los demás? ¿Estarán seguros?

—Sí. Tenemos a hombres vigilando la urbanización. Tranquila, estarán a salvo.

Julia suspiró, aliviada.

—Eres muy bueno, Robert. Te agradezco todas las molestias que te estás tomando por mí.

No supo por qué el hombre la miró de esa forma tan intensa y penetrante. No se atrevió a sostener su mirada, porque no quería descubrir nada que pudiera alentar sus esperanzas. Sabía que eso sería una insensatez. El dolor que el hombre trataba ocultar en vano, era la muestra de ello.

—Daría mi vida por ti, July —confesó en un susurro.

Julia le miró. Sí, ahí estaba el dolor. Se puso frente al hombre y se sentó sobre sus talones. Tomó su rostro entre sus pequeñas manos y le obligó a mirarla.

—¿Qué sucede, Robert? —preguntó en otro susurro, preocupada y aterrorizada de pronto cuando vio la desolación en sus ojos, ahora más violetas que azules por la tormenta que se estaba desatando en su interior—. ¿Qué me estás ocultando?

Robert miró al techo durante dos segundos. Acarició sus brazos y suspiró.

—Si Cauffman abandona el país, yo tendré que seguirle, Julia —anunció. Julia ya había contado con esa posibilidad, pero no entendía que eso

afligiera tanto a Robert.

—¿Y eso te entristece?

—Me parte el corazón —confesó él—. Sobre todo, porque no sé por cuánto tiempo sería. Puede que días. O semanas. O años... Es probable que no vuelva, July.

Julia sintió como si le hubieran dado una patada en el estómago. Controló a duras penas las lágrimas que comenzaron a aflorar en sus ojos. Al ver sus ojos vidriosos, Robert la atrajo hacia él.

—Por Dios que nada me gustaría más que quedarme en España —«contigo»—, y continuar la vida que había empezado —«a tu lado»—. Pero mientras ese cabrón respire, no podré estar tranquilo. No habrá paz para mí, ni para aquellos que me rodeen. Es un tipo muy tenaz, y si piensa que todavía poseo el chip, no cesará hasta encontrarlo... o matarme. Y no puedo quedarme sentado esperando que venga a mí. Porque lo hará, July. Tarde o temprano lo hará.

Julia comprendió aquello. Demasiado bien.

—¿Y qué pasa con el gimnasio? ¿Y con tu piso? ¿Y con la panda? —No se atrevió a mirarle a los ojos cuando añadió—: ¿Y conmigo?

Robert soltó el aire con desesperación. Cerró los ojos con fuerza, pero se obligó a abrirlos para hacer frente a la pregunta de Julia.

—¿Qué quieres que te diga? No puedo pensar en un futuro, mi vida. Ni soñar con él se me está permitido.

—Pues deja que yo sueñe por los dos, Robert —pidió ella, que no se molestó más en ocultar las lágrimas.

—No puedo dejar que hagas eso. Debes hacer tu vida al margen de mí.

—¡No quiero hacerlo! —gritó ella.

—Escucha, ¡escúchame! —exigió cuando ella se puso a llorar—. No voy a renunciar a lo más grande que me pasado en la vida en balde. No se trata de mí ahora. Se trata de tu felicidad. Sé que encontrarás a un buen hombre y que... te enamorarás de él. Debes hacerlo.

—Ya he encontrado a ese hombre. A ti.

—Yo no soy un buen hombre, Julia. Soy un asesino.

Julia negó con la cabeza cuando comprendió que era imposible hacerle creer lo contrario.

Por ese motivo, aun sabiendo que quedaría como una tonta, le miró a los ojos y dejó que hablara su corazón.

—*Callaghan* es un asesino. Robert Smith es un hombre corriente que

hace un café horrible, que está todo el día discutiendo, que se ha dejado liar para montar un gimnasio. —Hizo una pausa y le miró con ternura—. Es aquel que me saca de mis casillas, que despierta mis instintos asesinos y que me provoca sin cesar. Sí, Robert Smith es el hombre del que me he enamorado.

Al escuchar aquello, el aire abandonó los pulmones de Robert. La miró, emocionado y aterrado a partes iguales.

—Tú no te has podido enamorar de mí.

—Eso mismo pensaba yo —confesó con una sonrisa—. Y mira que intenté en vano que eso no sucediera. Pero fue imposible. Te amo, Robert Smith.

Robert la estrechó entre sus brazos con fuerza, pero luego, con una pena que le partía el alma, la apartó.

—Me olvidarás —vaticinó—. Sé que lo harás. Cuando esté lejos de todo esto, cuando puedas pensar con claridad y objetividad, verás el monstruo que soy y luego me despreciarás. Yo no soy tu Príncipe Azul, Julia.

—Cierto. Eres mi *Shrek*, mi ogro maleducado, gruñón y cascarrabias particular. Y me encantas.

—No puedo darte un futuro...

—Pero puedes darme un presente.

Robert la miró con intensidad. Sabía perfectamente lo que Julia quería en ese momento de él: lo mismo que él había anhelado noche tras noche desde que la conoció. Tal vez fuera un capullo, un desgraciado insensible y egoísta por tomar aquello que se le ofrecía, pero ni loco iba a dejar pasar la oportunidad de tenerla entre sus brazos, aunque solo fuera una vez. Cuando estuviera lejos, cuando estuviera rodeado de soledad, inmundicia y muerte, él se aferraría a ese recuerdo. Sabía que sería lo único que le mantendría con cordura.

Fue Julia quien tomó la iniciativa. Fue ella quién acercó sus labios a los suyos, y fue su mirada la que derribó cualquier tipo de muro que pudiera haber entre ellos.

Ya no había pilares. Ni tan siquiera escombros. Solo fresca hierba, un campo lleno de flores, un sol radiante y un cielo azulado.

No, no sería Robert quien dijera que no a ese trocito de felicidad.

Aquel beso no se parecía a ninguno de cuantos había dado. En ese beso, por primera vez en su vida, se entregó por completo a la mujer que le había vuelto loco en todos los sentidos. Era suyo. Estaba totalmente rendido a sus pies.

Ahora comprendió que para lo único que había nacido era para adorarla, y aunque reconocía que un demonio como él no se merecía a un ángel como ella, no le importó nada que no fuera besarla y acariciarla.

Fue tal la necesidad que necesitó de tocarla, de conocer el tacto de su piel, que las manos le temblaron ligeramente. ¡Qué curioso! Parecía un joven imberbe, con muy poca experiencia y demasiados nervios.

Él nunca había hecho el amor, así que se embebió de la dulzura y la ternura de Julia y, muy lentamente, y mientras recorría con la lengua todos y cada uno de los recovecos de su boca, le bajó el tirante de la camiseta interior. Rozó apenas sus pechos, gozando de la maravillosa sensación de sentir en las palmas de las manos la dureza de sus pezones, inhiestos. Bebió los gemidos de Julia, al tiempo que le regalaba otros de su propia cosecha.

No podía parar de recorrer su pequeño cuerpo con sus manos, ni de besar cada centímetro de piel. Su cuello era su parte favorita, sobre todo cuando ella hacía esos ruiditos que a él le sonaban a música celestial. Sí, un ángel se había caído del cielo: era su misión hacer que volviera a él.

Con la misma calma, con la misma paciencia enfebrecida del que está viviendo su mayor fantasía, se apartó de su boca para besar su cuello, la clavícula, la parte alta de los senos.

—Ah, Julia —susurró maravillado, un segundo antes de lamer sus pezones con suavidad, con delectación, saboreando su sabor, gozando de su textura y rugosidad en su lengua.

Acarició sus brazos mientras besaba sus pechos, uno a uno, otorgando mil caricias, mil lametazos, dos mil soplidos, jugando y torturando, recibiendo, en fin, mucho más de lo que daba, porque aunque era Julia la que gemía, la que temblaba ante cada caricia, era él quien se derretía por dentro. Sus manos llegaron por fin a sus pechos, que abarcó con ambas manos y los amasó mientras volvía a besarla.

No supo cuándo la calma y la dulzura fueron abatidas por la impaciencia y la pasión. No supo cuándo comenzaron con aquella frenética guerra de lenguas, ni cuando pelearon para ver quién quitaba la ropa a quién. Solo era consciente de los ojos vidriosos de Julia, de sus labios hinchados por sus besos, de sus gemidos de placer cada vez que tocaba algún punto sensible. Era verdad que Julia tenía cosquillas. El ataque de risa que le dio cuando le mordisqueó la parte baja de las costillas debía haber tirado por tierra la libido, pero incomprensiblemente fue al contrario. Cómo le excitaba su risa, cuánto erotismo vio en aquella forma de retorcerse y sacudirse... Qué dulce y

arrebatadora ingenuidad.

Julia había sido creada para él. Solo para él. No necesitaba que le dijera qué le gustaba y qué no; él parecía conocer todos y cada uno de sus puntos erógenos. Tenía un cuerpo precioso, cálido, suave y lleno de curvas a cada cual más sensual. Hasta el momento él había sido quién había llevado las riendas, quien había marcado cuándo ir despacio, cuándo perder un poco la cabeza, pero su autocontrol se fue por el retrete cuando ella comenzó a acariciarle con aquellas manitas tan pequeñas y tan suaves. Soltó un grito cuando le besó el pecho y descendió por los abdominales, que mordisqueó a conciencia, primero un músculo, luego otro, y así mientras descendía lentamente, creando una expectación —y un anhelo— que aumentaba con cada suave dentellada. Frenético, perplejo y totalmente fuera de sí, cogió su melena y se la enrolló en las manos. Echó la cabeza hacia atrás cuando ella, sin previo aviso, sin titubeo ni pudor alguno, le desabrochó los botones del pantalón y le instó a que alzara el trasero para quitárselo. Robert la observó totalmente fascinado cuando se acopló entre sus piernas y ¡ay, Dios!, agarró la cinturilla del bóxer con los dientes y se lo bajó, librando su erección, que saltó orgullosa y ansiosa. Robert dejó de respirar cuando ella alzó la vista y le miró con travesura, un segundo, y sin apartar la vista, antes de descender la cabeza y abrir la boca, sacar la lengua y lamer su erección. Y ya no pudo pensar en nada que no fuera en la suavidad de sus labios, que se cerraban en torno a su pene, ni en la humedad aterciopelada de su lengua, que jugueteaba con el glande, llevándole a un abismo de felicidad, placer y tormento a partes iguales. Ni en sus más sucias fantasías se había atrevido a imaginar algo así.

Tuvo que renunciar al placer que le estaba dando, porque no creía poder soportarlo ni un segundo más. La apartó antes de que fuera demasiado tarde, la miró con deseo y se apoderó de su boca. La obligó a tumbarse de espaldas para tomarse la revancha. Oh, ya lo creía. Iba a emborracharse de ella hasta perder el sentido.

Julia estaba totalmente alarmada. No sabía qué hacer con tanto placer. Señor, ni siquiera se reconocía a sí misma. ¿Dónde estaba la mojigata ahora? Porque era impropio de ella que se comportara de aquella forma tan desinhibida, que gritara y gimiera de aquella forma, que se abriera para él de esa manera y le exigiera más. Porque cuando averiguó sus intenciones, lejos de sonrojarse o de impedírselo, avergonzada, abrió las piernas y alzó las caderas. Pidiendo. Exigiendo. O rogando, daba igual. No, no se reconocía. No comprendía que asiera el cabello del hombre y le obligara a rendirle

pleitesía, ni que fuera ella la que llevara la batuta, la que decía cuándo ir más aprisa, cuándo más lento, cuándo debía mordisquearle el clítoris y cuándo sorberlo con ansia. Era por culpa de esa lengua descarada, que hacía que se elevara y que alcanzara unas cotas de placer desconocidas totalmente por ella. Sentía un placer tan inmenso y tan desconocido, que finalmente sintió pánico y tuvo que rogarle que se detuviera. Se iba a morir, estaba segura de ello.

Por fin el hombre se compadeció de ella, pero Julia comprendió que aquello no había sido más que una tregua, pues Robert no tardó en acoplarse entre sus piernas.

Ambos gritaron cuando, tras mucho jugar con ella, tras mucho restregarse y fingir mil intentonas, por fin la penetró. El grito de Robert fue triunfal. El de Julia, maravillado. Comprendieron que aquello era más que sexo. Estaban viviendo una experiencia única, un acoplamiento perfecto. Ambos supieron que en aquel acto el sexo y el amor sí iban cogidos de la mano.

—Te quiero. Para siempre —se le escapó.

Robert gruñó y la besó con desesperación, con algo de furia incluso. Ya no pudo callar lo que su interior clamaba a gritos. Dijo, en gaélico, todo aquello que estaba sintiendo y que no se atrevía a confesar, y aunque Julia no entendía sus palabras, sí entendía su lenguaje corporal. Y este le hablaba de lo hermosa que era, del fantástico regalo que era para él, de lo dichoso que se sentía en esos momentos y del placer que le estaba dando.

Y en ese momento, fue su propio cuerpo el que empezó a hablar. Eso sucedió en el mismo momento en que las suaves embestidas de Robert se convirtieron en un ataque directo y despiadado.

Y de pronto, sin previo aviso, llegó la explosión. Julia agrandó los ojos, maravillada, cuando alcanzó el clímax, incapaz de creer que aquello le estuviera sucediendo, que sintiera que abandonaba el cuerpo y que se elevaba y se elevaba, hasta que una luz potente la cegó. Se agarró con fuerza a Robert mientras se convulsionaba y gritaba su nombre, pues temía salirse de sí misma.

Cuando Robert sintió las uñas de Julia en sus bíceps, cuando la vio abrir los ojos de aquella forma, ya no pudo controlarse más. Por fin, después de un infierno de contención, se dejó ir y se unió con ella en el cielo. Soltó un grito y se sacudió dentro de ella, aterrado por la magnitud que había alcanzado su orgasmo.

Julia acababa de aniquilarle por completo. Le arrebató las fuerzas y el

alma, le despojó de su voluntad, de sus ideales, de todo aquello que no tuviera que ver con ella.

Finalmente, aunque no supo cómo, se apartó de Julia y se dejó caer a su lado. Estaba tan agotado, que estirar la mano para que ella se recostara en él le costó Dios y ayuda. Sonrió cuando ella se acurrucó a su lado y frotó la naricilla en el hueco de su cuello. Robert no pudo evitar besarla en la frente.

—Era verdad —dijo ella de pronto, la voz somnolienta tras haber sido saciada.

—¿Qué era verdad? —quiso saber él. A saber con lo que saldría ahora.

—Eso de que ves luces. —Robert sonrió cuando ella asintió con la cabeza—. Lo juro. Las he visto.

—Me lo creo. Yo también las he visto.

Julia alzó la cabeza para mirarle. ¡Qué hermosa estaba, sonrosadita y radiante!

—Robert, tengo que confesarte una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó sin abrir los ojos.

—Este ha sido mi primer orgasmo.

—Lo sé —dijo él con una sonrisa pretenciosa.

Julia le golpeó el hombro.

—¿Cómo que lo sabes?

—Por dos cosas. La primera, por lo mucho que te has sorprendido de tenerlo. Jamás he visto nada igual...

—¿Y la segunda? —insistió cuando él comenzó a bostezar.

—Luego te lo cuento. Me has dejado agotado, mujer.

—Ahora —exigió ella.

Robert abrió un ojo para mirarla y se encogió de hombros.

—Lo oí cuando se lo confesaste a Susana.

Julia arrugó la frente sin comprender, pero entonces recordó.

—Pero es imposible. No estábamos hablando tan alto como para que pudieras escucharnos a través de la pared.

—Bueno, supongo que la tecnología ayudó bastante.

—¿Qué tecnología?

—Ten piedad, July. Me has destrozado, en serio. No me apetece nada ahora tener una discusión.

Oh, oh.

—¿Y por qué íbamos a discutir?

Robert, con un suspiro de resignación, se obligó a sentarse en la cama.

—Puse micros en tu piso, ¿vale? Ya lo he dicho. Ahora, duerme.

—¡¿Cómo que pusiste micros en mi piso?! ¡Serás desgraciado! ¿Me estuviste espiando? ¿Y por qué? ¿Pusiste también cámaras? Ay, Dios... ¿Me viste desnuda? Qué cochino. Seguro que incluso te tocaste y todo... Eso no es legal, ¿lo sabías? Ni ético. Te has pasado tres pueblos esta vez, Robert. Eso está mal. No creas que voy a quedarme cruzada de brazos. Buscaré la forma de vengarme y...

Robert no le permitió continuar. Frenó sus acusaciones con un beso brutal.

—Sí, hice mal —confesó mientras se apartaba y antes de que ella empezara otra vez—. Pero tenía que comprobar que no tenías nada que ver con mi anterior vida.

Julia agrandó los ojos.

—¿Pensabas que yo era una espía o algo así?

—Algo así.

—Uauuuu. ¿De verdad tengo pinta de chica mala?

—No —se rio Robert—. Precisamente tu inocencia fue lo que me hizo recelar. No pensé que pudiera existir nadie tan ingenuo como tú aparentabas ser. Lo del bizcocho me descuadró muchísimo.

Aunque se caía de agotamiento, Robert se vio obligado a contarle todo. Pasaron más de dos horas hasta que finalmente Julia quedó satisfecha, en cuanto a la curiosidad y en cuanto al placer, porque hicieron dos veces más el amor.

Qué le iba a hacer... Una no había sido suficiente. Tal vez su pasión disminuyera un poco cuando le echara los mil cuatrocientos cuarenta y cuatro polvos restantes.

Sinceramente, Robert dudaba que eso sucediera. Nunca, jamás, se saciaría de ella.

Cuando Julia se casó con Paul lo hizo a lo grande, con toda la pompa y la parafernalia habituales, su noche de bodas y su luna de miel. Pese a ello, jamás sintió que perteneciera a Paul.

A Robert, sí. Completamente. No se habían casado, ni estaban

disfrutando de una luna de miel, más bien al contrario, pero sentía que lo que compartía con Robert era mucho más sagrado y real que un contrato matrimonial. Nunca se había sentido tan cercana a nadie, jamás se había sentido tan feliz ni tan plena.

Cuando Robert no estaba siguiendo la pista de Cauffman, se pasaba las horas con ella, ya sea charlando, durmiendo o haciendo el amor. Sobre todo, esto último. Ella tenía gran parte de culpa de eso, pues le buscaba a cada minuto, pero claro, él siempre se dejaba encontrar. Aquel desgaste amoroso no era más que un intento de recuperar lo pasado, o de vivir el presente al máximo, pues ambos comprendían que no tenían futuro y que tal vez esa fuese su última vez. Julia sabía que, cuanto más se apegara a él, más le costaría luego decirle adiós, pero como solía ser una mujer práctica, sabía que el mal ya estaba hecho, así que, ¿qué importaba una o mil veces más? Terminaría, de todas formas, con el corazón destrozado.

No, aquello era falso. Ya lo tenía destrozado, porque a cada segundo que pasaba temía que Robert entrara por la puerta y le comunicara su partida. Intentaba prepararse para ello, convencerse de que aquel sueño terminaría desvaneciéndose, aunque en el fondo sabía que cualquier preparación sería inútil una vez llegara el momento.

No, por mucho que supiera que el adiós estaba garantizado, cuando finalmente llegó no supo cómo afrontarlo.

Sucedió tres días después. Lo supo en cuanto Robert entró por la puerta. Le vio tan desolado, tan roto por dentro, que ni siquiera se dio cuenta de que ella estaba igual. Su única preocupación, lo único que le importaba, era borrar el dolor y la tristeza de aquellos ojos azules.

—Robert... —aventuró levantándose lentamente de la cama.

El hombre alzó la mano para refrenar sus palabras. No se atrevía a mirarla.

—Hemos encontrado una pista de Cauffman en Filipinas.

Julia tragó saliva. Trató de controlar el temblor de su barbilla y manos. No lo consiguió. Como tampoco pudo evitar que lágrimas silenciosas corrieran por sus mejillas.

—¿Cuándo os vais? —Asombrosamente, su voz no sonó todo lo alterada que era de esperar.

Hubo un aterrador segundo de silencio.

—En unos minutos.

Julia asintió con la cabeza. Todavía no se habían mirado a los ojos. Era

increíble la calma y la frialdad con la que se lo estaban tomando.

—¿Y yo? ¿Debo quedarme aquí, o puedo volver a mi vida normal?

—Puedes volver a Seseña. Pero tranquila, hasta que no le demos caza, tú y el resto estaréis protegidos.

—Gracias.

—De nada.

—Entonces... adiós, Robert.

—Adiós, Julia.

—Ea, pues nada. Recogeré mis cosas.

—Sí, será lo mejor.

—Bueeeeeeeeno —dijo cuando se dio cuenta de que él no tenía ninguna prisa por marcharse. Ella, tampoco—. Así que... A Filipinas, ¿no?

—Sí.

—Espero que tengas un buen viaje.

—Gracias.

—De nada.

Nada, que no se marchaba. Julia estaba deseando que saliera por esa puerta para dar rienda suelta al dolor, para chillar hasta quedarse afónica y llorar hasta que se deshidratara. Pero el hombre se lo estaba poniendo realmente difícil.

—Creo que será mejor que te vayas. Los demás te estarán esperando.

—Sí, será mejor.

—Adiós otra vez, Robert.

—Adiós otra vez, Julia.

Julia contó hasta diez, esperando escuchar en cualquier momento el sonido de la puerta al cerrarse. Pero no escuchó nada.

—¡Vete de una puñetera vez! —terminó gritando, ya totalmente fuera de sí y sin poder controlarse ni un segundo más.

—Ah, *shit*—susurró Robert.

Salvó la distancia que les separaba y se fundieron en un abrazo. Julia lloraba y susurraba que le amaba, él la besaba. Ella prometía, él callaba. Hubieran estado una eternidad abrazados, pero Robert estimó que aquello era demasiado doloroso para alargarlo ni un segundo más, así que hizo lo más duro y doloroso de su vida: se separó de ella.

—No me esperes —pidió antes de salir por la puerta.

Julia le vio irse a través de las lágrimas. Se dejó caer lentamente en la cama y se llevó la mano al corazón.

¿Qué no le esperase? Era precisamente lo que tenía en mente hacer.

Estuvo esperándole diez meses.

Fueron eternos, dolorosos, agónicos y desesperantes. Adelgazó mucho al principio, y estaba tan deprimida que su doctor le recomendó que se cogiese una baja médica. Ella la desechó. Si algo debía hacer para hacer más llevadera la espera era trabajar sin tregua ni descanso. Y así lo hizo. No solo se dedicó a sus alumnos, sino que se encargó de todo lo referente al gimnasio. Como se enteró que Robert le había dado poderes a Rocío, no se encontró con ninguna traba legal, así que se encargó de la inauguración, de contratar a los monitores y de mantenerlo todo como si él no se hubiera marchado.

Reconocía que, de no haber sido por eso, y gracias al apoyo de la panda y de su abuela, jamás habría podido seguir adelante.

Aquello no se parecía en nada a su desventura con Paul. Ni por asomo. Aquella vez fue un golpe a su amor propio. Esta, a su alma.

Ahora, mejor que nunca, comprendía a Susana. De no haber sido tan creyente y tan temerosa de Dios, habría renunciado a todo, eso sí, con la boca chica, pero como la esperanza era lo último que se perdía, se aferró a ella como a un clavo ardiendo.

No sabía qué llevaba peor; no tenerle a su lado, o no tener ninguna noticia de él. ¿Seguía vivo, o muerto? ¿Habría cazado ya a Cauffman? ¿Se habría olvidado de ella...? Y así, día tras día, durante diez largos y solitarios meses.

Había aprendido a vivir con el dolor. Se convirtió en un compañero inseparable, tanto, que a veces le resultaba incluso irritante. Y lloraba mucho. Lo hacía tan a menudo, que su abuela comenzó a llamarla la fábrica de las lágrimas. Pero no podía hacer nada para detenerlas, e incluso había ocasiones en las que ni siquiera se daba cuenta de que las estaba derramando, hasta que algún buen samaritano se encargaba de hacérselo saber.

Y seguía sin tener noticias, hasta que una tarde, al volver al trabajo, vio algo que la dejó helada. Alguien, no sabía quién, había puesto en la terraza de Robert un cartel de *Se vende*.

Estuvo mirándolo durante una eternidad con la boca abierta, incapaz de creer lo que estaba viendo. Repuesta de la sorpresa inicial, corrió hacia el portal y, sin molestarse en coger el ascensor, subió las escaleras de dos en

dos. Con el corazón en vilo se detuvo en la puerta de Robert y comenzó a llamar al timbre y a golpear la puerta. Diez minutos después, y tras comprobar que no había nadie dentro, bajó las escaleras de nuevo para llamar por teléfono al número que aparecía en el cartel. Le contestó una señorita de lo más desagradable, que no quiso—porque no le dio la gana— desvelar el nombre del vendedor. Temiendo que aquello fuera un malentendido, pidió ayuda a Susana. La azafata decidió que deberían ir en persona a la agencia inmobiliaria y simular que estaban interesadas en la compra. Así, tal vez, les dieran alguna información más.

Así lo hicieron.

Se plantaron allí esa misma tarde, y tras mucho preguntar —muy sutilmente, eso sí—, al final descubrieron que la agencia había puesto el piso en venta por órdenes de su propietario, el señor Robert Smith.

Aquel fue un duro golpe para Julia. Susana no quiso dejarla sola aquella tarde, pues sus ojos desquiciados la hicieron temer que su amiga tomara una decisión drástica. A los antiguos interrogantes se añadieron otros, a cada cual más contradictorio y pesimista. Conjeturó que, si había puesto el piso en venta, era porque seguía vivo. Eso debería haberla aliviado, por lo menos, en parte. Pero, si seguía vivo, ¿por qué no se había puesto en contacto con ella? ¿Habría acabado ya con Cauffman? ¿La habría olvidado? ¿Se habría liado con *Nikita*?

Decidió no perder ni un segundo más revolcándose en la miseria. Él se lo había advertido claramente. Él le había dicho sin titubear que no le esperase. Pues nada, a tomar viento fresco, Robert Smith.

Fácil decirlo. Imposible hacerlo. Porque había una pequeña esperanza. Muy minúscula, eso sí, pero ahí estaba. Chiquita, pero matona. De no haber sido por ella, habría dado todo por perdido.

La esperanza murió cuando, quince días después, sus amigos le dijeron que un joven matrimonio había comprado el piso. Y ahí fue cuando se tuvo que obligar a decir adiós a Robert. Definitivamente.

Fue testigo de la mudanza, aunque no del traslado de aquella joven pareja, a quienes odió sin conocerlos siquiera y sin poder remediarlo. Como sabía que no iba a poder soportarlo, decidió irse unos días a casa de una amiga que vivía en Toledo. Lo hizo cual ladrón, a hurtadillas y prácticamente en mitad de la noche. No avisó a ninguno de sus conocidos de aquella escapada sorpresa, entre otras cosas porque sabía que tratarían de convencerla para que se estuviera quietecita en su piso y que dejara de huir de los

problemas.

Sí, aquello era una huida. ¿Y qué? No era ella de esas que echaran patas a la mínima de cambio, pero pensó que tal vez en Toledo, lejos de todo aquello que le recordaba a Robert, le fuera más fácil hacerse a la idea de que todo había acabado.

Pues no, no había sido más fácil. Volvió a Seseña tres días más tarde, pero lo hizo a casa de su abuela. No estaba preparada para hacer frente a la *invasión* del apartamento de Robert.

No fue muy bien recibida por su abuela, no. La anciana comenzó regañándola por haber desaparecido sin avisar, y acabó diciendo que ya era hora de que hiciera frente a los problemas como la adulta que era y no como la niña que se empeñaba en seguir siendo. Estuvo sermoneándola más de una hora, en la que Julia se limitaba a asentir, y a callar.

Como su abuela había dicho verdades como puños, Julia decidió volver al apartamento, pero primero se pasó por el gimnasio para ver qué tal iba todo. Se dio cuenta de su error cuando, nada más traspasar la puerta, tanto Susana como Domingo comenzaron a regañarla. Ya había tenido bastante con su abuela, de modo que les terminó gritando que ya era mayorcita y no tenía que rendir cuentas a nadie de sus actos. Fue tan categórica que sus amigos no insistieron. Julia lo agradeció, pero entonces empezaron a hablar de sus nuevos vecinos.

A Julia, aún sin conocerles, les cayó sumamente mal por el hecho de haber comprado el piso de Robert. Tal fue así, que ni siquiera se planteó hacerles un bizcocho de bienvenida. Anda y que les dieran morcillas.

Pero Domingo, muy seriamente, le recordó sus obligaciones como representante de la Asociación de Vecinos. Ella gritó que esa no era ninguna obligación, que lo hacía porque le daba la gana. Se ofuscó tanto, estaba tan negativa en ese aspecto, que Susana intentó hacerla entrar en razón, hasta que finalmente, y con tal de no oírles, claudicó.

Como lo mejor era quitarse de encima las tareas desagradables, esa misma tarde preparó uno.

No se molestó en cambiarse las pantuflas, ni en deshacerse el marimño que solía llevar en casa. Es más, ni siquiera se quitó la *piojosa*, una chaqueta de lana que tenía más años que su abuela y que se caía a cachos. Salvó los tres metros de distancia hasta el 1º B y llamó al timbre, aunque hacerlo le costó lo suyo. ¡Qué diferente de aquella otra vez! ¡Cuánto entusiasmo entonces, y cuánta apatía ahora! Hubo un momento en que se tuvo que

detener, porque sintió que se le partía el alma y que iba a llorar de un momento a otro. Se obligó a serenarse, pero su estado de ánimo estaba tan decaído, que ni siquiera se molestó en, al menos, fingir una sonrisa. No tenía muchas ganas. Ni siquiera les soltaría su discursito. Les daría la bienvenida, les daría el bizcocho y adiós muy buenas.

Escuchó pasos y esperó a que abrieran la puerta. Tamborileó los dedos en la pared con impaciencia. Rápidos no eran, no. ¡Ah, por fin se abría la puerta!

—Hola, buenas noches. Soy la vecina de... ¡Ostraaaaaaaaaaaaas!

Julia retrocedió dos pasos, asustada, cuando se encontró cara a pecho con el vecino. Conocía demasiado bien ese pectoral, aquellos brazos, aquel cuello... Con miedo de estar equivocándose, alzó la cabeza para poder mirar y...

—¿Qué quieres?

Totalmente estupefacta, se quedó allí parada mirándole, los ojos y la boca imposiblemente agrandados. Era incapaz de reaccionar, hasta que...

—¡SERÁS HIJO DE PUTA!

Robert soltó una carcajada. Trató de cogerla, pero ella se escabulló de sus brazos y comenzó a golpearle con el taper.

—Desgraciado, patán, hijo de la miseria... Me has tenido engañada todo este tiempo. ¿Te parece bonito hacerme esto, eh? Neanderthal, chimpancé... ¡Todo era mentira! La venta, la compra... ¡Cretino!

Robert no paraba de reír mientras intentaba esquivar su ataque. Finalmente, cansado de jugar, y puesto que se moría de ganas de besarla, se dejó de tonterías y la obligó a pasar a su apartamento. Como Julia no paraba de golpearle, ni de darle patadas ni de llorar, decidió empotrarla contra la puerta y silenció su colección de insultos con un beso salvaje. Al principio Julia protestó y pataleó, pero luego dejó de ser la presa y se convirtió en la cazadora. Robert la izó y la llevó en volandas hasta la habitación, la tiró sin contemplaciones en la cama y se quitó la camiseta. Del pantalón se estaba encargando Julia, pero como él quería desnudarla a su vez, comenzaron con su típica pelea de *a ver quién desnuda a quien*. No se entretuvieron mucho con los preliminares, sobre todo cuando ella le exigió que la poseyera a la orden de ya. Robert la complació encantado. Como, a gusto de Julia, él no se movía lo suficientemente rápido, se lo quitó de encima y se puso a horcajadas sobre él. Así buscó su propio ritmo, y, de paso, se vengó del hombre mordiéndole la oreja con saña. No tardaron en alcanzar el orgasmo más de lo que tardaron en desvestirse.

—Dios mío —susurró el hombre, todavía con la respiración alterada y el corazón a mil por hora—. He creado un monstruo.

Julia, que tras haber disfrutado del mayor orgasmo de su vida cayó desplomada sobre él, sonrió. Pero luego recordó todo. El dolor, las llanteras, la trama...

Se incorporó y miró al hombre. Sus ojos azules hablaban por sí mismos de lo feliz que era en esos momentos.

—¿Cuánto hace que estás aquí? —preguntó ella en un susurro.

—Tres días. Llevo encerrado a cal y canto a que te dignaras a hacer un bizcocho para mí.

—Pero... No lo entiendo. ¿No hubiera sido más fácil presentarte en mi casa y ya?

—¿Y privarme de ver tu cara de sorpresa? Ni loco.

—Dios mío, Robert —dijo ella dejándose caer en su pecho—. No sabes el infierno por el que me has hecho pasar.

Robert la abrazó y la besó en la frente.

—Y tú no sabes en el infierno en el que he vivido —replicó emocionado—. No ha habido ni un solo segundo en el que no haya pensado en ti. Todos los días me tenía que repetir los motivos que tenía para no coger el primer avión y regresar a tu lado.

Julia se incorporó de nuevo y le miró a los ojos.

—¿Le has... cazado?

Robert asintió. Había rabia y odio en sus ojos, más desalmados que nunca al recordarlo.

—Ya no tenemos que preocuparnos por él —anunció entre dientes.

No añadió nada más. Que ella pensara lo que quisiera: que había entregado a Cauffman a las autoridades pertinentes... o que le había matado. Sin necesidad de hablar de ello, Robert supo que ella descubrió por sí sola la verdad; nunca habría vuelto a su lado mientras Cauffman hubiera seguido con vida.

Sin embargo, a última hora, decidió contarle todo. No quería empezar su relación con secretos y mentiras.

La persecución de Cauffman fue agotadora. Y desesperante. Cada vez que llegaban a un sitio, Cauffman ya se había marchado. Finalmente le encontraron en un país tercermundista donde la prostitución infantil era el reclamo perfecto para sucios depravados como Cauffman. Le mató mientras abusaba de dos niñas de no más de doce años.

Gracias a ello se llevó una reprimenda por parte de su Jefe de equipo, que retrasó considerablemente su vuelta a Seseña, pues las órdenes eran apresarle, no matarle. Como no sabía cuánto iba a durar el proceso hasta que finalmente le dejaran libre —de una vez por todas—, ideó un plan que le resultó graciosísimo al principio. Ahora supo que había sido realmente cruel con ella.

Y un tormento para él.

Sobre todo, cuando Domingo le comunicó que había desaparecido. Aquello supuso una auténtica tortura para él. Pero ahora la tenía donde debía estar: en sus brazos.

—Así que todos estaban metidos en el ajo —dijo Julia cuando él terminó de hablar.

—Sí. No te enfades con ellos, Julia. Yo se lo pedí.

—Me las vais a pagar —avisó ella—. No voy a dejar títere con cabeza.

Robert soltó una carcajada. ¡Qué bueno era discutir con ella!

—Ya, pero... ¿a que ha merecido la pena?

Julia se puso seria de golpe.

—Todo, Robert. Todas las lágrimas, toda la espera y todo el dolor, han merecido la pena. Te amo.

Robert la miró emocionado.

—Y yo te amo a ti, July —dijo en un susurro ronco.

Julia le miró asombrada.

—¿En serio?

Robert asintió.

Julia hizo un mohín de disgusto.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—Lo hice. La primera vez que hicimos el amor.

Julia le golpeó en el pecho.

—Eso no vale. Hablabas en vete tú a saber qué idioma.

—Era gaélico. Ya te enseñaré.

—¿En serio? —Robert asintió, pero ella se mordió el labio—. Tendrás que tener mucha paciencia conmigo. Soy un poco nula para los idiomas.

—Da lo mismo. Tengo toda la vida para enseñarte.

Julia no quiso dar por sentado lo que había ocultado tras sus palabras. Que se lo currara un poco más, hombre, que bastante la había hecho sufrir ya.

—O no. A lo mejor, a mi futuro esposo no le hace gracia que tenga un maestro como tú.

Robert se incorporó de golpe. Entrecerró los ojos y comenzó a resoplar.

—¿Qué futuro esposo? ¿El hijo de la Señora Paca? ¿O el payaso ese de Mike?

Julia no contestó, sino que se hizo la inocente.

—No lo sé todavía... Aún me lo estoy pensando.

Robert la agarró por los brazos y la fulminó con la mirada.

—Tú no tienes nada que pensar. ¡Te casarás conmigo y con nadie más!
—gritó, fuera de sí y muerto de celos.

Y de angustia.

—¡No me voy a casar contigo! —Con una sonrisa traviesa, añadió—: ¡Y fin de la conversación!

Robert la miró con dolor un segundo, pero luego, al escuchar sus últimas palabras, soltó una carcajada.

—Sí que lo harás.

—¿Es eso una orden?

—No, July —negó él, muy serio. La besó apasionadamente y luego se apartó—. Es un ruego.

—Bueno —susurró ella junto a sus labios—, si me lo pides así... Sí, Robert Smith. Me casaré contigo.

Robert la miró con intensidad antes de besarla.

Mientras le hacía el amor de nuevo, con más calma y disfrutando cada caricia como si fuese la primera, pensaba que eso de ser un hombre normal y corriente era maravilloso.

Sí, había sido un acierto matar a Callaghan y haberse ido a vivir a Seseña.

Pero, sobre todas las cosas, lo que hizo que su vida cambiara por completo, fue haber entregado su corazón y su alma a aquella que vivía al otro lado de la pared.

FIN

BIOGRAFÍA Y BIBLIOGRAFÍA

Pues soy una persona corriente, nadie excepcional, salvo por esas indigentes que viven en mi cabeza y que no paran de dar berridos, también conocidas como Musas. Un día me retaron, y gracias a ello descubrí mi verdadera vocación.

Suelo trabajar como administrativa comercial, y aunque me encanta mi trabajo, ahora sé que me equivoqué de carrera: lo mío es la Historia.

Estoy casada, y enamorada como el primer día. Todavía vivo en esa nube de color rosa preñada de ilusión, quizá por ello me guste tanto leer romántica y escribirla.

Sí, reconozco que dejo un poquito de mi alma en mis novelas.

Me gusta la sencillez, la frescura, el humor, los pequeños detalles, cosa que inevitablemente se refleja en mis novelas.

Soy, en definitiva, una persona normal que suele soñar despierta y a la que le gusta plasmar esos sueños en papel.

Vosotros habéis hecho que muchos de esos sueños salgan adelante.

Por ello...

¡GRACIAS!

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

Clarita y su mundo de Yupi (Amazon).

Elena y su mundo en blanco y negro.

Y llenarte el muro de flores.

Anima Nigrum (Amazon)

Entre dos bandos (Amazon)

Highlander tenías que ser (Amazon)

El dictado de mi corazón. II Premio novela Leer y Leer (Vestales)

Mi Custodio. Los Ocultos I (Phoebe)

Mi Bestia. Los Ocultos II (Phoebe)

Mi Druida. Los Ocultos III (Amazon)